

BEATRIZ OSÉS



# ERIK VOGLER

Y LA CHICA EQUIVOCAL

Lectulandia

Huyendo de una amenaza macabra, Erik acompaña a su abuela a Francia a una reunión de viejas glorias de la universidad. Allí conocerá a la joven Cloé, de la que se enamorará perdidamente. Vogler solo tendrá que enfrentarse a dos problemas para conquistarla: Albert Zimmer y un misterioso asesino que los ha encerrado en el château.

Con un protagonista aparentemente repelente, la escritora Beatriz Osés ha creado una de las más originales sagas de novelas policíacas de los últimos años. Impactante y sorprendente en cada frase. Te atrapa desde el primer capítulo en una espiral de tensión. Puro thriller. Una vuelta de tuerca a la literatura paranormal combinada con el género negro.

**Lectulandia**

Beatriz Osés

# **Erik Vogler y la chica equivocada**

**Erik Vogler - 4**

ePub r1.0

Titivillus 23.01.2019

Título original: *Erik Vogler y la chica equivocada*  
Beatriz Osés, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

A Íñigo, que fue uno de los primeros  
lectores de Erik Vogler.  
*In memóriam.*

# ERIK VOGLER

Y LA CHICA EQUIVOCADA



BEATRIZ OSÉS

**edebé**





## Capítulo I

### *Oryctes nasicornis*

Enfundado en su abrigo Pierre Rodin, Erik Vogler se había agachado para observar con detenimiento unas piedras diminutas que bordeaban el sendero del *château*. Desoyendo los gritos de su abuela Berta para que no se alejara, atraído por los minerales que había descubierto y contra todo pronóstico, se había aventurado en solitario en el interior de aquel jardín desconocido que rodeaba la mansión. Un cielo gris de mediados de enero cubría la localidad francesa de Bergerac y sus alrededores. Aún en cuclillas, tomó con delicadeza uno de aquellos minerales entre su dedo índice y el pulgar para acercarlo a la altura de sus ojos castaños.

—¡No te muevas! —le gritó de pronto en francés una joven situada a su espalda.

Sobresaltado, el chico de Bremen dejó caer la piedra al suelo e hizo amago de levantarse.

—Yo no entender... —se arrancó en un pésimo intento.

—¡No se te ocurra asustarlo ahora! —insistió la voz femenina hablando entonces en inglés con un marcado acento galo—. ¡Tienes un *Oryctes nasicornis* en el hombro izquierdo!

Erik Vogler sonrió petulante.

—¡Eso es imposible! —contraatacó sabihondo—. Todo el mundo sabe que no es época para que el *Oryctes nasicornis* ande revoloteando por ahí. Demasiado frío. Por cierto, podrías mejorar tu inglés. No me refiero a la gramática, claro...

—¡Cállate, bobo! —le cortó tajante—. Crío *Oryctes nasicornis* desde hace años en el invernadero de mi casa. Mi granja tiene un microclima especialmente diseñado para esta especie y este macho es el primero que se escapa por culpa del merluzo del jardinero. ¡Así que no muevas ni una sola pestaña! ¡No estoy dispuesta a perder este ejemplar por un listillo con acento británico!

No parecía ninguna broma. La voz de aquella chica sonaba a orden de hierro, imposible de eludir. Erik se quedó rígido como un insecto palo tratando de evitar la única idea que se había instalado en su cerebro y que le taladraba las neuronas: un escarabajo peludo, sí, un bicho con sus patas llenas de pelos asquerosos, caminando sobre el delicado tejido de su Pierre Rodin, el abrigo que le acababan de regalar en Navidad.



—¡Quítamelo, por favor! —suplicó perdiendo toda su dignidad.

La misteriosa joven sonrió maliciosa y colocó la palma de su mano sobre el hombro de Erik durante unos segundos.

—¡Lo tengo! —exclamó satisfecha.

Vogler resopló aliviado. Después, se levantó y se giró de golpe. La chica, por su parte, retrocedió ocultando en sus manos al escarabajo rinoceronte. El nieto de Berta la contempló boquiabierto. Tenía los ojos verdes más hermosos que había visto en su vida. Llevaba un abrigo azul marino pasado de moda, que no hacía justicia a su belleza y que contrastaba con los cabellos claros y rizados que resbalaban por su espalda.

—Es un ejemplar muy valioso —se justificó al sentirse observada—. Y ese Vincent —dijo aludiendo al jardinero— es un recién llegado y, además, un incompetente.

—Lo entiendo —contestó intentando ser amable—. Yo colecciono minerales.

—Yo, también.

Ella lo miró con súbito interés. ¿Qué hacía aquel esnob impecablemente vestido en su jardín? ¿Qué le había traído al *château La Rose Rouge*? ¿Quién era?

—Me llamo Erik, Erik Vogler —prosiguió adivinando sus pensamientos al mismo tiempo que extendía su mano derecha para saludarla.

La chica enarcó las cejas y puso cara de circunstancias.

—¡Qué tonto, lo siento! —exclamó con una risilla nerviosa al distinguir una de las patas peludas del *Oryctes nasicornis* asomando entre los dedos de la joven.

Y apartó la mano igual que si una planta carnívora se dispusiera a devorarla.

—Yo soy Cloé —se presentó con dulzura.

Y hacía mucho tiempo que no hablaba con un chico de su edad.

—¿Has venido hasta aquí a robar mis minerales? —bromeó.

—Yo no pretendía quitarte ninguna glauconita —balbuceó sonrojado.

—No son glauconitas, son nontronitas —le corrigió.

La miró embelesado. Estaba seguro de que se trataba de glauconitas. Aunque algo le decía que en semejantes circunstancias lo mejor era sonreír y guardar silencio. Podía ser una experta en escarabajos rinoceronte pero no tenía ni idea de mineralogía. En cualquier caso, en cuanto no le viera, les sacaría una foto con su móvil para verificarlo en Internet.

—¡¡¡ERIK, vuelve inmediatamente!!! —la voz atronadora de su abuela se abalanzó sobre ellos desde la entrada de la mansión, donde aguardaba inquieta, flanqueada por Zimmer y por un mayordomo con una enorme llave de hierro en la mano.

—Creo que te reclaman —le advirtió la chica dando varios pasos hacia atrás.

—Yo no he oído nada —mintió esperanzado.

Ya era tarde. El maleficio de su abuela, que protestaba apoyada en una muleta, había roto aquel instante perfecto. Cloé ni siquiera se despidió. Salió corriendo y

desapareció entre los árboles como un beso de humo o de niebla.



## Capítulo II

### Cloé

Era un rollo. Albert Zimmer, sentado en una butaca color burdeos, guiñando el ojo a una joven criada con el rostro cubierto de pecas que acababa de entrar en el salón. Incorregible, para variar. Bandeja de canapés sobre mesita de ébano estilo rococó. El incombustible Zimmer, como de costumbre, asintiendo en plan pelota a Berta Vogler, acomodada en un sofá color champán junto a su antiguo amigo de la universidad, el juez jubilado Julien Ambert. Bocaditos de *foie* de pato. Algunas risas incomprensibles bajo la enorme lámpara de cristal del salón. El mayordomo anunciando que la anfitriona estaba a punto de bajar a darles la bienvenida.

El fuego crepitaba en la chimenea y el insoportable de Zimmer alardeaba de sus conocimientos de francés siguiéndole el juego a aquel magistrado vejestorio que, si bien vestía con elegancia, lucía una calvicie del todo inapropiada para los gustos de Erik. Era calvo y, sin embargo, había caído en el lamentable error de utilizar el único mechón que le quedaba para rodear con él parte de su cráneo empleando un adhesivo especial. A este desgraciado hecho había que añadir que los cuatro pelos, de una longitud extraordinaria, relucían como el azabache y contrastaban terriblemente con la barba canosa del susodicho.

En verdad, concluyó Vogler, aquella escena era un rollo patatero. Por eso la contemplaba a una distancia prudencial. Por eso no había tomado asiento en ninguna butaca. Por eso se había apoyado de pie, con aire distraído, junto a una de las ventanas. Por eso se había alejado de la chimenea y de los invitados. Y, por otros motivos, dio un sorbo a su zumo de naranja sin pulpa y pensó en Cloé. ¿Seguiría en el jardín? ¿O se encontraría en el invernadero cuidando de sus bichos peludos? Hizo un leve gesto de repulsión y sacudió la cabeza para alejar a los escarabajos de su mente. Se acercó el vaso para dar otro sorbo y cerró los ojos dejando escapar una sonrisa bobalicona. Recordó la boca de Cloé con sus labios carnosos como melocotones.

Durante unas décimas de segundo, Albert lo sorprendió embelesado. Aquel friki de los Passion parecía besuquear el aire y tenía en el rostro una expresión desconocida e inexplicable. Cuando Vogler regresó a la realidad, se topó con los ojos inquisitivos de Zimmer, que alzó su copa con un oscuro presentimiento. Intentando disimular su miedo, Erik escondió su mirada en una de las alfombras que cubría el

suelo de la enorme sala. ¿Cómo largarse de allí sin que le descubrieran? ¿Escabulléndose entre las cortinas de terciopelo azul? ¿Dando leves pasos hacia atrás con aspecto melancólico y distraído? ¿Simulando una necesidad imperiosa de ir al baño? No, mejor, algo discreto. ¿Fingiendo, por ejemplo, que había olvidado un pañuelo en su abrigo?

—*Fromage Cabécou aux noix du Périgord?* —le preguntó solícita la joven francesa de nariz respingona y salteada de pecas.

Negó con la cabeza. Aunque no había entendido ni una palabra, prefirió rechazar el ofrecimiento. «Mejor no arriesgarse», se dijo convencido.

—¿Quiere coger uno? —persistió en un extraño inglés que permitió entrever tras su sonrisa un aparato de hierro que le cubría parte de los dientes.

—No, no, *merci* —rehusó tratando de ser amable y apartando los ojos de la boca de la chica.

Aquella era su oportunidad. Miró a Zimmer. Daba la impresión de que ya no le prestaba atención. En su lugar, andaba entretenido después de rechazar el trago de ron que el juez le había ofrecido tras abrir su petaca y que había despertado la ira de Berta. De todas formas, para pasar desapercibido, Erik bajó la voz y casi en un susurro pronunció las siguientes palabras muy despacio esperando que aquella pánfila lo entendiera:

—Yo querer mi abrigo, *se il vous plaît*.

Ella le sonrió otra vez y le acercó aún más la bandeja de plata.

—No, no, no —protestó con una mueca de fastidio.

Estaba claro: aquella caperucita de las trenzas no pillaba nada de inglés.

—MI ABRIGO —silabeó armándose de paciencia y acompañando su frase con un movimiento aparatoso de los brazos.

—¡Ahhh! —exclamó divertida.

Por fin algo de suerte. Eso pensó con un suspiro casi invisible. Acto seguido, la chica le hizo un gesto coqueto para que la acompañara y ambos salieron por la puerta más próxima del salón. Cuando alcanzaron la entrada del *château*, le pidió que la esperara. Reapareció poco después con una manta de angora primorosamente doblada sobre sus antebrazos. Vogler resopló resignado. Ella sonrió complaciente. Otra vez aquellos hierros espantosos y esa expresión de alelada.

No había otro remedio. Regresaría al jardín en busca de Cloé sin su Pierre Rodin. Desafiaría al invierno, eludiría a Zimmer y a su abuela, dejaría con un palmo de narices a la joven criada, se adentraría en un lugar desconocido y se enfrentaría, si fuera preciso, a la granja de escarabajos rinoceronte. Todo con tal de volver a verla. Ni siquiera tuvo tiempo de presenciar cómo la anciana Véronique Rolland, ayudada por el mayordomo, abandonaba su silla de ruedas y se sentaba en un asiento especial, colocado junto a la barandilla, para deslizarse escaleras abajo sin ningún esfuerzo.



## Capítulo III

### La gota de sangre

Erik descendió los peldaños a toda velocidad. En su carrera, estuvo a punto de tropezar con el matrimonio Halle, que entraba en el *château*, acompañado por una mujer con el pelo recogido en un moño alto y oscuro. Vogler se excusó nervioso sin reparar demasiado en ellos. ¿Acaso importaban? Supuso que eran otros tres dinosaurios más de los que le había hablado su abuela durante el viaje. Giró a la derecha buscando el angosto sendero de piedra en el que había conocido a Cloé. Sus Lombartini negros avanzaban rompiendo el silencio del jardín. No tardó en descubrir, a escasa distancia, el invernadero que le había mencionado la joven. Seguramente habría entrado allí para devolver el escarabajo fugitivo. Se preguntó si ella todavía seguiría dentro, si, quizá, le estaría esperando.

De pronto, Vogler se paró en seco y recordó la foto que les había hecho a los minerales. Sacó su móvil del bolsillo del pantalón para asegurarse de que tenía razón, que eran glauconitas. Intentó conectarse a la red con poca fortuna. Probó por segunda vez. Nada. «¡Maldición, no hay cobertura!», se lamentó apretando los labios. Comenzó a ponerse nervioso. ¿Habría dentro de la casa? «Seguro que tienen conexión en alguna parte», se repitió para tranquilizarse. Porque no podía ni imaginar lo que supondría pasar un fin de semana sin Internet, aislado en una bucólica colina francesa, rodeado de quesos de cabra y de vinos que detestaba.

Abandonó su obsesión internauta cuando un repentino ruido a su espalda le sobresaltó. «¿Cloé?», preguntó sin atreverse a alzar mucho la voz. No obtuvo respuesta. Se dio la vuelta con cautela y el corazón inquieto. El sendero vacío, los árboles callados. ¿Quién andaba ahí? Tenía la certeza de haber escuchado el crujido de una rama. «¡Cloé!», gritó esforzándose por aparentar calma. Una ligera bruma y silencio. Sintió frío y la necesidad acuciante de salir corriendo en dirección al invernadero.

Sin perder más tiempo, tomó aire y emprendió una carrera alocada a través del camino. De tanto en tanto, miraba por encima de su hombro esperando descubrir algo misterioso y abominable. Con la respiración entrecortada, abrió la puerta del invernadero y se refugió en su interior. Aún permaneció algunos segundos apoyado contra los cristales, sin osar mover un milímetro de su cuerpo, recordando la frase

que le había aconsejado su psicóloga para controlar los ataques de pánico. «El miedo solo está en mi cabeza y yo lo controlo». Respiró profundo.

Le rodeaba una temperatura agradable, macetas alineadas a la perfección en diferentes alturas, ficus de hoja pequeña, azaleas, petunias, buganvillas, pensamientos, camelias y, sobre todo, rosas. Rosas que ocupaban las cuatro esquinas del invernadero y lo teñían de un color en concreto. A la derecha, cerca de la puerta, se disponían rosas de un blanco perfecto. En la esquina del mismo lado, aparecían otras de un amarillo intenso. En la parte izquierda, próximas a la entrada donde permanecía Erik, se abrían hermosas y delicadas rosas azules. Y en la última arista del invernadero surgían los pétalos de color rojo sangre.

Aparentemente, salvo por las plantas que lo circundaban y la supuesta granja de escarabajos rinoceronte, Vogler se hallaba solo. Y, sin embargo, sentía la presencia de la joven en cada detalle de ese jardín en miniatura. Principalmente en las rosas rojas de tallo esbelto que lo atraían de una manera incomprensible. Se cercioró de que nadie lo había seguido pegando su nariz al cristal de la puerta. Todo parecía tranquilo. Se apartó dejando la huella de sus orificios nasales en el vidrio y caminó por un estrecho pasillo con cuidado para no pisar ninguno de los escarabajos de Cloé. No quería ni pensar en la posibilidad de que sus Lombartini aplastasen uno de ellos. Solo con imaginarse el crujido se estremecía. Así que incrementó sus precauciones hasta acercarse a las rosas de pétalos color vino.

Se detuvo frente a ellas y observó un capullo en particular. Pensó en Cloé, en regalarle una rosa como había visto en las películas. No había nadie en los alrededores. «¿Por qué no?», se animó. «Solo una». Estiró los brazos y acercó sus manos al tallo de la flor. Lo quebró con facilidad, igual que si fuera un experto ladrón florista.

—¿Se puede saber qué tramas, Vogler?

«¡Mierda, Zimmer!». Se preguntó qué porras hacía en el invernadero mientras se daba la vuelta ocultando la rosa detrás de su jersey de angora.

—¿Qué escondes? —insistió Albert.

—¡No sé de qué hablas! —soltó agobiado.

—¿Qué tienes ahí detrás?

—Nada.

—No mientas, Vogler. Te he visto coger algo.

—¡Adivina! —propuso de repente con una osadía inusitada.

—Vaya, vaya... ¿Me estás desafiando? —preguntó acercando su rostro al de Erik.

—No es de tu incumbencia —susurró con cobardía intuyendo los colmillos de Albert detrás de su desconcertante sonrisa.

—Estás muy equivocado, Vogler. En todos los berenjenales en los que te metes acabo pringando. ¡Venga, dámelo! —exclamó abalanzándose sobre él.

—¡Ahhh! —chilló espantado—. ¡Suéltame, es míaaa!

Forcejearon durante pocos segundos, los que le bastaron a Erik para pincharse con una de las espinas del tallo.

—¡AYYY! —gritó soltando la rosa, que cayó a los pies de ambos.

Los dos miraron la yema del dedo índice de Vogler. Una gruesa gota roja había emergido y permanecía inmóvil a la espera de resbalar.

—SANGRE —apuntó Albert con un peculiar brillo en sus ojos.

Erik se apresuró en ocultar la mano derecha en el bolsillo de sus Passion. Los latidos de su corazón habrían podido reventar los cristales del invernadero. Así los notaba él, auténticas bombas de pánico. No consiguió esquivar la mirada penetrante de Zimmer que lo traspasaba sin piedad como a un pincho moruno. SANGRE. Eso había dicho y, a pesar de que había intentado disimularlo, percibió que Albert luchaba contra su naturaleza demoníaca refrenando un deseo inhumano que lo corroía por dentro. De improviso, sus ojos se apartaron del bolsillo donde se escondía la gota de sangre y repararon en la rosa que yacía en el suelo.

—Lo suponía —dijo seguro de sí mismo tras un breve silencio—. ¿Cómo se llama, Vogler?

—Si me disculpas, tengo que regresar con mi abuela —contestó muy digno tratando de esquivarle.

—No te irás de aquí hasta que me digas su nombre.

—¿El nombre de quién? —repitió agobiado.

—No te hagas el loco. ¿Cómo se llama la chica?

—¡Estás muy mal, Zimmer!

—¡Cloé, Cloé! —se burló imitando el grito de Erik en el sendero—. ¿La rosa es para ella?

—¡No!

—¿Es la de las pecas? Os vi hablando en el salón. ¡Sí que has sido rápido esta vez! Estoy impresionado.

—¡No es la chica de las pecas! —protestó indignado.

—¿Para quién robaste la rosa?

—¡Para mi abuela! —improvisó.

Albert estalló en una carcajada.

—No tienes nada que hacer. Sea quien sea, antes o después, me conocerá a mí —le espetó prepotente.

Dicho esto, se alejó por el pasillo lentamente, regodeándose en sus palabras. Antes de abrir la puerta del invernadero, se giró y le sonrió con superioridad:

—Recuerda, Vogler, nada que hacer.









## Capítulo IV

### Labios y rosas

Nada más desaparecer Zimmer, Erik se llevó el dedo índice herido a la boca y lo succionó intranquilo. La espina de la rosa lo había perforado sin piedad. No tenía nada que hacer. Las palabras de Albert todavía resonaban en el invernadero y su maléfica sonrisa flotaba sobre las petunias. ¿Tendría razón? ¿Sucumbiría Cloé ante su incomprensible magnetismo? ¿Caería rendida en sus garras? ¿Le clavaría sus colmillos en ese cuello frágil y delgado? En mitad de aquel mar de dudas que lo aterrorizaban, surgió el chirrido de la puerta de cristal. Al verla, con su largo abrigo entallado y sus botines negros, Vogler se quedó inmóvil, tan quieto y sonrojado como las rosas que lo rodeaban.

La joven caminó despacio a través del pasillo manteniendo sus ojos verdes fijos en Erik, quien apenas se atrevía a respirar. Sin embargo, cuando solo los separaban un par de metros, Cloé desvió su mirada hacia el suelo y reparó en la rosa tronchada que descansaba junto a los Lombartini.

—¡Oh, mi Chrysler Imperial! —exclamó agachándose para recogerla.

Al adivinar sus intenciones, Vogler se inclinó al mismo tiempo y ambos se golpearon la frente y se llevaron las manos al lugar exacto del coscorrón.

—¡Aysss!

—¿Estás bien, Erik? —le preguntó cortés.

ERIK. Su nombre en los labios de Cloé parecía sonar como la miel. Por supuesto que estaba bien, mejor que bien, en la gloria. Por primera vez en su vida se encontraba en el lugar adecuado y en el momento justo. Sonrió quitándole importancia mientras se agachaba aún más para recoger la rosa cortada.

—¿Quién ha podido?... —se lamentó enfadada.

Vogler estuvo a punto de culpar al jardinero. Quizá había sufrido un descuido más esa mañana. Además, ella lo había calificado como un merluzo. En cambio, tras unos segundos de silencio que aprovechó para levantarse con la rosa en la mano, dejó caer lo siguiente:

—Supongo que ha sido el impresentable que acompaña a mi abuela. Le acabo de ver salir hace poco.

—¿De verdad?

Asintió solemne.

—¿Cómo se llama ese energúmeno? —preguntó con visible indignación.

—Albert Zimmer —confesó tragando saliva.

—¿Cómo se ha atrevido?... ¡Son mis rosas! ¿Sabes el tiempo que les dedico?

Vogler negó con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Y por qué lo habrá hecho? —reflexionó ella en voz alta.

—Él es así —contestó envalentonado—. No respeta nada ni a nadie. Es un tipo sin escrúpulos, un degenerado. ¡Un bárbaro!

—¡Adoro mis rosas!

—¡Yo, también! —saltó sin pensar enarbolando la rosa caída.

—¿Tú, también?

Se sintió turbado. No sabía muy bien por dónde salir.

—¡Adoro las rosas desde siempre!

¡Qué más daba que sus flores favoritas fueran las orquídeas!

—¿Y cuáles son tus preferidas?

—Las Chrysler Imperial —volvió a mentir con toda su alma.

—¿En serio?

Cabeceó nervioso sujetando el tallo entre los dedos de la mano derecha.

—¿Por qué? —se interesó Cloé.

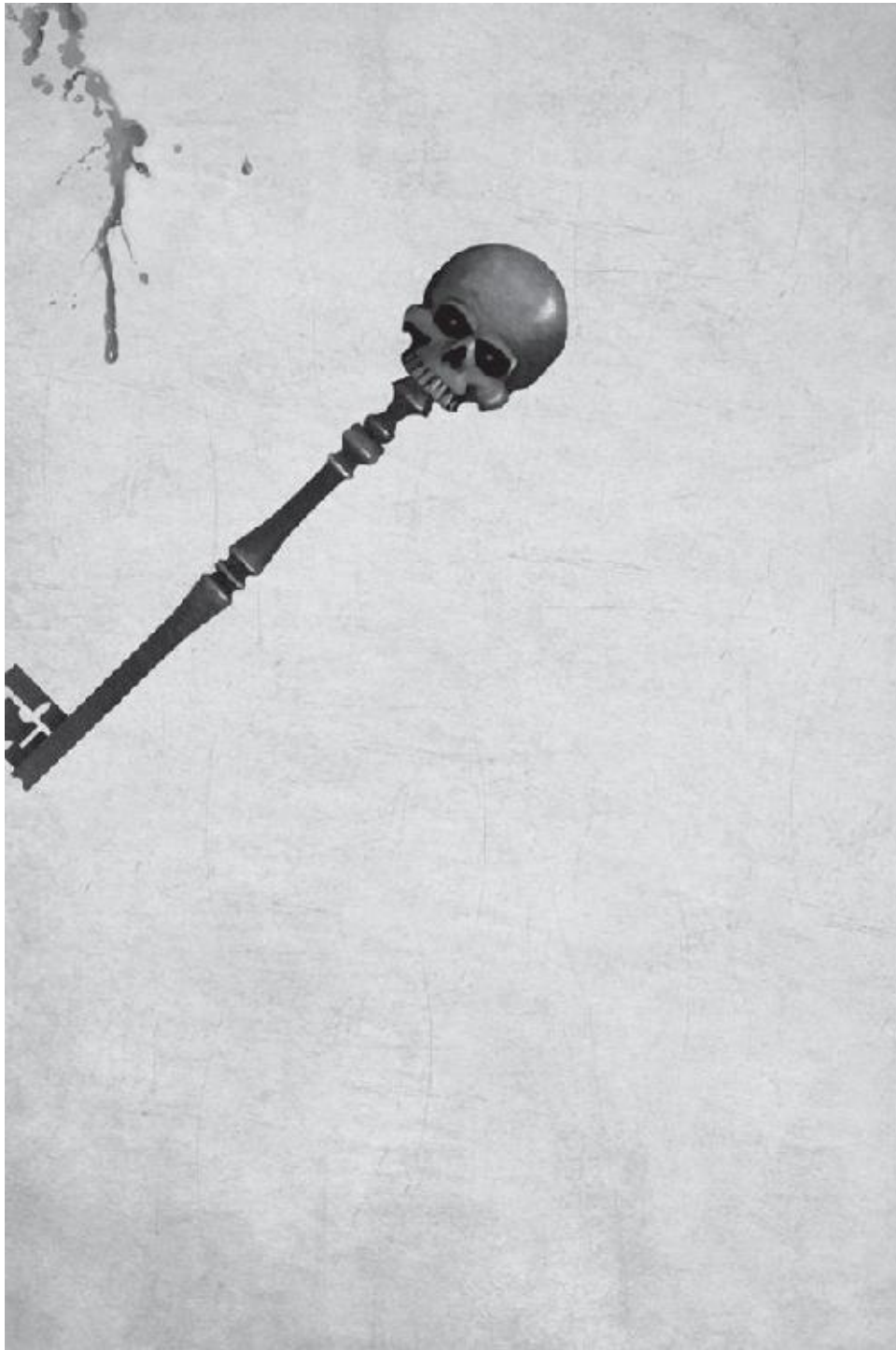
¿Por qué?... No se le ocurría nada.

—¿Por qué te gustan? —insistió mirándolo con atención.

Una extraña frase le vino a la garganta.

—Porque, porque... porque huelen igual que tus labios.

Cloé le sonrió dulce. Lo contempló con los ojos profundos y grandes sin decir nada y se acercó hacia él. Vogler sintió que sus piernas comenzaban a flaquear bajo los Passion. Trató de mantener la compostura y sujetó la flor en su mano. Quizás, por una vez en toda su vida, su perfume Didier pudiera obrar algún milagro. A escasos centímetros, los labios carnosos de Cloé, su delicada piel, su sonrisa y los ojos cerrados. Erik se quedó quieto, cerró los párpados y entreabrió la boca. En ese instante, notó el beso de la joven. Una oleada de calor le golpeó los pómulos y las orejas. Envuelto en sus labios, aguantó sin rechistar un segundo pinchazo de la rosa en el dedo herido. Otra gota redonda de sangre asomó junto a la espina. Nada importaba. Ni siquiera el escarabajo rinoceronte que trepaba por uno de sus Lombartini recién estrenados. Nada importaba. Nada, salvo aquel beso.







## Capítulo V

### Al rescate del monstruo peludo

Cloé era un sueño, un sueño demasiado hermoso para él. Sin duda, un milagro surgido de un invernadero francés, envuelto en rosas y en un peculiar jardín de escarabajos. Cuando ella se apartó y se alejó sin hacer ruido, Erik aún tenía los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Así permaneció unos segundos más, hipnotizado por su primer beso, hasta que se percató de un sospechoso hormigueo que ascendía por sus calcetines de ejecutivo. Abrió los párpados de golpe. Enseguida adivinó lo que ocurría. ¡AHHH!

Comenzó a saltar histérico dándose manotazos en la pierna izquierda, a la altura de la pantorrilla. En su loco frenesí por deshacerse de semejante monstruo peludo, golpeó sin querer la maceta de un gladiolo que cayó al suelo desde una de las repisas de madera. Se hizo añicos. Miró a su alrededor espeluznado. Afortunadamente, Cloé no estaba allí. Desesperado por la tenacidad del escarabajo que no soltaba su calcetín británico, se sacudió con fuerza la pernera del pantalón lanzando varias patadas al aire. La mala suerte hizo que el insecto saliera despedido y se precipitara en una regadera llena de agua. *CHOF*.

Con el corazón en un puño, se asomó a su interior y comprobó cómo el escarabajo rinoceronte pataleaba indefenso. ¿Qué debía hacer? Sobre el agua flotaba una ligera mugre. Sopesó la situación. Impensable introducir el brazo en semejante lugar y mucho menos coger entre sus manos al bicho en cuestión. Buscó a su alrededor ansioso y encontró una caña que servía como guía de una camelia. La introdujo en el agua acercándola al insecto para que se abrazara igual que a un salvavidas. El pobre lo intentó una y otra vez. Sin embargo, para desesperación de Erik, resbalaba en el último suspiro y volvía a caer en su pozo mortal. Temiéndose lo peor, tiró la caña y se remangó su jersey gris de angora. ¿Qué iba a hacer? ¿Estaba loco? Apretó los labios y las cejas. Repulsión total. Si Cloé se daba cuenta de que faltaba uno de ellos, no se lo perdonaría nunca. Seguro que los tenía contados. Seguro que hasta les había puesto nombre.

Metió la mano en el agua fría y sucia. El escarabajo seguía pataleando. Erik arrugó la nariz. Demasiado fuerte para él. A punto de rendirse, recordó el beso de la joven y acercó la mano al insecto. Con un rápido movimiento, impulsado más por el

asco que por la compasión, lo rescató y lo lanzó, inmediatamente después, cerca de unas azaleas blancas que se disponían sobre un viejo arcón de madera.

Atacado de los nervios, huyó del invernadero dejando atrás un gladiolo fracturado, un escarabajo al límite de la muerte, una camelia sin guía y el beso de una joven que se había llevado consigo, además de una rosa, su corazón de quince años.

Al regresar al salón de la chimenea, todos los invitados guardaron silencio y lo contemplaron con curiosidad.

—¿Dónde te habías metido? —le recriminó su abuela al verlo aparecer.

—Eso, Vogler, ¿dónde andabas? —susurró irónico Zimmer tras acercarse a su lado.

—Este es mi nieto, Erik —anunció al resto de los asistentes, que habían llegado en su ausencia, y a la anciana propietaria de la casa, Véronique Rolland—. Por favor, discúlpenlo tanto por su tardanza como por no saber hablar francés.

Lo observaron con cierto paternalismo.

—*Bonjour!* —saludó esforzándose en su pronunciación.

—Bueno, bueno, Vogler —se guaseó Zimmer en voz baja—, se nota que has estudiado mucho en el avión.

Erik lo miró enfurecido. Sí, era verdad. A lo mejor no tenía ni idea de francés, pero hablaba alemán, su inglés era perfecto, se expresaba en español con cierta soltura y, además, había comenzado un curso de japonés *online*.

—Y, por cierto, sé que ha ocurrido algo extraño en ese invernadero —continuó Albert implacable—. Estás despeinado y llevas manchada de tierra la manga del jersey.

Lo habría estrangulado allí mismo, en francés o en alemán. ¿Por qué debía soportar a semejante cretino? En efecto, muy a su pesar, debía reconocer que tenía razón. Desafiando a la gomina, un mechón rebelde le cubría la frente destrozando su milimétrico peinado. Y, para más inri, la tierra del tiesto le había salpicado, en su lamentable caída, la manga del jersey de angora. Pensó que necesitaba salir de allí. Estaba hecho un desastre. Tenía que cambiarse y arreglarse antes de que Cloé reapareciera.

—Además, hueles raro —sentenció Zimmer.

El nieto de Berta se movió incómodo inclinando la nariz sobre su pecho. ¿Qué decía aquel indeseable?

—No te ofendas, Vogler. Hueles como a podrido —murmuró tras apurar su segundo zumo de tomate—. Yo creo que el tufo viene del puño de tu jersey.

Disimuladamente, Erik comprobó que estaba mojado. Posiblemente la manga habría resbalado durante el rescate del escarabajo. Se habría salpicado al sacarlo de la regadera a toda velocidad. ¡Lo que le faltaba! Buscaría una buena excusa para escapar del salón. Tenía que ducharse y cambiarse de ropa, echarse gomina y la dosis exacta de Didier detrás de las orejas y en las muñecas. Debía huir sin más demora.

YA. En contra de sus deseos, la silla de ruedas de Véronique Rolland se interpuso en su camino.

—¿Así que eres su nieto? —le preguntó en un aceptable inglés después de observar por unos segundos a Berta.

Asintió deseando que aquel vejstorio de ojos achinados se esfumara.

—No sabía que asistirías a esta reunión de antiguos alumnos —comentó observándolo con curiosidad—. Ni tampoco que vendría ese chico —añadió mirando de reojo a Albert.

—Es que fue idea de mi abuela —se justificó abochornado.

—Sí, en cuanto llegó y me la presentó el juez Ambert, me contó lo del accidente de esquí en Suiza. ¡Pobrecilla!

—Se rompió la tibia. Por eso lleva la muleta y sigue yendo a rehabilitación.

—Ya, ya. Entiendo.

Volvió a fijar sus ojos pequeños y verdes en él. Una manta de lana le cubría las piernas.

—Necesitaba ayuda para viajar hasta aquí —explicó Erik sintiéndose culpable—. No quería venir sola y...

—Claro, claro. Tengo entendido que eres su único nieto... Nadie mejor que tú para acompañarla, ¿verdad?

Vogler forzó una sonrisa.

—¿Y ese joven? —preguntó intrigada mirando a Zimmer.

Antes de que Erik pudiera contestar, el mayordomo, un cincuentón de nariz aguileña y orejas de soplillo, se acercó a Véronique Rolland para susurrarle que el comedor estaba preparado. Tal y como le había ordenado la anfitriona, había añadido dos servicios más para los dos jóvenes comensales de última hora.





## Capítulo VI

### El brindis

El comedor, que también disponía de chimenea, era una sala ocupada por una mesa rectangular de ébano. Siguiendo las indicaciones del mayordomo, los invitados fueron tomando asiento. Cerca de los ventanales, se acomodaron por el siguiente orden: Erik, en la esquina más próxima a la chimenea, Albert Zimmer, Berta Vogler con su amigo Julien Ambert; a continuación, el empresario Olivier Dubois, licenciado en Derecho, y su compañera de la universidad, la abogada Guillot y su moño perfecto. Frente a ellos, y comenzando por la chimenea: una silla vacía, el médico Paul Fontaine y su colega Jean Louis Duval, otra silla vacía y el matrimonio Halle, expertos en restauración de obras de arte y viejos amigos de la abuela de Erik. Por último, en el extremo opuesto, Véronique Rolland presidía la mesa, en la que destacaban media docena de botellas de vino de la zona, de la bodega *Château Tour des Gendres* del año 2005.

No tardó mucho en reaparecer la criada pecosa empujando un carrito seguida de la pianista Valeria Forte, que se disculpó diciendo que venía del baño y tomó asiento junto a los Halle.

—Vaya, Vogler, aquí llega tu chica —murmuró Zimmer en tono irónico.

La joven de las trenzas se llamaba Madeleine y, sin dejar de remover con un cucharón la sopa de judías humeante, miró un par de veces a Erik con coquetería.

—Aquí hay tema... —susurró Albert asombrado.

—¡Cállate, Zimmer!

Mientras Madeleine servía a los primeros comensales, una de las puertas del comedor, que permanecía cerrada, se entreabrió con un leve sonido. En el umbral, repentinamente, apareció ella. Y el rostro de Vogler se encendió como los troncos de la chimenea y todo él se tornó rojo. Albert dejó de jugar con su tenedor y abrió los ojos alucinado. ¿Quién era esa chica?

Véronique Rolland carraspeó visiblemente molesta soltando sin más preámbulos:

—Esta es mi nieta, Cloé.

—Disculpen el retraso, lo siento mucho.

Dicho esto, la joven tomó asiento frente a Erik, al que le había empezado a palpar el párpado derecho. Zimmer sonrió con aire maquiavélico. Evidentemente,

aquel era el secreto de Vogler, lo que había tratado de ocultarle en el invernadero. Lo observó de reojo, temblaba como una amapola sacudida por el viento. No tenía nada que hacer. Era un pánfilo. Así que dirigió su mirada profunda hacia Cloé y comenzó a hablar con ella en un perfecto francés.

Erik sintió una rabia inmensa. Lo odiaba. Y a su abuela por empeñarse en invitarlo. Y a Madeleine por sonreírle con cara de boba. Odiaba los cuadros de caza que adornaban las paredes del comedor y el olor del vino de Bergerac. Odiaba no saber francés. De repente, pronunció su nombre en voz baja: Cloé. Y ella lo miró con curiosidad esbozando una sonrisa.

—¿Te llevaste la rosa? —le preguntó en inglés.

La joven lo observó sorprendida. Erik sonrió cómplice. Albert, en cambio, lo miró mosqueado.

—¿Qué rosa? —contestó la chica inclinándose hacia él.

Parecía intrigada y divertida.

—La... la... —tartamudeó Vogler.

En su retina, los ojos verdes de Cloé y la mirada penetrante de Zimmer, que no quería perderse ni una sola palabra de la conversación.

—La Chrysler Imperial —logró decir azorado.

—Me encantan las rosas —respondió tomando una copa de agua entre sus dedos.

Embobados, Erik y Albert contemplaron su boca. El primero recordando el beso del invernadero. El segundo deseando rozar sus labios. CLOÉ.

Todos los comensales estaban servidos. Antes de empezar la comida, el señor Halle levantó su copa de vino tinto.

—Quería proponer un brindis —se arrancó jovial—. ¡Por vosotros, por las viejas glorias de La Sorbona! Y por nuestra anfitriona, que aceptó mi sugerencia para volver a reunirnos y que tan amablemente nos ofreció su casa.

Véronique Rolland sonrió halagada.

—Gracias a ti, Jacques, por enviarnos la invitación —dijo el juez Ambert—. Y, por cierto, enhorabuena por tu libro.

—¿Has publicado un libro? —preguntó sorprendida Berta Vogler.

—¡Sí, un ensayo sobre arte etrusco! —comentó entusiasmada Valeria Forte—. Yo tuve la suerte de acudir a la presentación en el mes de marzo en una librería de París. También vino Julien. Allí coincidimos con *madame* Rolland.

—¡Ah, vaya, no tenía ni idea! —se lamentó la abuela de Erik.

—¡Lo siento, Berta! Se me pasó por completo avisarte —se disculpó Jacques Halle.

—Como no estás en el grupo de Facebook... —le recriminó Beatrice Halle.

—Ya sabéis que paso de esas chorradas.

—Tampoco tienes móvil ni WhatsApp, querida —intervino Valeria.

—Deberías planteártelo —la animó el juez Ambert.

—De hecho, fuiste la única a la que tuve que enviar la invitación por carta — recordó Jacques.

Berta Vogler sacudió la cabeza con energía. Sus pelos parecían electrizados. Ni hablar. No quería oír ni hablar de esas pamplinas tecnológicas que, según ella, atocinaban el espíritu y robaban el tiempo para otros menesteres mucho más interesantes como montar en bicicleta, esculpir un bloque de mármol o, incluso, hornear rosquillas aunque le quedaran como roscos de cemento.

Berta aún seguía negándose a la invasión tecnológica, cuando el mayordomo y Madeleine trajeron el primer plato. Las cucharas comenzaron a hundirse en la tradicional sopa de judías de la zona que les habían servido. Se hicieron silencios entre los comensales. Erik contempló su plato y desestimó cualquier intento de probarlo. Odiaba las judías. Le producían unos gases terribles. Así que jugueteó con la cuchara y, para contentar a la nieta de la anfitriona, sorbió un poco del caldo rojizo donde flotaban y sonrió varias veces sin darse cuenta de que un trozo de perejil se le había pegado en un diente. Esta circunstancia propició que Zimmer atrajera la atención exclusiva de la joven.

Era la una del mediodía. El matrimonio Halle le pidió a Madeleine que felicitase al chef por la exquisita sopa de judías. Deliciosa. Llegó el segundo plato: asado de hígado de pato con vino Monbazillac y *chutney* de higos y nueces. En tanto lo saboreaban y la mayoría de los invitados se deshacía en elogios hacia el cocinero, Erik sonrió varias veces a Cloé. Ella ni siquiera reparó en su presencia. Durante los siguientes minutos, la comida transcurrió con normalidad hasta que el doctor Duval empezó a sentir un dolor agudo.

Como si una losa le aplastara el pecho, como si no hubiera aire en aquel salón francés. Sin perder un segundo, Duval se incorporó del asiento para buscar sus pastillas. Las llevaba guardadas en el bolsillo de su pantalón. Su colega médico, lo observó preocupado:

—¿Te encuentras bien?

Algunos cubiertos, incluyendo el de Erik, que detestaba el hígado y se afanaba en untar un trozo de pan en la salsa, se detuvieron expectantes. ¿Qué estaba sucediendo? Duval ni siquiera logró responder. De forma aparatosa cayó al suelo tirando la silla y desapareciendo de la vista de los comensales. El juez Ambert, Olivier Dubois, la pianista y los Halle se levantaron de golpe. En cambio, la abogada Guillot se mantuvo sentada en su silla, enmudecida y con expresión de pavor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Véronique Rolland.

—¡Le ha dado un infarto! —anunció Paul Fontaine y se arrodilló junto a su amigo afanándose por encontrar su medicación.

—¡Qué horror! —exclamó Valeria Forte agarrándose con fuerza a las perlas de su collar y retrocediendo varios pasos aterrorizada.

El doctor Fontaine extrajo varias pastillas del estuche que Duval guardaba en el bolsillo de su chaqueta.

—¡Un poco de agua, rápido! —rogó el médico sujetando la cabeza de su colega y tratando, sin éxito, de que ingiriera la medicación.

Beatrice Halle le pasó una de las copas mostrando el visible temblor de su mano izquierda. Albert, Erik y Cloé habían enmudecido. Los tres se habían levantado de sus sillas y contemplaban pasmados la escena. De fondo, como una letanía inevitable, la pianista histérica no hacía más que repetir: «¡Qué horror, qué horror!» con los ojos desencajados. El señor Duval no tenía pulso. Su colega se dispuso a practicar un masaje cardíaco y extendió los brazos apoyando las palmas de las manos en su paciente. En medio del desbarajuste, Berta Vogler, que se había levantado con ayuda de su muleta, rodeó la mesa hasta acercarse al hombre que yacía sobre el suelo.

—¡Apártense, por favor! —suplicó Fontaine.

El matrimonio Halle dio varios pasos hacia atrás esquivando a la abuela de Erik. El rostro de Duval permanecía inalterable. Durante varios minutos, su amigo no cesó en su empeño por reanimarlo hasta que, derrotado, levantó la cabeza y encontró los ojos de Berta.

—Ha muerto —declaró abatido.



## Capítulo VII

### Un cadáver antes de los postres

Erik Vogler contuvo una arcada llevándose la servilleta a la boca. MUERTO. ¿Es que no podía haberlo hecho en la intimidad de su habitación? ¿Tenía que palmarla justo en mitad de la comida? Cloé lo miró con interés.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, gracias —respondió tratando de aparentar tranquilidad.

No estaba bien. El *chutney* de higos y nueces burbujeaba en su estómago. Vivir una muerte en directo le cortaba la digestión a cualquiera. De todas maneras, sus ganas de vomitar habían servido para que Cloé se fijara en él. Solo por eso ya merecía la pena estar al borde de echar la pota. Tenía que aprovechar su oportunidad.

—Te queda mejor el pelo suelto —afirmó rotundo.

—¿Perdona?

—Te... te favorece más —intentó explicarse presintiendo su propio fracaso—. No es que así no estés bien, que lo estás —Cloé frunció el ceño y Zimmer sonrió presagiando el desastre—, por supuesto que te va muy bien el recogido con una coleta. De eso no me cabe la menor duda. El lazo de terciopelo está muy bien elegido. Pero el otro estilo, con la melena suelta, pues... resulta más natural. ¿Entiendes lo que te quiero decir? —preguntó al verla sentarse con brusquedad.

—En absoluto. Sobre todo cuando el consejo proviene de un forastero engreído de pelo engominado y brillante como unos zapatitos de charol —soltó sin misericordia—. Por cierto, estás despeinado, muy despeinado —puntualizó—, lo cual resulta intolerable. Deberías cambiar tu marca de fijador —le remató.

Recibió el golpe como una bofetada en la mejilla, como uno de esos tortazos que te dejan grabadas las huellas de los dedos y se prolongan hasta el infinito.

—¡Menudo corte te ha pegado! —susurró Albert complacido—. No es nada personal, Vogler. Pero ya te advertí que no tenías nada que hacer.

Abochornado y con las orejas al rojo vivo, se retocó el pelo como pudo para recuperar la dignidad perdida. Por su parte, Cloé se quedó absorta contemplando el fuego de la chimenea, como si lo que acabara de ocurrir en el comedor de su casa no fuera con ella. Sin perder su frialdad característica, Zimmer se metió las manos en los bolsillos y murmuró:

—¡Qué mala suerte, Vogler! La chica te deja planchado y un fiambre nos va a impedir llegar a los postres.

—¡Eres abominable! —replicó estrujando la servilleta entre sus dedos.

Zimmer sonrió satisfecho. Era el monstruo que iba a conquistar a Cloé delante de sus narices.

—¡Hay que avisar a la policía! —exclamó Berta sacando al resto de los invitados del estado de *shock*.

—Llamaré desde mi móvil —propuso el juez Ambert.

—No hay cobertura, señor —repuso el mayordomo.

—¿Cómo dice? —preguntaron a coro.

—Zimmer, ¿qué están diciendo? —farfulló Erik desorientado.

Tras escuchar la noticia, empalideció. ¿No había cobertura? ¿No se podría conectar a Internet en todo el fin de semana? ¿Cómo accedería a su correo? ¿Cómo iba a participar en el foro de amantes de la cocina japonesa? ¿Cómo escribiría a su padre? ¿Cómo demostraría a Cloé que se había equivocado de mineral? Bueno, tal vez, aquello no fuera una gran idea. Mejor no decirle nada. Hizo memoria, no recordaba ni un solo fin de semana de su vida sin cobertura. Definitivamente, aquello era una atrocidad.

—Solo se puede llamar desde el teléfono fijo —aclaró Véronique Rolland apartando su silla de ruedas de la mesa—. Mignon, por favor, acompáñame para avisar a la policía. Madeleine, trae una manta para cubrir al señor Duval.

—Por supuesto, *madame* —contestaron al unísono.

—¿Lo vais a dejar en el suelo? —preguntó conmovida la pianista llorona.

—No deberíamos tocarlo —aseveró Julien Ambert acercándose al cadáver.

—Al menos, ponedlo en un sofá —suplicó entre sollozos.

Porque Valeria Forte no soportaba la muerte. Del mismo modo que nunca interpretaba piezas de corte trágico por recomendación expresa de su psicólogo.

Conmovidos por su llanto desconsolado y cumpliendo sus deseos, Olivier Dubois, Jacques Halle y Paul Fontaine, con la ayuda de Albert Zimmer, cargaron el cuerpo sin vida de Duval hasta el salón principal. En el traslado, la desproporcionada barriga del fallecido no ayudaba demasiado. Apretando los dientes y a la de tres, consiguieron balancearlo y colocarlo sobre el sofá de color champán donde se habían sentado para tomar el aperitivo. A poca distancia, los seguía la criada pecosa con la misma manta que había ofrecido a Erik y que, ahora, iba a cubrir a un muerto.

Concluida la operación, los cinco regresaron al comedor donde se encontraron con dos jóvenes en silencio, una pianista compungida y otras tres mujeres que hablaban en voz baja con un juez meditabundo. El mayordomo y la anfitriona reaparecieron poco después. Véronique Rolland anunció que los gendarmes estaban en camino. Tal y como vaticinó Zimmer, se quedaron sin los postres.



## Capítulo VIII

### El chef ofendido

Durante un largo rato, lamentaron la muerte de Jean Louis Duval. Su compañero comentó que, en los últimos años, había sufrido un par de infartos y, desde entonces, tomaba medicación para sus problemas cardíacos. Un infortunio o el destino le habían llevado a perder la vida en Bergerac. «¡Qué mala suerte!», exclamó el juez Ambert antes de encargarse de una tila a Madeleine. Paul Fontaine, Valeria Forte y Véronique Rolland asintieron circunspectos y se sumaron a la infusión.

—¿Podría utilizar el teléfono? —preguntó el señor Halle incorporándose del sillón que ocupaba.

—Por supuesto —contestó la anfitriona—. Mignon, por favor, acompáñelo hasta el teléfono.

—Yo también necesitaría telefonar —dijo Beatrice Halle.

—Y yo —murmuró la abogada Guillot.

—Y yo —se sumó Erik adivinando las intenciones de los invitados aunque hablaran en francés.

—Pero, tú, ¿a quién vas a llamar? —le interrogó su abuela.

—A mi padre.

—¡Si hablaste con él hace un rato desde el aeropuerto! —le echó en cara.

—¡Deja al chico, Berta! —intercedió Véronique.

Erik levantó la barbilla y, muy digno, siguió a la comitiva telefónica.

—Si me disculpáis —les interrumpió el juez Ambert—, me gustaría salir a tomar el aire.

—No te retrases, Julien, o se te enfriará la infusión —le recordó Berta en tono maternal.

—No lo haré —contestó sacando del bolsillo interior de su chaqueta una pitillera dorada.

Un par de horas más tarde, tres gendarmes aparecieron en el *château La Rose Rouge* acompañados por un médico forense que se encargaría del levantamiento del cadáver. En el salón comedor les aguardaban todos los comensales, además del mayordomo, la criada pecosa y el cocinero, que se había sumado al resto de los testigos.

—Mi colega ha sufrido un ataque al corazón fulminante durante la comida. No pude ni siquiera darle su medicación —se adelantó Fontaine.

—¿Dónde está el cadáver?

—Lo hemos colocado sobre el sofá del salón —anunció Véronique Rolland.

—No deberían haberlo tocado —les recriminó el forense con gesto reprobatorio.

La pianista irrumpió en un llanto nervioso.

—¡Ha sido por mi culpa! Yo les propuse que no lo dejáramos en el suelo.

—Tranquilícese, señora —intervino un gendarme llamado Beaumont, de finos bigotes enrollados sobre sí mismos. Y, dirigiéndose a los demás, preguntó—: ¿Alguien me puede contar cómo sucedieron los hechos?

El juez Ambert tomó la palabra.

—Estábamos comiendo el segundo plato y Jean Louis comentó que no se sentía bien.

—Se encontraba enfermo desde hacía tiempo —puntualizó Fontaine.

—Entiendo... —Beaumont desvió su atención del médico y miró al cocinero—: ¿Me podría decir qué comió el fallecido?

—El señor Duval tomó una sopa de judías blancas sin sal, tal y como nos solicitó por sus problemas de corazón. Yo mismo la preparé y la puse en una sopera individual para que no hubiera ninguna confusión a la hora de servir los platos. Además, la probé varias veces antes de que saliera de la cocina. Y puedo asegurar que no había ni una pizca de sal y que aun así su sabor resultaba extraordinario —sentenció como si estuvieran juzgando su labor gastronómica.

—¿Ha sobrado algo de la sopa que ingirió antes de morir?

—Sí, la guardé en el frigorífico —afirmó solícito—. Si lo desean, la probaré ante ustedes.

—No es necesario. Nos la llevaremos para analizarla en el laboratorio.

—Insisto, señor. La probaré para demostrarles que esa sopa no tiene nada que ver con la muerte de nuestro invitado.

—No estamos cuestionando en absoluto su profesionalidad —subrayó Beaumont.

—¡Madeleine, trae la sopa! —le ordenó el viejo cocinero con voz de trueno.

La criada pecosa salió disparada en dirección a la cocina. Regresó portando la sopera en cuestión y una cuchara de plata. Desobedeciendo las indicaciones de Beaumont, sumergió la cuchara para después introducirla bajo sus blancos bigotes de morsa. Durante unos segundos, paladeó el caldo con cara de satisfacción.

—Ni un grano de sal y con un sabor exquisito —aseguró hinchando el pecho—. ¿Alguien más quiere probarla?

Berta Vogler se ofreció voluntaria.

—Por favor, señora. Esto es totalmente ridículo —le recriminó Beaumont, que no daba crédito.

La abuela de Erik hizo caso omiso y tomó una cucharada. Se creó un silencio en torno a ella. Los testigos la observaron con atención.



—Sosa..., pero SOSA, SOSA —recalcó soltando la cuchara de golpe y viendo cómo naufragaba en la sopera.

—Y, sin embargo, es una delicia —matizó el cocinero.

—No sé qué decirle —contraatacó Berta—. A mí los platos insípidos no me van.

—¿Insípido? —replicó indignado.

—Soso —se reafirmó— y sin gracia.

—¿Y las lágrimas de perejil?

—No me dicen nada.

—¿Y la deconstrucción del ajo molido?

Berta Vogler hizo una mueca apretando los labios y soltó sin misericordia:

—Esto es aguachirle.

«¡Bruja insolente!», pensó el cocinero al mismo tiempo que estrujaba el gorro blanco que se acababa de quitar de un zarpazo y se mordía rabioso el labio inferior.

—¡Basta ya de bobadas! —se impuso Beaumont—. ¿Dónde se encuentra el cadáver?

—Está en el salón, si son tan amables de acompañarme —les indicó el mayordomo abriendo la comitiva.

Siguiendo las instrucciones del forense, los agentes colocaron el cuerpo inerte del señor Duval en una camilla para trasladarlo y practicarle la autopsia.

Después de que la policía abandonase *La Rose Rouge*, la mayoría de los invitados así como la anfitriona y Cloé se retiraron a sus habitaciones para descansar. Junto a la mesa de ébano solo quedaron Erik y Berta. El primero, con la mirada ausente. La segunda preguntándose en qué demonios estaría pensando el plomo de su nieto y por qué, en esta ocasión, había aceptado de buen grado viajar con ella hasta Bergerac.

—¿Estás bien? —le preguntó evitando cualquier exceso de ternura.

—Sí, sí.

—Lamento mucho lo que ha ocurrido, Erik.

—Tú no tienes la culpa. Además, prefiero estar aquí.

Lo miró con desconfianza. Algo le olía a chamusquina. ¿Prefería estar con ella y con Albert antes que aplicándose una mascarilla hidratante en su Bremen natal? ¿Qué había ocurrido? ¿Qué le ocultaba? En realidad, a Berta Vogler se le habían escapado dos detalles: el primero, silenciado tanto por parte de Frank como de Erik, había sido la pieza negra de ajedrez que había aparecido, decapitada y dentro de una caja de cartón, junto a la puerta de su casa durante las Navidades; el segundo, se llamaba Cloé y olía a rosas rojas.







## Capítulo IX

### La pesadilla de Dubois

Contrariado por el cambio de actitud de Cloé y dispuesto a seducirla, decidió dirigirse a su habitación para ducharse y cambiarse de ropa. Al subir por las escaleras, sujetando el brazo de su abuela y dejándose guiar por el mayordomo, recordó las palabras de su padre:

—No te preocupes, Erik. He hablado con la policía y me han confirmado que ese loco sigue en una celda de máxima seguridad. Es imposible que te haya enviado la pieza de ajedrez. De todas formas, me han asegurado que investigarán lo ocurrido.

—Pero... —intentó protestar.

—Por favor, no le des más vueltas. Habrá sido una broma macabra, hijo. Toda Alemania se enteró de la noticia a través de los medios de comunicación. Cualquiera pudo haberla dejado ahí.

Sí, cualquiera. Cualquiera como Zimmer, una mente retorcida que parecía disfrutar torturándolo. ¿Habría sido él? Cuando se armó de valor para llamarlo por teléfono y sondearlo, recibió una respuesta aplastante:

—¡Vogler, no fastidies..., son las tres de la madrugada!

—¿Fuiste tú? —volvió a preguntarle retorciendo el cable del teléfono fijo.

—¿De verdad crees que yo haría semejante chorrada?... ¿Acaso te parezco Santa Claus? —se mofó antes de colgar.

Una broma macabra. Su padre tenía razón. ¿Quién no conocía los crímenes del rey blanco? Cualquiera sabía los detalles del caso. No debía darle más vueltas. Por eso, sin rechistar, aceptó la propuesta de acompañar a su abuela a Francia aunque se tratara de una reunión de auténticos dinosaurios con algunos de los mejores expedientes de la universidad y a pesar de que Zimmer se hubiera apuntado a la fiesta.

—Además —le había dicho su padre con un toque de melancolía—, viajar con tu abuela a Bergerac os sentará muy bien. Ella ahora te necesita más que nunca. Ya sabes que la muerte del tío Leonard le ha afectado mucho.

Por eso estaba sujetando el brazo de Berta, por eso estaba subiendo con gesto decidido los escalones del *château*; por eso, en lugar de terminar un puzzle imposible que le había comprado su padre en una juguetería de Bremen como regalo de

Navidad, unas semanas más tarde solo tenía en la cabeza la imagen de Cloé. Por eso era de vital importancia ducharse, peinarse a la perfección, echarse las gotas precisas de Didier, escoger los pantalones y la chaqueta adecuados y hablar, de nuevo, con la joven de las rosas. No había nada más importante en el mundo. Ni siquiera la cobertura del móvil, ni la conexión a Internet.

Al llegar al lugar indicado, el mayordomo abrió la puerta de su dormitorio y Vogler dejó escapar una sonrisa. Allí estaba su Chantel. Mignon la había llevado al dormitorio cuando llegaron a la casa. Erik paseó la mirada por la estancia. La decoración no le disgustaba en absoluto. Quizá un tanto barroca en algunos detalles, como el cabecero de la cama, tallado en madera de roble y, sin embargo, acertada en la combinación de tonos ocres. Sonrió satisfecho al tiempo que procedía a abrir su maleta Chantel y buscaba un compartimento especial donde había guardado cinco barritas de cereales integrales. Rasgó el envoltorio de una de ellas y la devoró hambriento. «¡Nada que ver con la sopa de judías!», se dijo entrecerrando los ojos. Una vez terminada, sin pensárselo dos veces, eligió una segunda que mordisqueó con ganas y de la que tampoco desaprovechó ni una sola partícula de *muesli*.

Con el estómago agradecido, seleccionó la ropa con la que sorprendería a Cloé y se dirigió al cuarto de baño. Sonrió frente al espejo. HORROR. Descubrió el trozo de perejil que se le había quedado enganchado entre dos dientes. Ahora entendía que ella le hubiera prestado más atención a Zimmer. ¡Qué mala suerte! Mosqueado, sacó el cepillo, usó el hilo dental con pericia y se enjuagó con su colutorio de fresas salvajes. A continuación, abrió el grifo de la bañera hasta que el agua empezó a despedir un vapor que ascendía por el aire igual que el humo de una tetera.

Se sumergió en su interior y cerró los ojos. En ese mismo momento, una puerta del largo pasillo donde se situaba el dormitorio de Erik se abrió sigilosa. Alguien que portaba unos guantes negros caminó hasta detenerse frente a una de las habitaciones de los invitados. Tras cerciorarse de que no había ningún testigo, giró el picaporte con suavidad y entró sin hacer ruido en la estancia, colándose como lo hacía la luz entre las cortinas. De pronto, los ronquidos de Olivier Dubois, que descansaba en su lecho, se interrumpieron bruscamente. Como si presintiera la muerte, aún tuvo tiempo de abrir los párpados soñolientos y toparse con aquella imagen que parecía provenir de una pesadilla lejana. «¿Me recuerdas?», le preguntó antes de disparar con un silenciador a sangre fría. En las pupilas muertas del empresario y abogado asomaban el espanto y la memoria. Claro que se acordaba. Aunque fuera demasiado tarde y una bala le hubiera dibujado un agujero en mitad de la frente. Se acordaba perfectamente.

Ignorando el crimen que acababa de suceder en el *château*, metido en su bañera de porcelana, con una toallita mojada sobre la frente y otra en la que apoyaba el cuello, Vogler continuaba con los ojos cerrados. Así se mantuvo algunos minutos más, aspirando los vapores afrutados de las sales de baño e imaginándose paseando de la mano con Cloé, besándola con pasión, persiguiéndose, corriendo y cayendo

sobre la hierba como dos tontos. En un campo de margaritas. Sí. Porque Cloé lo amaría para siempre jamás.

De improviso, le asaltó una terrible inquietud llamada Zimmer. ¿Qué estaría tramando su mente oscura? ¿Habría localizado la habitación de la misteriosa joven? ¿Se le habría adelantado aprovechando su ausencia? ¿Sería capaz de clavarle los colmillos que con tanto cuidado ocultaba?... Debía apresurarse, debía protegerla y evitar que cayera en sus garras. La dulce Cloé podía estar en grave peligro. Suspiró agobiado. ¿Quién era capaz de arreglarse en condiciones bajo tanta presión? Por un instante, dudó: ¿corbata burdeos o gris marengo? Se decantó por la burdeos porque le recordaba a las rosas y a sus labios. Cuando se la estaba anudando al cuello, un impulso le hizo asomarse por la ventana de su habitación. A través de los cristales, distinguió la figura de la joven que caminaba con prisa dirigiéndose al invernadero. No había tiempo que perder. Zimmer estaría al acecho.



## Capítulo X

### La promesa

Antes de abandonar el dormitorio, Erik abrió una cremallera lateral de su Chantel y extrajo una cruz de madera que había comprado en un anticuario de Bremen poco después de la muerte de su tío Leonard. La contempló con aire reflexivo y la guardó en el bolsillo derecho de sus pantalones. Luego tomó con rapidez una chaqueta oscura, que combinaba con unos Passion immaculados, y salió tan atolondrado que olvidó abrocharse los cordones de sus Lombartini. Un ligero traspies justo antes de llegar a las escaleras evitó que se rompiera la crisma en alguno de sus peldaños franceses. Se agachó para realizar dos concienzudas lazadas, con el corazón alborotado y la mente borracha de Cloé.

Descendió por los escalones con rapidez y, al llegar a la entrada del *château*, se hizo el loco al darse cuenta de que Madeleine lo llamaba desde el pasillo. Fuera, estaba oscureciendo y las sombras renacían alrededor de la casa. De nuevo sin su Pierre Rodin, se internó en el sendero que ya le resultaba familiar y, a buen paso, alcanzó la puerta de cristal del invernadero. Nada más entrar distinguió a Cloé, iluminada por la luz mortecina de una bombilla y arrodillada junto al arcón de madera. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros. Al escuchar sus pisadas, ella se giró mostrándole la palma abierta de su mano.

—Charlie ha muerto —anunció.

Erik tragó saliva. Era el escarabajo que había lanzado a la regadera.

—¿Estás segura? —preguntó forzado—. A veces, fingen estar muertos para protegerse.

Cloé negó con un gesto de tristeza y colocó al escarabajo sobre el tiesto de una de las azaleas. No había duda de que el bicho estaba tieso. Por un segundo, Vogler quiso confesarle que había sido un accidente. Se arrodilló junto a ella y la miró a los ojos:

—¡Todo está hecho un desastre! —se quejó la chica con amargura—. ¡Mira, alguien ha destrozado la maceta de un gladiolo y ha arrancado esto! —añadió señalando la guía de la camelia.

Se sintió miserable.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó Cloé.

La culpa y el silencio comenzaron a trepar por el invernadero igual que las enredaderas. Vogler esquivó los ojos verdes de la chica. Estaba seguro de que ella no le perdonaría nunca lo del escarabajo.

—Solo se me ocurre una persona capaz de esto —murmuró avergonzado.

—¿Quién?

—Albert Zimmer.

—¿Crees que ha sido él?

Erik cabeceó en señal afirmativa.

—Es un tipo peligroso —continuó bajando la voz—, no te fíes nunca de él. Tiene embaucada a mi abuela.

Se quedó callado. Cloé lo observaba con creciente curiosidad.

—En realidad —dijo retomando su reflexión—, creo que tiene engañado a todo el mundo. Nadie sospecha de él. ¿Cómo iban a hacerlo? ¡Es tan encantador! —agregó despechado.

—Y... ¿qué esconde?

¿Qué escondía Zimmer? Eso era lo que le acababa de preguntar. Guardó silencio y numerosas ideas descabelladas se agolparon en su mente. ¿Qué ocultaba ese ser abominable?... ¿Unas manos gélidas y de ultratumba? ¿Una mirada inquietante? ¿Unos largos y siniestros colmillos con los que devorarla? ¿Sería capaz de contarle la verdad? ¿Qué conseguiría con ello? La contempló con ternura. Si le revelara la oscura naturaleza de Zimmer, si le dijera lo que solo él había descubierto, Cloé lo tomaría por un loco de atar. Seguramente saldría corriendo del invernadero y no la volvería a ver nunca.

—¿Por qué es peligroso? —volvió a preguntar desconcertada.

—¿Confías en mí?

Ella sonrió.

—Sí, claro.

Erik se llevó las manos al cuello y liberó la cadena con su crucifijo de plata.

—Es una cruz de Jerusalén —explicó con solemnidad—. Me la regaló mi tío Leonard dos años antes de morir.

—Lo siento mucho, Erik.

—Quiero que la lleves, Cloé —le suplicó acercándola a su cuello—. Te protegeré como lo ha hecho conmigo.

Ella vaciló.

—No puedo aceptarla —rehusó enternecida.

—Te la presto durante este fin de semana. Luego me la devuelves —le propuso rodeando su cuello con los brazos—. ¿Me permites?

La chica se levantó el cabello. Vogler le colocó la cadena y la contempló extasiado.

—Prométeme que no te la quitarás.



Cloé lo miró divertida. Era gracioso. A ella se lo parecía. Era gracioso, tal vez un poco esnob, y olía a un delicioso perfume francés.

—¿Me lo prometes? —insistió sacándola de sus pensamientos.

—Te lo prometo.

—Ni siquiera para dormir —le advirtió.

—Vale.

—Y no te quedes a solas con él bajo ninguna circunstancia. Es imprevisible —le susurró al oído.

Cloé se apartó sonriente y se humedeció los labios. Era un ángel francés. Erik la contempló sin pestañear.

—Me encanta tu pelo —balbuceó de repente con cara de bobo.

Ella se inclinó hacia él y lo besó despacio entre las blancas azaleas.



## Capítulo XI

### Un accidente inevitable

Berta Vogler aguantó solo un rato en su dormitorio. Lo que necesitó para terminar la última novela en la que andaba enfrascada y sentir que se estaba aburriendo como una ostra. Antes de marcharse, se miró en el espejo. Con la humedad, su melena blanca parecía recién salida del infierno. Trató en vano de pasarle un peine, que se quedó enganchado a mitad de camino. Lo sacó de aquella trampa mortal como pudo. Sin que nadie la oyera, maldijo sus pelos en alemán. «¿Y un ligero cepillado?», pensó de pronto. Mala idea. La cabellera cardada cobró aún más volumen. Salió de la habitación rodeada por aquella mata de cabellos flotantes que no tenían nada que envidiar, en cuanto a espesor, al algodón de azúcar de los parques de atracciones. Ya en el pasillo se topó con Zimmer.

—¿Albert? —preguntó extrañada—. ¿Dónde vas?

¿Adónde iba?

—Yo...

—Se baja por aquí —le indicó como si se hubiera despistado—. Venga, ayúdame, por favor.

—¿Llamamos a Erik? —le propuso el joven mientras atravesaban el pasillo.

La abuela lo miró con complicidad.

—Mejor que descanse, ¿no?

Zimmer lo imaginó durmiendo la siesta con un antifaz de terciopelo y sonrió. Sí, casi mejor. Con un poco de suerte, Cloé podría abandonar su habitación antes que él. Quizá, imaginó con arrogancia, estuviera ya en el salón o en el comedor esperándole. ¿Y Vogler entre tanto?... Vogler en la luna. «¡Menudo paquete!», pensó con una débil sonrisa.

Sin embargo, en contra de sus planes, solo se encontraron con el juez Ambert, que aguardaba inquieto al final del tramo de escaleras jugueteando nervioso con su pitillera.

—Querida Berta —la saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Julien, ¿estás bien?

—¡Me muero por un cigarro! —exclamó agradeciendo la llegada apresurada de Madeleine con su abrigo.

—Aquí tiene, señor —dijo solícita—. Espere, le ayudaré a ponérselo.

—Fumas demasiado —le recriminó Berta antes de que se marchara.

Desde el umbral de la puerta, el juez Ambert sonrió pícaro:

—Te prometo que este será el último.

Berta Vogler lanzó un bufido y se agarró con fuerza al antebrazo de Zimmer.

—¡Fumadores! —protestó malhumorada—. Son una panda de embusteros, Albert. ¡Nunca te fíes de ninguno de ellos! Venderían a su madre por un chute de nicotina.

Albert bajó la cabeza y no dijo nada. ¿Quién se atrevería a contradecir a Berta Vogler cuando se le cruzaban los cables?

Alrededor de media hora después, aparecieron en el salón Beatrice Halle y la abogada Guillot. Ambas evitaron sentarse en el sofá donde habían reposado los restos mortales de Duval y optaron por acomodarse en butacones. Albert y Berta, por su parte, habían elegido un diván de terciopelo rojo y agradecían a Madeleine las bebidas que les acababa de traer. Al calor del fuego de la chimenea, ninguno sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir.

Fue un estruendo metálico que los asustó de tal guisa que todos dieron un pequeño respingo en sus asientos. La abuela de Erik dejó de remover con la cucharilla la taza de café.

—¿Qué ha sido eso? —se preguntaron.

De inmediato, escucharon los alaridos de dolor de Véronique Rolland. Provenían de las escaleras y hasta allí se dirigieron los cuatro saliendo en tromba desde el salón. Zimmer fue el primero que vio a la anfitriona tirada en el suelo. Junto a su cuerpo delgado, estaba la silla de ruedas vencida e inclinada sobre los últimos escalones.

—¡Dios mío! —exclamó Beatrice llevándose las manos a la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Albert, que se había arrodillado al lado de la anciana.

—¡Ahhh! —se quejó tocándose el brazo izquierdo.

—¡¡Señora!! —gritó en tono trágico el mayordomo bajando como una exhalación—. ¿Por qué no me ha esperado?

—¡Rápido, vaya a buscar a Fontaine! —le ordenó Berta. Y, al ver que el hombre dudaba, añadió enfadada—: ¡Está arriba, en su dormitorio!

Porque no soportaba el toque melodramático de aquel mayordomo y, mucho menos, la falta de espíritu, de resolución, de sangre que había mostrado. Resopló con resignación y se remangó el jersey apoyándose con fuerza en su muleta.

—¿Qué le ha pasado? —se interesó Zimmer una vez que la ayudaron a sentarse de nuevo en la silla de ruedas.

—Yo... no sé... —titubeó nerviosa—. Estaba esperando a Mignon al borde de las escaleras y de repente... Tal vez me acerqué demasiado y no calculé bien.



## Capítulo XII

### La oscura advertencia

Ajeno al accidente de Véronique Rolland, hechizado por el segundo beso de Cloé, Vogler se sentía embargado por el perfume de las rosas rojas. Sonrió para sus adentros. Había vencido a Zimmer. ¿Nada que hacer? El engreído de Albert estaba muy equivocado. Definitivamente, Cloé tenía buen gusto. Además, por si aquello no fuera suficiente, él mismo se había encargado de culpar a ese infame de los destrozos del invernadero, de la muerte del escarabajo y, además, de describirle como un tipo indeseable y peligroso. Y, aun así, una sombra oscura planeaba sobre la cabeza de Erik. Estaba seguro de que la mente perversa de Zimmer estaría maquinando algún ardid para apartar a Cloé de su lado. ¿Sería suficiente el crucifijo de Jerusalén?

—¿En qué estás pensado? —le preguntó ella por sorpresa.

—En nada —mintió.

—Pareces preocupado...

—Es por la muerte del médico —improvisó.

Ella ladeó la cabeza.

—Lo del infarto del señor Duval me ha impresionado un poco, la verdad. Así, sin avisar, antes de los postres.

—¿El señor Duval? —le interrumpió Cloé tratando de recordar.

—Sí, claro que con esa barriga —reflexionó en voz alta—, ¡a saber cómo tendría su índice de colesterol!

—El señor Duval —murmuró dando unos pasos hacia atrás.

—Demasiada grasa —opinó petulante.

La joven se quedó callada. DUVAL.

—¿Ocurre algo, Cloé?

Ella se distanció todavía más.

—Creo que deberías marcharte de aquí.

—¿Marcharme? —repitió desconcertado—. ¿Del invernadero?

—No, del *château*.

Vogler sintió una punzada inmisericorde en el corazón.

—¡No pienso marcharme! —se rebeló avanzando hacia ella.

—¡Tienes que irte!

—¿Por qué?

—Estás en peligro —dijo misteriosa.

—¿Yo? —preguntó con perplejidad.

—¡Escapa de aquí cuanto antes! —le advirtió antes de echar a correr y huir del invernadero.

—¡Espera, Cloé!

Al salir de allí, a Erik le golpeó la oscuridad. Volvió a llamarla con desesperación. Los Lombartini pisaban nerviosos los guijarros blancos que rodeaban el invernadero y el vaho escapaba por la boca de Vogler. Echó de menos su Pierre Rodin.

—¡CLOÉ! —gritó sin éxito por última vez.

Solo el ruido del viento colándose entre las ramas, entre las hojas como un fantasma. La joven había desaparecido tragada por la noche o por la certeza de algo que iba a suceder.

Estaba en peligro. Cloé se lo había advertido antes de dejarlo plantado. ¿En peligro? ¿En peligro, por qué? No entendía nada. Solo le había recordado el nombre del médico gordinflón. DUVAL. No lo había visto en su vida. Tampoco le había escuchado a su abuela hablar nunca de él. No tenía nada que ver con el muerto. Sin embargo, un escalofrío le recorrió la espalda como una trepadora asesina. ¿Sería verdad? ¿Debería escapar de allí? Con el corazón alterado, perseguido por el miedo, echó a correr en dirección a la entrada de *La Rose Rouge*. Le abrió Madeleine con gesto preocupado. Sus miradas coincidieron en las escaleras.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Erik entrando en tromba.

—*Madame...* —hizo un raro gesto para explicar la caída— por las escaleras —murmuró asustada.

Erik la miró extrañado.

—No sé nada más, señorito.

Se acercó a los invitados que rodeaban a Véronique Rolland. Al verle tan perdido, Beatrice Halle se dirigió a él en inglés.

—No se acuerda de nada. Al parecer se ha caído por las escaleras. Por suerte, Fontaine acaba de confirmarnos que se encuentra bien. Ha tenido mucha suerte. Podía haberse matado.

Erik cabeceó pensativo. Podía haberse matado. Aquello le daba muy mala espina. Miró a su alrededor angustiado. ¿Dónde estaba Cloé? En medio de su desesperación y para rematarlo, se le acercó Albert.

—¡Qué lástima, Vogler, te has perdido otro susto de muerte! —musitó con complicidad—. ¿Dónde andabas? ¿Lloriqueando por los rincones?

Se esforzó por ignorarlo.

—No la busques —soltó adivinando sus deseos—. Aún no ha bajado. Y después de lo del trozo de perejil...

Sintió unas ganas inmensas de sacar el crucifijo de madera que llevaba en el bolsillo de sus *Passion*. De mostrarlo delante de todos los invitados y de ver cómo ese

engreído comenzaba a derretirse hasta acabar convertido en una masa viscosa y humeante.

—Me aburres, Zimmer —le soltó despectivo.

Así, sin más, lo dejó con un palmo de narices y buscó a Berta. Al llegar junto a ella, le susurró en alemán:

—¡Debemos marcharnos inmediatamente!

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó irritada.

—Fui a tomar el aire —improvisó—. Pero eso no importa —dijo tratando de desviar su atención—. Creo que estoy en peligro —le soltó intentando resultar convincente.

Pero ¿qué rayos decía el friki de su nieto?

—¿Cómo?

—Primero fue el doctor Duval, ahora la anfitriona. ¿No ves nada raro en esta casa? Demasiadas casualidades.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

Erik enarcó las cejas. ¿Qué podía contestar ante semejante pregunta?

—Ni idea —reconoció.

Berta puso cara de circunstancias.

—¡Vámonos de aquí, por favor! —volvió a suplicar.



## Capítulo XIII

### Aquellos viejos tiempos

No iban a escapar a ningún lado. No porque el histérico de su nieto le viniese con una nueva paranoia. Se encontraba en peligro. En peligro, ¿de qué? La tarde estaba resultando algo accidentada, eso no lo podía negar. Pero tampoco se iban a largar así por las buenas. Y mucho menos al ver cómo la anfitriona se sobreponía a su caída y les sugería que pasaran a un saloncito donde les había preparado una sorpresa para recordar sus viejas glorias universitarias.

En unas confortables sillas de terciopelo rojo, Beatrice Halle, la abogada silenciosa, Fontaine, Berta, Albert y Erik se fueron acomodando bajo la atenta mirada del mayordomo. No tardaron mucho en bajar el señor Halle y Valeria Forte, que disculparon su retraso porque se habían quedado dormidos en sus habitaciones. Quien no lo hizo, por razones obvias, fue Olivier Dubois. A pesar de la ausencia del abogado y del juez Ambert, los invitados insistieron en ver el montaje fotográfico que habían preparado Jacques Halle y la anfitriona. A la señal del mayordomo, que ya había encendido el proyector, Madeleine apagó las luces de la habitación. En la oscuridad de aquel improvisado cine, flanqueado por Zimmer y su abuela, Erik no podía dejar de pensar en Cloé y en su advertencia. ¿Dónde se encontraría la joven del invernadero? ¿Por qué no aparecía?

—¡Ohhh, eso fue después de uno de mis primeros conciertos en la residencia universitaria! —exclamó la pianista emocionada al contemplar la fotografía en blanco y negro.

—¡Qué pintas teníamos! —se mofó Beatrice refiriéndose a su indumentaria.

—Bueno, era otra época —recordó nostálgico Fontaine, que, si bien no había entablado amistad con Valeria Forte en aquel entonces, sí que recordaba sus conciertos en la residencia porque en la mayoría de ellos terminaba llorando.

Erik contempló la fotografía. No le costó distinguir a su abuela. Su cabello indómito la delataba. Era la primera de la izquierda empezando por la segunda fila. A su lado, con pelo lacio y engominado, apoyando su mano sobre el hombro de Berta, estaba el futuro juez Ambert. Por un momento, se preguntó si aquel tipo calvorota habría sido otro de los pretendientes de su abuela. También en la misma fila, se encontraba la abogada silenciosa, con cara de pena, su compañero de promoción,

Olivier Dubois, y el doctor Duval, uno de los estudiantes más jóvenes de la residencia, que tenía la misma edad que el colega que años después no lograría salvarle la vida. En el centro, en primera fila, se situaba Valeria Forte sosteniendo un ramo de flores. Junto a ella, Jacques Halle, que la miraba embobado, y Beatrice Halle, que parecía no darse cuenta de nada y sonreía a la cámara. Los únicos que no aparecían en la foto eran Véronique Rolland y Paul Fontaine.

—¡Qué atractivo era Julien! —comentó Berta—. Por cierto, ¿no ha vuelto todavía?

—¿Se marchó? —preguntó sorprendido el señor Halle.

—Salió hace ya un rato —les explicó—. Me dijo que se moría por un cigarro.

—No sé por qué te asombras, querido —intervino Beatrice en tono acusador—. En la presentación de tu libro apenas aguantó en la librería. Salió a fumar y casi no le vimos el pelo.

Valeria Forte sonrió divertida. Berta lanzó una carcajada y el señor Halle remató la frase:

—El pelo, lo que se dice el pelo... ¡No se lo vimos!

Todos estallaron en risas. Todos excepto Erik, que no soportaba permanecer más en aquella reunión de diplodocus.

—Falta Olivier —señaló la abogada rompiendo su voto de silencio.

—¡Cierto! —exclamó Paul Fontaine—. ¿Dónde está Dubois?

—Aún se encuentra en su dormitorio, señor —apuntó el mayordomo.

—¡Pues debería llamarlo inmediatamente, se va a perder toda la proyección! —intervino Berta con renovadas energías.

—¡¡Eso!! ¡¡Que baje, que baje, que baje!! —las viejas glorias se fueron sumando y coreaban con fuerza su ruego.

El mayordomo encogió los hombros y miró a la anfitriona esperando alguna orden. Ella le hizo un gesto para que fuera a buscarlo.

—Ahora mismo voy, *madame*.

—*Merci*, Mignon.

Beatrice Halle tomó el relevo con el proyector y una nueva fotografía iluminó la sala. De nuevo, rompieron a reír. Algunos de ellos aparecían caracterizados durante la representación de *Romeo y Julieta*.

—¡Ostras, tu abuela! —murmuró divertido Zimmer dándole una patada en el tobillo—. ¡Tu abuela de Julieta!

Porque aunque llevara una máscara que ocultara sus ojos, se la reconocía sin ninguna duda por su cabellera salvaje.

—¡No me puedo creer que me convencieran para ponerme esas mallas! —reconoció el señor Halle.

—¡Julien estuvo magnífico esa noche! —recordó Berta—. ¡Ay, mi Romeo! —suspiró teatral—. ¿Cuándo regresarás a mis brazos? ¡Julien, Julien! —comenzó a gritar, y sus compañeros corearon el nombre del juez.



—Tu abuela está desvariando.

—¡Déjame en paz!

—¡Qué genio, Vogler! Uy, claro, como estás enamorado... —le vaciló sin piedad—. Y encima sin ninguna posibilidad, que es lo peor.

De pronto, Berta estrujó la mano de su nieto sin previo aviso.

—¡Id a buscad a Julien inmediatamente! —les ordenó bajando la voz e inclinándose hacia Albert—. Esto —dijo refiriéndose a la proyección— no tiene sentido sin él.

—Pero... —trató de protestar Erik.

—¡Esos son mis chicos! —exclamó triunfal apretando la mano de su nieto con tanta fuerza que le crujieron dos falanges.

—¡Vamos, Vogler! —le animó Albert levantándose de un salto.

—¡¡Julien, Julien!! —clamaban los demás, enloquecidos bajo la expresión desconcertada de Madeleine.



## Capítulo XIV

### En busca de Ambert

No quería ir. Ni loco. No saldría de la mansión. Y mucho menos con Zimmer. ¿Los dos solos? Ni hablar. Sintió la mirada férrea de su abuela. El resto de los invitados aplaudían y seguían chillando en plan gallinero. De repente, la mano de Albert le rodeó el brazo y tiró de él con determinación.

—¡Venga, no montes el numerito! —le amenazó implacable—. Madeleine, ¿nos podrías traer nuestros abrigo, por favor?

La criada buscó el consentimiento de la señora, que asintió con una leve inclinación de la cabeza. Arrastrado por Zimmer hasta la entrada del *château*, inventó una excusa para evitar la inevitable expedición.

—Ahí fuera todo es oscuridad —dijo mientras Madeleine le ayudaba a ponerse su Pierre Rodin.

—Tenemos linterna en nuestros móviles —replicó sin hacerle mucho caso—. Venga, hombre, cualquiera diría que tienes miedo.

Los ojos de Zimmer brillaron de un modo especial. Recordó las palabras de Cloé. Estaba en peligro. A la fuerza, obligado por unas circunstancias crueles y por los empujones de aquel ser maligno, salió a las escaleras de entrada de la casa y empezó a gritar el nombre del juez.

—¡Vamos, sígueme! —le ordenó Albert encendiendo la luz de su teléfono—. ¿A qué esperas? ¡Enciende el tuyo de una vez!

—Yo...

No quería que se le acabase la batería.

—No te preocupes por la batería —dijo adivinando sus pensamientos—. Aquí el móvil no sirve para nada y, además, seguro que te has traído algún cargador en esa maletita tuya.

—¡Es una Chantel! —repuso indignado.

—¡Me estás hartando, Vogler! —le espetó furioso—. Mira, cuanto antes lo encontremos, antes regresaremos. ¡Aquí hace un frío que pela! —protestó cabreado—. ¡Enciende la linterna!

Erik sintió que le flaqueaban las piernas. Zimmer estaba a escasos centímetros de su cara. Podía notar su aliento helado. Se metió con disimulo la mano en el bolsillo

de los Passion. Apretó con fuerza la cruz y cabeceó obediente. No merecía la pena discutir por una linterna. No con los colmillos de Albert a tan poca distancia. Unos segundos más tarde, ambos se internaban en el sendero que llevaba al invernadero de Cloé. Todo era oscuridad salvo el amarillo redondo que iluminaban los móviles. Gritaron varias veces el nombre de Julien. Nadie les contestó.

—¿Y si ha dado la vuelta por el otro lado? —sugirió Erik—. ¿Y si ya ha entrado en la casa? A lo mejor estamos haciendo el tonto —reflexionó en voz alta.

Albert apretó los dientes. ¿Por qué habría dejado que le acompañase semejante pelma? Siguieron avanzando hasta llegar al invernadero. No hallaron ni rastro del juez Ambert en su interior. Cloé tampoco estaba. En la semioscuridad la sombra de Zimmer se cernía sobre él, pavorosa e imprevisible.

—Bueno, aquí no hay nadie —resolvió abriendo la puerta para huir de aquella trampa de cristal.

—No tan deprisa, Vogler —lo atajó al salir—. ¿Dónde vas?

—Voy a cerciorarme de que no ha regresado a la mansión —se justificó apartando el brazo con el que había bloqueado la salida—. ¡Sigue tú si quieres!

—¡Ni lo sueñes, Vogler! No te voy a dejar solo, porque se lo prometí a tu abuela, aunque me encantaría —después hizo una pausa y agregó—: ¿Sabes lo que me gustaría?

Erik no acertó a responder.

—Me gustaría dejarte encerrado en este invernadero y que los escarabajos peloteros te devorasen poco a poco —le susurró lentamente al oído.

Quiso aclararle que no eran peloteros sino rinoceronte, mas no dijo nada. Albert parecía un demonio en ebullición y lo único que le importaba era que se tranquilizara un poco. No le quedó más remedio, por tanto, que obedecerle y seguirlo, a una distancia prudencial, abandonando el sendero e internándose en la parte más profunda del jardín. ¡JULIEN! El viento oscuro les cortaba las mejillas. ¡JULIEN! ¿Dónde narices se había metido? Las luces de las linternas oscilaban desorientadas hasta que Erik soltó un grito agudo y aterrador.

—¿Vogler, qué ocurre? —repitió al notar que no reaccionaba.

Con el rostro desencajado y la mano temblorosa, el nieto de Berta enfocaba un bulto oscuro sobre la hierba. Zimmer se acercó con determinación y se arrodilló junto a él. El juez Ambert estaba tendido boca arriba, inmóvil, tenía los ojos abiertos y no pestañeaba.

—¿Está muerto? —logró preguntar Erik, que seguía paralizado en la misma posición.

—¿Tú qué crees, Sherlock?

O estaba muerto o tenía los ojos de cristal.

—¿Tiene pulso o no? —preguntó Vogler.

—Nooo —constató después de colocar los dedos sobre el cuello del cadáver.

—¡Cloé tenía razón! —gritó histérico.

—¿Cloé? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Me advirtió de que corría peligro y de que lo mejor era que me marchase de esta casa lo antes posible.

—¡Vaya, no sabía que fuese tan imaginativa! —exclamó dejando entrever su sonrisa.

—¿A qué te refieres, Zimmer?

—A que nunca había escuchado semejante excusa para librarse de un plasta.

—¡Me parto! —repuso mosqueado y para cambiar de tercio añadió—: Bueno, ahí lo tienes. ¿A este también le ha dado un infarto? —preguntó refiriéndose al juez sin acercarse un solo paso al cuerpo del fallecido—. Otro fiambre, el segundo en pocas horas. A ver, ¿cómo explicas eso? —le desafió—. Y, además, está lo del accidente por las escaleras. Yo no creo en las casualidades.

Albert se quedó callado mientras se erguía con lentitud. Él tampoco creía en ellas. Por una vez, tenía que reconocer que algo olía a podrido y no era precisamente el cadáver de Julien Ambert.



## Capítulo XV

### Un plan diabólico

Si Vogler tenía razón, si las muertes de Duval y Ambert obedecían a los designios de alguien distinto de Dios o de la naturaleza, si seguían un maquiavélico plan..., ¿quién estaba detrás de aquel rompecabezas macabro? ¿Qué motivo podría esconder para asesinarlos? O si, por el contrario, Duval había muerto de un infarto y el juez Ambert había sufrido los excesos de una vida ligada al tabaco y a sus petacas de ron, ¿no se trataría de otra paranoia de aquel friki repeinado?

—¡¡Yo me piro!! —chilló de repente Erik echando a correr en dirección a la muralla que rodeaba el *château*.

¿Dónde iba aquel histérico? ¿Qué pensaba hacer? ¿Escalarla? Y, después, ¿qué? ... ¿Saldría corriendo en mitad de la noche y recorrería los cinco kilómetros que los separaban de la localidad más cercana?

—¿Te marchas, Vogler? —preguntó irónico—. ¡Qué lástima! ¡Tendré que consolar a Cloé yo solo!

Erik frenó su carrera dando varios trompicones. El dardo envenenado había hecho su efecto.

—¡Lárgate, vamos, huye, no pasa nada!

—¡¡Eres repugnante!! —le escupió enrabiado.

—Tal vez, pero no soy un cobarde traidor.

—No, tú eres algo mucho peor —dijo sacando el crucifijo de sus *Passion* al mismo tiempo que dirigía la luz de la linterna del móvil a los ojos de Albert.

—¿Se puede saber qué...? ¡¡Apaga esa maldita luz, Vogler, me vas a dejar ciego!!

—¡No lo haré! —y acompañó su negativa alzando aún más la cruz.

No le quedó más remedio que tirarse sobre Erik y, de un manotazo, lanzar su dichoso teléfono por los aires.

—¡¡Mi móvil!! ¿Dónde ha caído?

—¡Estás como una verdadera cabra! No sé si contarle esto a tu abuela o dejar que quede entre nosotros para no darle otro disgusto. ¡Bastante tiene con lo que tiene!

—¡Es un Fuyimi de última generación!

—¡Me importa un carajo!

—¿Adónde vas? —preguntó asustado al ver que se daba media vuelta y echaba a andar hacia el *château*.

—¿Tú qué crees? —contestó enfadado.

—¡¡No me dejes aquí solo, por favor!!

—¡No estás solo, Vogler! —le vaciló hiriente—. ¡Estás con el juez Ambert y tal vez con su asesino!

A medida que Zimmer se alejaba, la oscuridad crecía alrededor de Erik. Con las manos sudorosas apretó la cruz contra su pecho. ¿Tendría razón el favorito de Berta? ¿Se encontraría el asesino cerca de la escena del crimen? ¿Los estaría vigilando escondido detrás de algún árbol? ¿O se hallaría justo a su lado arrojado por las sombras?

Empezó a temblar de miedo y se aguantó como pudo las ganas de mearse en sus calzoncillos Mikonos. ¿Le rodearía el cuello por sorpresa y lo apretaría hasta asfixiarle? ¿Terminaría con su vida igual que lo había hecho con la del juez Ambert? Decidió no permanecer allí para averiguarlo. Tragó saliva y emprendió una frenética carrera.

—¡¡Espérame, Zimmer!!

Resultaba doloroso abandonar su Fuyimi entre la hierba.

—¡¡Espérame!!

Muy doloroso.

—¡¡Si quieres venir conmigo —soltó Albert parándose en seco—, no se te ocurra volver a sacar esa cruz!! ¿Me has entendido? —le preguntó enfocándole con la linterna en pleno rostro.

Erik levantó los brazos como si le apuntaran con un rifle de asalto.

—¡Tranquilo, ya la he guardado!

—¿Qué pretendías?

—No sé, se me han cruzado los cables. Estoy sometido a mucha tensión últimamente.

—¡¡Nunca más!! —le advirtió fuera de sí.

—No lo haré.

Mentía, mentía como un bellaco.

—Eso espero, Vogler.

De la boca de Albert, salían bocanadas de vaho con extrañas siluetas. Tenía los ojos inyectados en sangre y le miraba como si estuviera dispuesto a despedazarle allí mismo.

—No volverá a pasar, te lo prometo.

Zimmer lo miró con desconfianza. ¡Menudo embustero! Por desgracia, no podía perder más tiempo con aquel ganso envuelto en un abrigo pijo. Necesitaban telefonar a la policía, avisar a los invitados y contarle a Berta que su querido amigo, el juez Ambert, se había fumado su último cigarro. Y que, esta vez, no había mentido.

—Te lo prometo —repitió.

Albert asintió a pesar de que Erik estaba seguro de que no le había creído. En cualquier caso, a Vogler le importaba un pimiento lo que pensara ese engreído. Lo fundamental, lo que verdaderamente le obsesionaba en ese momento era escapar sano y salvo. Escapar por todos los medios. Escapar con Cloé. Bueno, y avisar a su abuela, claro. Avisar a Berta de que un asesino estaba merodeando por el jardín o, peor aún, que se encontraba dentro del *château*. ¿Y si fuera así? ¿Si estuviera dentro de *La Rose Rouge*, se trataría de uno de los invitados? Porque tenía claro que las muertes de Duval y Ambert guardaban una siniestra relación, que la caída de Véronique Rolland no había sido un accidente y que la advertencia de Cloé era tan real como las rosas del invernadero.



## Capítulo XVI

### Un problema añadido

Corrieron desbocados hasta alcanzar la puerta del *château* y la aporrearon con fuerza. Les abrió el mayordomo con expresión descompuesta. Frente a ellos, el caos más absoluto: Madeleine gimoteando cual Magdalena inconsolable; Valeria Forte desmayada al pie de las escaleras; el matrimonio Halle tratando de reanimar a la pianista; la abogada silenciosa acomodada en un taburete rococó, con la mirada perdida; Paul Fontaine sentado en uno de los escalones con gesto abatido; Berta Vogler tranquilizando a la anfitriona y a su nieta. Y el cocinero aferrado a una cuchara de madera sin saber muy bien qué hacer en medio de la debacle.

—¿Dónde está Julien? —gritó su abuela al verlos aparecer.

Los dos jóvenes se miraron antes de contestar. Un silencio expectante se instaló en los ojos de los invitados. Incluso Madeleine ahogó sus sollozos en un pañuelo de papel.

—Está muerto —respondió Albert en su impecable francés.

—¡¡¡OHHH!!! —exclamaron aterrorizados.

—Totalmente —confirmó Erik adelantándose un paso para no perder protagonismo.

—¿Qué estáis diciendo? —volvió a la carga Berta.

—Lo encontramos en el jardín, no muy lejos del invernadero, junto a unos matorrales y unos árboles. Creo que eran robles —explicó Zimmer volviendo a tomar la delantera—. Estaba tendido en la hierba, no tenía pulso.

—¿Estáis seguros? —insistió dirigiéndose a su nieto.

—Totalmente —confirmó otra vez Erik, que no había entendido casi nada de lo que había dicho su compañero, pero que aprovechó su frase para colocarse a la altura de Zimmer.

—¡¡Dios mío, dos cadáveres más!! —chilló Beatrice Halle soltando de golpe la cabeza de la pianista.

—¿Qué dice esa mujer? —le preguntó Erik a Albert.

—Creo que hay otro fiambre.

—¡Pregúntale, pregúntale a qué se refiere! —le acució Vogler, que no soportaba no enterarse de los comentarios en francés.



Beatrice Halle resumió los hechos lo mejor que supo.

—Se trata de Olivier Dubois —comenzó a traducirle Zimmer—. El mayordomo ha subido a despertarlo. Como no contestaba a sus llamadas, ha entrado en el dormitorio y se lo ha encontrado muerto. Estaba tumbado en la cama y tenía un agujero de bala en la frente. El doctor Fontaine ha confirmado su fallecimiento.

Erik ahogó un grito de pánico llevándose la mano a la boca.

—Duval, Ambert y ahora Dubois —susurró en alemán—. Tres fiambres, Zimmer, tres en solo unas horas. Y a este —dijo aludiendo al abogado— sí que no le ha dado un infarto.

—Cálmate, Vogler.

—¡Hay que avisar inmediatamente a la policía! —gritó el señor Halle—. El doctor Fontaine y yo iremos a asegurarnos de que Ambert está muerto. Si así fuera, necesitaríamos algo para cubrirlo.

Véronique Rolland ordenó a Madeleine que trajera una manta. Luego miró a su mayordomo, que continuaba patidifuso junto a la puerta de entrada.

—Mignon...

—¿Yo, *madame*?

—Sí, usted. ¡Llame a la gendarmería!

—¿Yo? —contestó casi sin voz.

—¡No se preocupe, Albert y Erik lo acompañarán! —intervino Berta, que no soportaba a aquel pusilánime vestido de pingüino.

—¿Nosotros? —preguntó Erik sorprendido al ver el gesto de su abuela animándolos a marcharse.

—Vosotros.

Berta Vogler respondió con la misma determinación con la que el juez Ambert zanjaba los juicios.

Después de entregarle los abrigos a Madeleine, los tres se alejaron a través de un pasillo interminable iluminado débilmente por lámparas doradas con lágrimas de cristal. A la cabeza iba el mayordomo, esforzándose por mantener su dignidad, seguido de Zimmer, quien le azuzaba, sin ningún disimulo, aumentando el ritmo de sus pasos. Cerraba la procesión Erik, que miraba a ambos lados del corredor temiendo que desde alguna de las puertas entreabiertas pudieran aparecer unas manos negras sosteniendo un puñal.

Las pisadas de los Lombartini se amortiguaban sobre la alfombra roja que cubría el pasillo. Acompañados por el único sonido de su respiración y el carraspeo intermitente del mayordomo, alcanzaron la última puerta a su izquierda con el pulso acelerado. Tras un leve chasquido de la manilla, Mignon tanteó, sin atreverse a entrar, el interruptor de la luz de la pared. Aliviado al ver la estancia en aparente calma, los invitó a pasar.

—Por favor, señoritos.

Albert fue el primero en cruzar el umbral. Ante las vacilaciones de Erik, que gesticulaba en plan caballeroso, el mayordomo no tuvo más remedio que entrar en segundo lugar. Vogler creyó escuchar una puerta que se cerraba en el pasillo. Se giró sobresaltado. ¿Qué había sido aquel ruido?

—¿Quiere que llame yo, señorito? —se ofreció Mignon.

—Por supuesto —dijo Zimmer tendiéndole el auricular del teléfono—. Yo no conozco el número de la gendarmería.

El joven se apartó para que el mayordomo pudiera telefonar. Tanto él como Erik, que se había animado a entrar en la pequeña sala, vieron la meticulosidad con la que el hombre marcaba cada uno de los números. Mignon levantó la barbilla como tenía por costumbre cada vez que hablaba y quería darle a su voz un toque de solemnidad. Los dos de Bremen lo contemplaban atentos. En contra de lo esperado, el mayordomo no arrancó con ninguna frase. Se limitó a separar el auricular de su oreja de soplillo y a escudriñarlo con desconfianza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Albert.

—No da tono —respondió el mayordomo cortante.

—¡Dile que pruebe otra vez! —le apremió Vogler, que había intuido que algo no iba bien.

Mignon pulsó varias veces la tecla del teléfono para escuchar el ansiado tono.

—Es como si no hubiera línea —dijo contrariado.

Con ciega obstinación, marcó los números rápidamente. Volvió a alzar la barbilla. Erik y Albert se acercaron todo lo posible al auricular. Mignon tomó una gran bocanada de aire. Aguardaron expectantes el primer pitido. El aparato les devolvió un silencio demasiado largo.

—¿Qué pasa, Zimmer?

—¡Yo qué sé!

Ni corto ni perezoso, Vogler levantó el teléfono y abrió los ojos espantado.

—¡¡Alguien ha quitado el cable!!

—¿Y si se ha caído detrás de la mesita? —propuso Albert tirando del mueble hacia adelante—. ¿Lo ves? —le preguntó esperanzado.

Para desesperación de Vogler y del mayordomo, que se habían inclinado en busca del cable, no había nada.

—¡¡Se lo han llevado!! —chilló histérico—. ¿Sabes lo que eso significa, Zimmer? ¡¡Estamos completamente incomunicados!! —le gritó al mayordomo en inglés—. ¿Me entiende o le hago un dibujo?

—*Mon Dieu!!* —exclamó Mignon horripilado.

—*Mon Dieu, mon Dieu!!* Eso digo yo —farfullaba Erik con el teléfono en la mano—. ¡Te lo advertí, Zimmer! ¿Te lo dije o no te lo dije? ¡¡Estamos en medio de un marronazo!!

No pintaba bien. No pintaba nada bien. Vogler tenía razón. Tendrían que escapar del *château*, en mitad de la noche, con un grupo de jubilados achacosos huyendo de

un asesino. ¡Menudo plan! Albert resopló y trató de poner orden en su cabeza. ¿Cómo contarían a los invitados que no había modo de llamar por teléfono? ¿Cómo les iban a explicar que no podían pedir ayuda a la policía? ¿Cómo hacerlo sin que cundiera todavía más el pánico?







## Capítulo XVII

### ¡Huyamos juntos!

Erik fue el primero en salir pitando con el teléfono en la mano. ¿Cómo no hacerlo? ¿Tenía algún sentido quedarse allí a la espera de que los matasen? Lo había visto en las películas de terror. Lo más importante era no separarse del grupo, permanecer unidos. Le seguían Zimmer, avanzando a grandes zancadas, y a escasos centímetros el mayordomo ojeroso, al que empujaba más el miedo que su lamentable condición física. A mitad del pasillo, sin previo aviso, una de las puertas se abrió justo cuando Vogler estaba a punto de alcanzarla. Con el corazón al límite, frenó sus Lombartini en seco. Albert y Mignon chocaron contra él formando un emparedado de Zimmer. Contuvieron la respiración. ¿Quién iba a aparecer por esa puerta? ¿Lo haría con una pistola en la mano? ¿Lo haría con la misma arma que había asesinado a Olivier Dubois?

En décimas de segundo, Erik se arrepintió de haber viajado a Bergerac y de acompañar a su abuela, que, sin saberlo, lo había arrojado a una trampa mortífera y despiadada. Y él no quería morir. No quería morir rodeado de viñedos, apretujado contra un melencólico vampírico y un mayordomo con orejas de elefante. No quería que una bala le atravesara el corazón sin volver a ver a Cloé. Y, en sus ansias por sobrevivir, no se dio ni cuenta de que se había aferrado con sus brazos a la cintura de Zimmer, que lo contemplaba turbado. De pronto, un zapato de tacón negro y mortecino apareció en el pasillo. Después, un vestido sobrio y, dentro de él, la abogada silenciosa que salía del baño.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendida al verlos petrificados en medio del corredor.

—¡Erik, suéltame! —protestó Zimmer empujándolo con fuerza.

Después, con suma cortesía, se dirigió a la dama triste y contestó forzando una delgada sonrisa:

—Nada, no pasa nada, tan solo un pequeño contratiempo sin importancia. ¿Verdad, Vogler?

Obsesionado con la huida, el nieto de Berta ni siquiera le contestó. Se aferró al teléfono, huérfano de cable, y prosiguió su carrera histérica hacia la entrada del *château*.

—Disculpe —se excusó Zimmer pasando junto a la mujer.

—¿Qué está ocurriendo? —insistió, preguntando desorientada al mayordomo.

—¿Le importa que entre un momentito? —le contestó el mayordomo refiriéndose al cuarto de baño.

Porque le había entrado una necesidad imperiosa de orinar. Él tampoco quería morir. Únicamente llevaba un par de meses trabajando en *La Rose Rouge*. Por eso, ante el desconcierto de la abogada Guillot, le pidió que lo esperara junto a la puerta y que no se separara de él. Le dijo que era importante que permanecieran juntos. Porque él también había visto muchas películas de terror y así lo aconsejaba el sentido común.

A pesar de que Albert dio alcance a Erik poco antes de que llegasen a la entrada donde les aguardaba el resto de los invitados, le fue imposible evitar que el friki de los Passion gritara a los cuatro vientos que iban a morir.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le increpó su abuela cuando apareció casi sin aliento frente a ellos.

Vogler se había llevado la mano al costado izquierdo. Flato. Un flato tremendo.

—¡¡Se han llevado el cable del teléfono!! —anunció con la respiración entrecortada y alzando el teléfono como prueba del delito—. ¡¡No podemos avisar a la policía!!

—¿Cómo? —preguntó incrédula la señora Halle—. ¡Eso no puede ser!

—¡¡Estamos incomunicados!! —gritó buscando con la mirada a Cloé—. ¡Tenías razón —le dijo—, hay que huir de aquí!

Y, después de pronunciar estas palabras desesperadas, salió corriendo hacia ella y lanzó el teléfono por los aires. Madeleine lo atrapó como si se tratase de un balón de rugby. Ajeno a la suerte del teléfono, Erik tomó la mano de Cloé y, contemplando sus grandes ojos verdes, exclamó decidido:

—¡¡Huyamos juntos!!

Siempre había soñado con decirle esa frase a una chica. Aunque no se había imaginado que lo haría en tales circunstancias.

—Pero ¿de qué hablas?

No era la contestación que esperaba. Cloé, con toda seguridad, se encontraba en estado de *shock*. Era comprensible. No importaba, no importaba porque allí estaba él. «Seré fuerte por los dos», se dijo envalentonado.

—¡¡Hay que escapar de aquí!! —la animó tirándole de la mano—. ¡¡Tú me lo advertiste!!

Negó con la cabeza como una rosa tronchada y balanceada por la brisa.

—Eso no es posible —le contradijo con seguridad.

Erik, que ya había alcanzado la puerta principal y estaba a punto de abrirla, se detuvo sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque falta la llave de hierro de la puerta de la muralla que rodea el *château* —indicó señalando una caja de terciopelo azul abierta y vacía donde se dibujaba su silueta.

Valeria Forte, que había recuperado la consciencia, y cuya cabeza se apoyaba en el hombro de Beatrice Halle, sintió que se volvía a desvanecer. Estaban atrapados a merced de un asesino.





## Capítulo XVIII

### Los ojos del juez

Afuera, confundándose con la noche invernal, el viento crecía y las primeras gotas de una tormenta malévolamente comenzaban a estallar sobre el rostro inmóvil del juez Ambert. El doctor Fontaine comprobó que, efectivamente, no tenía pulso. Tanto él como el señor Halle descartaron la posibilidad de moverlo para no destruir posibles pruebas. Lo cubrieron con la manta que les había dado Madeleine. En los ojos abiertos del juez, suspendidos sobre la hinchazón de las bolsas, planeaba el estupor. «¿Se considera una persona justa?», le había preguntado una voz a su espalda mientras fumaba su último cigarro. En apenas un instante, el que tardó en girarse, notó un ligero pinchazo en el cuello.

—¿Pero qué?... —trató de protestar mientras exhalaba el humo de su último pitillo.

—¿Se considera una persona justa? —repitió la voz sin un ápice de sentimiento.

—Sí —respondió convencido.

—Yo no lo creo, señor juez.

Ambert comenzó a sentir que todo se movía a su alrededor.

—¿Quién es usted?

—¿No me recuerda? —preguntó acercándose aún más a él—. Quizá hayan pasado demasiados años para usted —prosiguió—. Para mí, no.

—Lo siento de veras, no me acuerdo.

—Fue cerca de París, hace dieciséis años —continuó como si no le hubiera escuchado—. El doctor Duval también estaba allí. Supongo que él, si hubiese tenido la oportunidad, habría hecho memoria.

—Perdone —respondió tratando de caminar—, no sé de qué me habla y no tengo tiempo para tanto misterio...

Dejó caer la colilla en el camino que conducía al invernadero.

—Es cierto, señor juez, no tiene tiempo. Nada de tiempo. Es más, yo diría que no le quedan ni un par de minutos.

Julien Ambert se derrumbó allí mismo.

—Es lo que tiene el veneno, ¿a que sí? —le preguntó con la ironía asomándose a sus ojos—. Nada como una fina aguja, un leve pinchazo y una buena dosis de un

potente veneno. ¿Sigue sin acordarse del caso Duval?

Los ojos del juez se abrieron desorbitados. El caso Duval. Claro que lo recordaba aunque lo hubiese mantenido oculto en algún lugar de su memoria durante todos esos años. Aunque no hubiera hablado de él. Aunque se hubiera sumado a otros juicios, a otras sentencias. Y reconoció la voz que le había asaltado por los pasillos de los juzgados: «Recibirá su castigo, ¿verdad? ¡Prométamelo, señor juez!».

Dieciséis años después, alguien arrastraba el cadáver de Julien Ambert y lo dejaba tirado sobre la hierba de *La Rose Rouge*. ¿Quién le iba a decir al señor juez que la muerte le esperaría en forma de cigarrillo de cristal? ¿Quién le iba a decir que moriría fuera de París y lejos de su adorado *Sacré Coeur*?

Un relámpago iluminó el cuerpo abandonado junto a los robles y los castaños. El mismo relámpago que vio Erik al asomarse a una de las ventanas de la entrada de la mansión. ¿Quién se había llevado la llave? Giró la cabeza muy despacio. Descartó al mayordomo cagueta que acababa de regresar del baño, a la pianista llorona y a la criada pecosa. ¿Quién los había encerrado? ¿Quién de ellos era el asesino de Dubois, de Ambert y, posiblemente, de Duval?

¿Podría tratarse del matrimonio Halle? A fin y al cabo, de ellos había partido la idea de reunirse en aquel lugar después de tantos años. ¿O de la abogada que parecía no haber roto un plato? ¿Sería ella la que había tirado por las escaleras a *madame* Rolland? ¿Quién era realmente aquella mujer y qué vínculos la unían con el resto de los invitados? ¿Y Paul Fontaine? ¿Habría tratado realmente de reanimar a su colega o había utilizado sus conocimientos médicos para precipitar su muerte? Cuando habló con los gendarmes, era el que parecía estar más al tanto de sus problemas de corazón.

¿Y el chef presumido? Él había tenido acceso a la cocina y al plato de Duval. Y había sobreactuado, en su opinión, para demostrar que su sopa no tenía nada que ver en la muerte del médico. ¿Tendría algún deseo de venganza oculto detrás de su apariencia inofensiva? Claro que existía otra posibilidad todavía más inquietante. ¿Sería alguien que aún no se había dado a conocer? ¿Habría un convidado secreto? ¿Se habría colado alguno más en esa reunión de viejas glorias? ¿Y por qué les deseaba la muerte? ¿Por qué quería matarlos? Vogler notó la boca reseca. ¿Qué podían hacer?

—¿Y si tratamos de tirar la puerta de la muralla? —propuso dirigiéndose a la anfitriona.

—¡Eso es imposible! No seríamos capaces —intervino Véronique Rolland.

Erik desechó la idea con rapidez. En realidad, no se los imaginaba cargando con un tronco ni lanzándose cual aguerridos soldados contra su objetivo.

—¿Y si la derribáramos con un coche? —sugirió animado.

—Que yo sepa —se adelantó la señora Halle—, todos hemos llegado en taxi.

—¿Hay algún vehículo dentro del *château*? —preguntó Erik.

—Está el mío —anunció la señora Rolland—. Pero como si no estuviera.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Berta Vogler tan confusa como los demás presentes.

El mayordomo carraspeó nervioso.

—Se ha quedado sin batería. Esta mañana, a primera hora, intenté arrancarlo para ir a buscarles a la estación y me resultó imposible.

—Por eso todos vinisteis en taxi —reconoció la anfitriona.

—Lo siento muchísimo. Debí de dejar las luces puestas durante toda la noche y claro...

Berta y su nieto lo miraron con rabia. Definitivamente el mayordomo era un verdadero mentecato.

—¡Yo podría escalar la puerta! —se ofreció Albert rompiendo el breve silencio que se había creado entre ellos.

Ahí estaba: Zimmer haciéndose el héroe ante los ojos maravillados de Madeleine, los asombrados de Cloé y los admirados de su abuela. No podía soportarlo. En pocos segundos a Erik se le incendiaron las orejas. «¡Yo podría escalar la puerta!», se repitió a sí mismo parodiándole. ¿Cómo podía ser tan detestable? ¿Saldría volando transformado en un murciélago? Era inaguantable, superior a sus fuerzas. Lo odiaba por ese don oportunista con el que atraía, con tanta facilidad, la atención y la veneración de cualquiera. Miró a Cloé y a Berta, que no le quitaban el ojo de encima y, en un alarde de vanidad, dando un paso al frente, soltó su bomba particular:

—¡Yo también puedo intentarlo!



## Capítulo XIX

### Duelo de escaladores

Armados con linternas y con un par de paraguas, se aproximaron a la puerta de entrada. Estaban dispuestos a salir cuando se encontraron con el señor Halle y el doctor Fontaine que regresaban del jardín.

—¿Julien? —preguntaron a coro sus compañeros.

—Ha muerto —confirmó Fontaine.

Había que escapar, había que pedir ayuda. De lo contrario, iban a morir uno a uno. Todos cogieron sus abrigo. El mayordomo, Albert y Erik salieron en primer lugar a la oscuridad seguidos por los demás invitados y Cloé. Solo Véronique Rolland permaneció, junto a Madeleine y el cocinero, en la entrada del *château*. Las murallas de *La Rose Rouge*, bajo el viento de la noche, se alzaban inexpugnables y silentes. Cuando Vogler y Zimmer frenaron sus pasos, los otros los imitaron como devotos a la espera de un milagro nocturno que los sacara de allí. Porque todos confiaban en esos jóvenes osados. Porque estaban desesperados. Porque no sabían quién iba a ser la próxima víctima. Por eso guardaron un respetuoso silencio mientras observaban expectantes a los dos de Bremen. Erik y Albert recorrieron la puerta con la luz circular y amarilla de las linternas.

—¿Quieres intentarlo, Vogler? —le preguntó Albert con malicia—. ¿O prefieres que lo haga yo?

Erik miró a Cloé, refugiada en un abrigo color burdeos igual que sus rosas preferidas. Por una vez, le demostraría de lo que era capaz. Sí. Lo iba a hacer. ¿Qué importaba que la puerta tuviera casi cuatro metros de altura? Nada. No se iba a rajarse delante de ella. Él no era ningún cobarde aunque lo pareciera. Por supuesto que no. Correría como un jabato y escalaría por los hierros con una agilidad asombrosa. Nadie lo detendría.

—¡Sujeta esto, Zimmer! —ordenó furioso entregándole su linterna, el abrigo y un paraguas de diseño británico.

Se aflojó la corbata, a juego con el abrigo de Cloé, y dio varios pasos hacia atrás para tomar impulso. Albert lo observó sorprendido. Nunca le había visto correr con tanta determinación. ¿Qué pretendía?

—¡Ten cuidado, Erik! —gritó Berta al ver cómo se lanzaba sobre la puerta.

«Se va a estampar», pensó incrédula. Sin embargo, de un salto increíble, luchando contra su naturaleza patosa y contra la lluvia, Erik logró encaramarse a uno de los hierros horizontales donde se situaba la cerradura. Nervioso y sorprendido, se aferró a los barrotes que ascendían por encima de su cabeza como lanzas clavándose en el cielo negro. En el salto, sintió cómo sus *Passion* se rasgaban a la altura del trasero. Afortunadamente la chaqueta había salido ilesa y cubría el descosido.

—¿Y ahora qué, Vogler? —gritó Zimmer desde abajo.

Eso... ¿Qué demonios iba a hacer? Estiró los brazos y agarró con fuerza uno de los barrotes. Dio un pequeño brinco y encogió las piernas apretándolas contra los hierros. Parecía un koala pijo y asustado aferrado a un eucalipto. La luz de la linterna del mayordomo lo cegó durante unos segundos.

—¡Lo está deslumbrando! —señaló enfadada Berta Vogler—. ¡Baje la luz inmediatamente! —le ordenó soltándole un manotazo.

—¡Lo siento, *madame*! —se disculpó Mignon.

—¡Vamos, eres un Vogler! —lo animó con voz desgañitada y la melena desordenada por el viento y la tormenta.

Erik respiró hondo. Era un Vogler. Así que despegó su mano derecha y la estiró todo lo que pudo hacia arriba. Después hizo lo propio con la izquierda. A pesar del esfuerzo, sus rodillas habían comenzado a resbalar por el barrote. Le ardían las palmas de las manos y las gotas de agua se lanzaban kamikazes contra su gomina. Trató de escalar un poco más ayudándose de los brazos. Su trasero, en cambio, apenas se movió unos centímetros. Los Lombartini empezaron a escurrirse entre el hierro y el aire. Albert Zimmer sonrió maquiavélico.

El trasero de Erik inició el descenso atraído por la gravedad cruel y la tormenta inoportuna. Con los brazos al límite de tensión y el cuello estirado hacia atrás miró abajo. Entre las cabezas de los invitados, distinguió el rostro de Cloé iluminado por un relámpago. Impotente, Vogler cerró los ojos. Lentamente, con las manos doloridas y el orgullo herido, se fue dejando caer hasta hacer pie en la barra horizontal de la verja.

—¡Ohhhh! —se lamentaron la pianista llorona y la abogada Guillot.

Berta Vogler frunció el ceño y negó con la cabeza. «¡Qué poca sangre!», se repetía malhumorada. Menos mal que aún quedaba Albert.

Zimmer optó por el muro de piedra y pasó el paraguas de Erik, las linternas y sus abrigos, el de Vogler y el suyo propio, al matrimonio Halle. Dejaron al nieto de Berta encaramado a la puerta de hierro para situarse frente a la muralla.

—Señorito Albert —trató de avisarle Mignon—, no creo que sea una buena idea.

—¡Calle, es usted un cenizo! —le increpó la abuela de Erik.

—Pero...

—¡Él puede hacerlo! —le volvió a interrumpir para zanjar el tema.

Zimmer colocó el pie derecho sobre uno de los bloques de piedra, luego el izquierdo, agarrándose con sus largos dedos a los salientes de la muralla. Y, poco a

poco, con suma facilidad, para mayor escarnio de Vogler, fue escalando los tres primeros metros del muro. Sin embargo, su mano derecha topó con un imprevisto: las zarzas inmisericordes que caían en cascada desde el otro lado de la muralla. El joven lanzó un tremendo alarido que los sobrecogió. Apartó el brazo con un movimiento demasiado brusco y cayó hacia atrás. ¡AHHH! El grito de los presentes fue unánime salvo por Erik, que seguía aferrado a la puerta y se había quedado con la boca abierta. Por suerte, Albert se precipitó sobre unos matorrales que amortiguaron su caída. De ahí rebotó y terminó dando con sus huesos sobre la hierba en la misma posición en la que habían encontrado al fallecido juez Ambert.

Cloé salió corriendo para auxiliarle y fue la primera en arrodillarse junto a él.

—¿Estás bien? —le preguntó acercando su rostro al suyo.

—En el paraíso —respondió sin perder su ocasión.

—Hablo en serio.

—Y yo.

—¿Te has roto algo? —le preguntó con frialdad.

—Me duele mucho el tobillo —mintió.

—¿Cómo te encuentras? —los interrumpió de pronto Fontaine agachándose junto al joven alemán.

—Creo que me he torcido el tobillo izquierdo —respondió con una mueca de dolor y agarrando por sorpresa la mano de Cloé.

—¿Te duele mucho?

Zimmer fingió aguantar el sufrimiento apretando los labios y asintió con la cabeza.

—¿Crees que podrás caminar? —preguntó el médico ofreciéndose a incorporarle.

—¡Lo intentaré!

—¡Vamos, Cloé y yo te ayudaremos!

Al escucharlo, Erik, que aún seguía agarrado a los barrotes, saltó desde la puerta con tan mala fortuna que cayó de rodillas sobre el barro. Nadie se dio cuenta. Todos se habían arremolinado en torno a Albert y le repetían que había tenido mucha suerte, que les había dado un susto terrible, que gracias al matorral..., que con una caída desde esa altura se podía haber roto la crisma, y otras frases similares. Hasta que el señor Halle, en un ejercicio de sensatez, exclamó:

—¡Marchémonos de aquí, que nos estamos calando!

Porque algunos no llevaban paraguas y la lluvia y el viento arremetían contra ellos cada vez con más violencia.









## Capítulo XX

### La estrategia de Zimmer

Los invitados echaron a correr a la velocidad que les permitían sus años, los tacones, los paraguas doblados por el viento, la tormenta y el barro. A pesar de su «cojera», apoyado en los hombros del médico y de Cloé, Albert no llegó mucho después que el resto del grupo a la entrada del *château*. Al cruzar el umbral de la puerta, Madeleine los aguardaba con una torre de toallas que la ocultaban. El cocinero también las ofrecía solícito a los huéspedes. Berta Vogler tomó una y la frotó contra su cabellera salvaje y empapada antes siquiera de quitarse el chaquetón de lana morado. La abogada Guillot enrolló la suya en torno a lo que quedaba de su moño. Beatrice Halle se quitó sus zapatos manchados de barro. La pianista estornudó de forma aparatosa y el señor Halle le ofreció un pañuelo.

Véronique Rolland observaba la escena impotente: la alfombra de *La Rose Rouge* cubierta de agua y teñida de lodo. Erik contemplaba paralizado otra imagen: la de Zimmer haciéndose la víctima y rodeando con su brazo el hombro de Cloé. ¡Aquello era insoportable! ¡No podía consentirlo! De repente, las toallas y Madeleine se interpusieron en su visión.

—¿Una toalla? —le ofreció esforzándose en su terrible inglés.

Vogler la apartó hacia un lado con brusquedad. Tenía que llegar hasta Cloé y advertirla del peligro que corría. Sin embargo, Berta, que se había dado cuenta de la reacción de su nieto, le cortó el paso.

—¿Qué modales son esos? —le recriminó—. Discúlpate ahora mismo con Madeleine.

—Pero...

—¡Ya!

—Perdona, lo siento mucho —farfulló casi sin mirar a la joven. Luego miró a Berta—: ¿Puedo pasar, por favor?

Cloé, Zimmer y Paul Fontaine caminaban despacio hacia el salón de la chimenea.

—¿Me dejas pasar, abuela? —repitió angustiado.

—¡De ninguna manera! ¿Has visto cómo llevas los pantalones y las manos? —le objetó—. ¡Vas a poner todo perdido! ¡Venga, coge una toalla inmediatamente! —le ordenó.

—Es que...

Por primera vez en su vida, le daban igual sus Passion.

—¡No quiero excusas! —le reprendió Berta lanzándole una de color gris a la cara para sorpresa de Madeleine.

Cuando la toalla se despegó de su rostro, Cloé había desaparecido del corredor. Ante la mirada autoritaria de su abuela, empezó a limpiarse los pegotes de barro del pantalón. Solo le consolaba la idea de que, al menos, el médico los había acompañado e impediría cualquier maniobra perversa de Zimmer.

Fue al incorporarse con la toalla cubierta de barro cuando se quedó lívido. El doctor Fontaine acababa de salir del salón y se dirigía hacia ellos. Se detuvo junto a Berta y Madeleine.

—El chico solo necesita un poco de reposo —dijo quitando importancia a la torcedura de tobillo—. Además, lo he dejado en buena compañía —añadió con una sonrisa picarona.



## Capítulo XXI

### Una reacción imprevista

El rostro de Erik se desencajó por completo. ¿En buena compañía? Ese botarate no sabía de lo que hablaba. ¿Cómo la había dejado a solas con Zimmer? Se imaginó la expresión orgullosa de su rival. Jaque mate. Albert había movido sus piezas con maestría y había logrado quedarse con Cloé. Seguramente, en su juego, habría utilizado esa cara entre corderito y tipo atractivo que tan bien se le daba poner. Farsante. A Vogler le rechinaban los dientes. Su abuela lo miró sorprendida. Tenía los ojos envueltos en llamas y apretaba la toalla entre sus manos como si estuviera estrangulando un cuello imaginario. ¿Qué le ocurría a Erik? ¿Le gustaba la nieta de Véronique Rolland? ¿Acaso estaba sufriendo un ataque de pelusa porque Cloé se encontraba con Albert? ¿Era posible que a su nieto le importara más una chica que el lamentable estado de sus Passion?

En los oídos de Vogler, todas las voces de la entrada de la casa se habían evaporado, incluida la de su abuela, que trataba de retenerlo sin éxito. Como si le hubieran hechizado, dejó caer la toalla en la alfombra para desesperación de la anfitriona, que contemplaba horrorizada los trozos de barro que se habían desparramado a su alrededor. Después, con el nudo de la corbata prácticamente deshecho, el corazón al límite y los pelos alborotados, corrió frenético hasta el salón de la chimenea.

Nada más entrar, paró en seco y se apoyó en una columna para recuperar el aliento y mantener la compostura. Lo que descubrió lo dejó petrificado. Zimmer se hallaba de espaldas a él, sentado a varios metros en una de las butacas frente al fuego. Cloé había dejado su abrigo sobre un canapé cercano. Albert se había inclinado sobre el cuello de Cloé, que llevaba una camisa de seda blanca, con el primer botón desabrochado, y no lucía el crucifijo de Jerusalén. En la mirada de la joven había una mezcla de asombro y atracción. Erik quiso gritar, aunque era demasiado tarde. ¿Por qué se había quitado la cruz que le había prestado? La boca de Zimmer estaba rozando la suave piel de su víctima. Súbitamente, como si hubiera despertado de un sueño, Cloé levantó la mano y sacudió una sonora bofetada contra la mejilla de Albert. En la distancia, Vogler sonrió complacido.

—¿Qué...? —balbuceó Zimmer intentando hallar una explicación a la inesperada reacción de la chica.

Ella lo insultó en francés y se levantó apresuradamente. Al pasar al lado de Erik, lo miró de reojo. ¿Qué hacía ahí parado? ¿Les estaba espiando? Vogler se apartó de la columna y la siguió a través del salón. Reuniendo todo su valor, la agarró del brazo obligándola a detenerse.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—... Sí, por supuesto —respondió desconcertada.

—Ya te advertí sobre él —dijo convirtiendo su voz en un susurro—. Es peligroso, Cloé. Por cierto, ¿por qué te has quitado el crucifijo de mi tío?

—¿Disculpa?

—La cruz de Jerusalén —aclaró.

Ella lo miró extrañada. ¿De qué estaba hablando?

—Es muy importante que la llesves, al menos hasta que Zimmer desaparezca. ¿Lo has entendido?

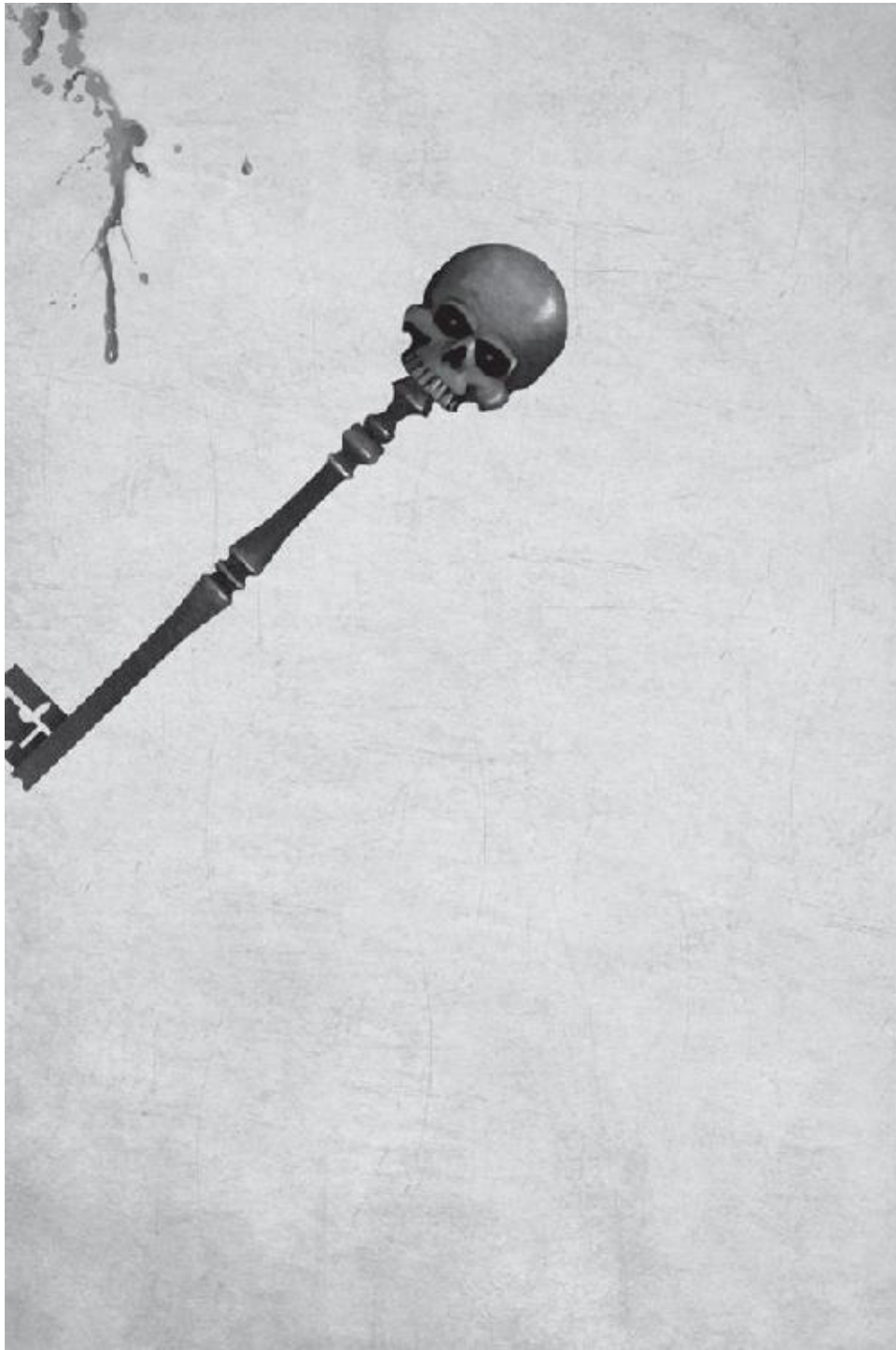
Cloé movió la cabeza de arriba abajo y sonrió. Cualquier cosa con tal de librarse de aquel esnob.

—Por favor, prométeme que no te volverás a quitar el crucifijo.

—Vale. Y, ahora, si me lo permites —dijo al ver que Erik la había agarrado de la mano—, me gustaría salir de aquí.

Vogler se sonrojó.

—Perdona —se disculpó soltando los finos dedos de Cloé—. ¡Y no te separes del resto de los invitados! —le recordó al verla salir—. No quiero que te pase nada.







## Capítulo XXII

### Nada que hacer

Albert aún se estaba frotando la mejilla al rojo vivo cuando Erik se giró y clavó las pupilas en la butaca donde permanecía sentado.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? —le preguntó en plan inquisidor.

—¿Tú qué crees, Vogler? —contestó irónico.

—¡¡Déjala en paz!!

—Haré lo que me dé la gana —replicó presuntuoso.

Se hizo un tenso silencio en el salón. El fuego ardía no solo en la chimenea.

—Como quieras, Zimmer —dijo encaminándose hacia una de las puertas, pero antes de salir, añadió—: Por cierto, ¿cuántos tortazos te tiene que dar una chica para que comprendas que no quiere nada contigo?

—¡Olvídame! —gritó removiéndose en su butaca.

—No tienes nada que hacer, Zimmer —dijo saboreando sus palabras—. Recuerda, nada que hacer.

Sintió un inmenso placer al repetir aquella frase.

—Yo no estaría tan seguro, Vogler —contestó sin inmutarse—. No sabes de lo que soy capaz —le amenazó con una voz de ultratumba.

Detestable. Así era Albert a los ojos de Erik. ¿Hasta dónde podía llegar su maldad? Le hubiera gustado lanzarse sobre él, tirarlo de la butaca y rodar frente a la chimenea agarrándole de los pelos, metiéndole el dedo en el ojo y mordiéndole la nariz. Pero ¿cómo enfrentarse con un ser como Zimmer? ¿Cómo luchar contra alguien que no era humano? Rechazó la posibilidad de enzarzarse con él en un duelo tan desigual y prefirió dedicarse a proteger a Cloé. A fin de cuentas, un peligroso asesino andaba cerca. Duval, Ambert y Dubois eran las pruebas palpables de que *La Rose Rouge* se había convertido en un lugar inquietante donde encontrar la muerte.

—¡Ahí te quedas, Zimmer! —chilló altivo antes de cerrar la puerta.

—¡¡Piérdete!!

Al regresar a la entrada del *château*, comprobó aterrorizado que todos se habían esfumado salvo Véronique Rolland, Madeleine, que le hizo entrega de su Pierre Rodin, y el cocinero.

—¿Dónde están los demás? —preguntó histérico.

—Se han ido a sus habitaciones a cambiarse de ropa, estaban empapados — contestó impasible la anfitriona.

—¿Y Cloé?

—Se ha marchado —prosiguió *madame* Rolland.

—¡No debían separarse!

—No te preocupes, Erik —intentó apaciguarlo—. Se han organizado en grupos para que ninguno se quede solo. Si quieres, Madeleine podría acompañarte a tu dormitorio. Vas a pillar una pulmonía con ese traje —agregó.

Véronique Rolland se dirigió a Madeleine en francés. La criada pecosa sonrió encantada dejando al descubierto los hierros de su boca. Erik se la imaginó en el pasillo de la primera planta, lanzándose sobre él, buscando sus labios.

—Madeleine subirá contigo.

—No es necesario.

—Acabas de decir que no es conveniente que nos quedemos solos —le recordó la anciana.

—Prefiero que venga él —dijo refiriéndose al cocinero.

—¿Vigneau?

—¿Qué está diciendo, *madame*? —preguntó el hombre al entender que se referían a él.

—Quiere que le acompañe a su habitación.

—No, no. Yo me quedo aquí con usted, si no le importa —respondió parapetándose detrás de la silla de ruedas.

—Erik, mi chef no quiere ir contigo —le explicó cortante la anfitriona.

—¿Por qué? —preguntó desorientado.

—Es obvio, porque tiene miedo —le explicó sin inmutarse.

El señor Vigneau sonreía con expresión tontorróna. No le quedaba más alternativa que la de la criada pecosa.

—Que me acompañe Madeleine —se rindió.

Véronique Rolland tradujo la frase a la joven pelirroja. Ella miró furiosa a Vogler y negó con la cabeza.

—Dice que no va. Está muy ofendida.

Trató en vano de excusarse con Madeleine y, al final, en contra de lo esperado, tuvo que resignarse y comenzar a subir las escaleras sin más compañía que la de su sombra. Cuando alcanzó la primera planta, escuchó las voces de algunos de los invitados a través de las puertas del largo pasillo que estaba desierto. Aceleró los pasos y se pegó a la pared izquierda.

En ese preciso instante, Albert Zimmer, que había abandonado el salón de la chimenea, subía por la escalera con increíble agilidad. A Erik le faltaba muy poco para llegar a su dormitorio. Una puerta, pared, otra más, pared. El corredor vacío. Se encontraba a dos metros de su habitación. Brincó pegado al muro. Los Lombartini embarrados se detuvieron frente al dormitorio que le habían asignado. Giró el pomo



de la puerta con rapidez. Tenía la absurda idea de que dentro de su cuarto estaría fuera de peligro cuando, en realidad, ninguna llave impedía que cualquiera entrara o saliera a su aire. Buscó acongojado el interruptor de la luz y cerró tras de sí.



## Capítulo XXIII

### El consejo de Albert

El silencio de la habitación, sin embargo, se le antojó inquietante al cabo de pocos segundos. Se había quedado solo. Desobedeciendo cualquier pizca de sentido común, se había aventurado a separarse del grupo. Estaba totalmente solo. «Soy un cretino», se dijo mirando hacia la puerta por encima de su hombro. «Un cretino integral». Recordó a su psicóloga de Bremen: «El miedo está en tu cabeza. Tú puedes controlarlo». ¡Qué graciosa! Le hubiera gustado verla en su lugar y no en un despacho con olor a jazmín donde nunca pasaba nada. Le hubiese gustado comprobar cómo controlaba los nervios en un *château* con tres cadáveres y un asesino suelto. Esos pensamientos inundaban su mente cuando Zimmer cruzó por delante de su dormitorio y lo dejó atrás.

Para serenarse, Erik respiró hondo, colocó su abrigo cerca de un radiador y sacó de la Chantel unos Passion marrones y unos Mikonos. A continuación, tiró sobre la cama una camisa, un jersey y un par de calcetines. Pasó de la corbata. Se desnudó y se cambió a toda velocidad. Sustituyó los Lombartini manchados de lodo por otros impecables de color café. Con el corazón disparado, entró en el cuarto de aseo para recomponerse el peinado con ayuda de un chorro de gomina. A pesar de sus nervios, logró trazar una raya al lado más que aceptable y se peinó con maestría. Estaba listo. Se echó unas gotas de Didier. Al menos, sería un cadáver hermoso y bien perfumado. Eso fue lo que se dijo al alejarse del espejo caminando hacia atrás para contemplarse con orgullo.

Pensó en Cloé, en lo distante que le parecía en algunas ocasiones, en lo tierna que era en otras. Pensó en sus labios y en sus besos. ¿Por qué le resultaba tan voluble y tan misteriosa? ¿Por qué se había quitado el crucifijo después de prometerle que no lo haría? ¿Por qué casi se había arrojado en los brazos de Zimmer? Recordó la bofetada que le había estampado en pleno orgullo a su rival. Y volvió a sonreír satisfecho. Porque Cloé le había elegido a él, porque solo él conocía el secreto de su boca. Con la cabeza en las nubes, se volvió despacio y se asomó a la ventana del baño. Allí abajo, en la oscuridad, estaba el invernadero como dormido. Pegó la nariz a los cristales. CLOÉ, CLOÉ. Inesperadamente, una luz mortecina lo iluminó. Erik abrió los ojos de forma desmesurada. ¿CLOÉ? ¿Sería ella? ¿Habría regresado al lugar donde se dieron

el primer beso? ¿Acaso le estaba enviando algún tipo de señal desde el invernadero? ¿Querría verlo a solas?

Tenía que salir del dormitorio. Tenía que ir al encuentro de Cloé. Ella estaría sola. Era, por tanto, y según sus hipótesis, una víctima apetecible para un asesino sin escrúpulos que ya había matado a tres vejestorios y que había intentado cargarse a una momia en silla de ruedas. Y, por supuesto, Cloé era además un objetivo para el desalmado de Zimmer. Se apresuró en cruzar el dormitorio y giró el pomo de la puerta. Iba a salir cuando se tropezó con Albert, que se disponía a entrar en plan avasallador.

—Vogler, tengo que hablar contigo.

—Ahora me resulta imposible, debo salir inmediatamente —se excusó tratando de eludirlo.

—Es urgente —anunció antes de cubrir con sus largos brazos cualquier posible salida.

—¿Zimmer, por favor! —suplicó—. ¿No puedes esperar?

—¡No! —contestó cortante.

¿Qué mosca le habría picado?

—Está bien —claudicó—. ¿Qué quieres?

—Es por Cloé —confesó molesto.

Erik lo miró sorprendido.

—Hay algo raro en esa chica —reflexionó en voz alta.

—¿Algo raro?

¡Lo que le faltaba por oír! ¿Algo raro en Cloé?... En él sí que había algo que olía a chamusquina.

—No sé, Vogler —continuó pensativo—. Es extraña, ¿no te has dado cuenta?

—¿Extraña?

—¡Sí, por Dios, deja de repetir todo lo que te digo! ¡Pareces un loro! —protestó enfadado y le dio varios empujones hasta sentarlo sobre la cama.

Erik lo observó confuso durante los segundos que estuvo dando vueltas en círculo frente a él. No paraba de frotarse la barbilla. ¿Qué estaría rumiando?

—Hay algo en ella que no me gusta, Vogler —prosiguió enfrascado en sus pensamientos—. Esa forma de mirarme hace un rato... Nunca me había sucedido algo igual.

El nieto de Berta guardó silencio. Estaba deseando que Zimmer lo dejara en paz. Lo único que quería era acudir al invernadero en busca de su amada.

—Lo cierto —dijo Albert en tono de confesión— es que nunca me había pasado algo así.

—¿A qué te refieres?

Se refería a que nunca antes lo habían rechazado. A diferencia de Erik, que no se comía un colín, él tenía éxito con todas las chicas en las que se fijaba. No, no le

habían rechazado. Y menos con semejante contundencia, con un tremendo tortazo. Se llevó la mano a la cara, al lugar exacto donde Cloé lo había abofeteado.

—No sé, hay algo que no me cuadra —insistió.

—¿Por qué, Zimmer? —le soltó con un toque de soberbia.

¿Acaso era porque le había despreciado, porque le había dejado con un palmo de narices, porque no se había dejado seducir por sus dotes de conquistador, porque no estaba habituado a salir derrotado?... No había duda. Zimmer estaba escocido y él se alegraba desde lo más profundo de su ser.

—Te aconsejo que te alejes de ella, Vogler —le conminó clavándole la mirada—. ¿Lo harás?

Dijo que sí para quitárselo de encima.

—Bueno, me vuelvo con tu abuela —añadió Albert para terminar—. No quiero dejarla sola con nadie.

—¿Con quién se ha quedado?

—Con el cagueta del mayordomo y con la pianista —contestó retrocediendo hasta la puerta—. ¿Te vienes conmigo o no?

—Aún no he terminado de arreglarme. Me, me..., me falta la corbata a juego con los zapatos —improvisó llevándose la mano al cuello.

Albert puso cara de resignación.

—Te doy un par de minutos. Tu abuela no quiere que te separes de nosotros —le advirtió como si fuera una amenaza—. Te estaremos esperando en su habitación.

Y, antes de que Erik abriera la boca y él desapareciera del dormitorio, aclaró por si había alguna duda:

—Es la puerta al fondo del pasillo, justo enfrente.

Después, para rematarlo, agregó en un tono fingidamente maternal:

—Date prisa, Vogler. No te pierdas por el corredor, no te metas en ningún lío en mi ausencia y, sobre todo, procura no tropezarte con el asesino del *château*. Podría ahorcarte con tu corbata preferida.







## Capítulo XXIV

### La decisión de Erik

Cuando Albert salió al pasillo, se encontró con el matrimonio Halle, la abogada silenciosa y Paul Fontaine. El grupo hablaba con voz queda y, al darse cuenta de su presencia, no escondieron su desasosiego.

—Los demás están en el dormitorio de Berta —les informó adelantándose a su pregunta—. ¿Quieren acompañarme?

Se miraron entre ellos dubitativos.

—Mejor os esperamos en el salón de la chimenea —respondió el señor Halle.

—Como quieran.

Albert se alejó dando largas zancadas sobre la alfombra que conducía a la última puerta. Antes de entrar, llamó con suavidad.

—¿Berta?

—Pasa, querido —le contestó la potente voz de la abuela de Erik desde el cuarto de baño.

Al girar el picaporte, la mirada de Zimmer se tropezó con los ojos asustados de Valeria Forte, que se había ocultado, solo en parte, detrás de las cortinas del dormitorio.

—No tenga miedo. Soy yo, Albert —se volvió a presentar como si de aquella manera consiguiera espantar los fantasmas que poblaban la mente de la pianista.

Con total desconfianza, la mujer fue emergiendo de entre las telas.

—¿Se puede saber qué haces ahí, Valeria? —le echó en cara la abuela de Erik, que se había terminado de arreglar y salía del baño apoyada en su muleta.

Como un pajarillo asustado, la pianista se abalanzó sobre la ropa que había dejado encima de la cama y entró a cambiarse pasando por delante de Berta como una exhalación.

—¿Dónde está el mayordomo? —preguntó Albert, reparando en su ausencia.

—Dijo que tenía que marcharse y que nos esperaría abajo —contestó ella sin alterarse.

—No debería haberlo hecho —reflexionó Zimmer.

—Él sabrá... En fin —dijo cambiando de tercio—, ahora que estamos solos, ¿qué crees que está pasando aquí?

Albert se dejó caer sobre una butaca situada en la esquina de la habitación.

—Han muerto tres personas. No sabemos aún si Duval sufrió un infarto durante la comida o fue asesinado. Tampoco quién tiró por las escaleras a *madame* Rolland. Siempre partiendo de la hipótesis de que en el plato de Dubois hubiera algo más que sopa, ¿qué tenían en común las tres víctimas?

—Aún no lo sé. Más allá de que hubieran convivido en la misma residencia, desconozco qué podía unirlos hasta el punto de que alguien deseara matarlos a sangre fría. Lo que está claro, querido Albert, es que el asesino no quiere que salgamos de aquí de ninguna de las maneras. Estamos incomunicados y encerrados. Me pregunto si lo estará haciendo para evitar que avisemos a la gendarmería y disponer de más tiempo para huir, o si, por el contrario —frunció el ceño—, tiene previsto asesinar a alguien más.

Zimmer lanzó un suspiro y encogió los hombros. Le resultaba imposible adivinar sus propósitos.

—¿Y si quisiera asesinarnos a todos, Berta? ¿Y si sus planes consisten en que nadie salga con vida del *château*?

Quien estaba dispuesto a salir de *La Rose Rouge*, aunque solo fuese de los muros que le separaban de Cloé, era el friki de la corbata color café. Contraviniendo las órdenes de su abuela y de Albert, se fugó del dormitorio corriendo como un poseso y se deslizó por las escaleras igual que un gato esquivo y asustadizo. En su camino hacia el exterior, no se encontró con nadie. Algunas veces se escapaban del salón de la chimenea y, sin embargo, la entrada se encontraba vacía. Sin su Pierre Rodin, que se estaba secando en la habitación, y empuñando su paraguas negro, se adentró en la oscuridad llevando consigo una de las linternas que alguien había dejado en la mesa donde se hallaba la caja de la llave desaparecida.

La lluvia seguía cayendo con furia y los relámpagos iluminaban la silueta de Vogler a través del camino del invernadero. El frío de Bergerac le golpeaba en el rostro. CLOÉ. «¡Espérame, por favor!», se repetía fijando sus ojos en la caseta de cristales que seguía iluminada. «¡Ya voy, Cloé, ya voy!». Porque no albergaba ninguna duda de que la joven lo estaría esperando.

Los que le estaban aguardando y comenzaban a perder la paciencia eran su abuela y Zimmer.

—¿Dónde se ha metido el gamba de mi nieto? —había preguntado Berta sacudiendo un porrazo con la muleta en el suelo de la habitación.

La posibilidad de que todos fueran a morir esa noche, como había apuntado Albert, le había helado las venas.

—Está tardando demasiado —estimó Zimmer levantándose de un salto de la butaca—. Solo le faltaba ponerse la corbata.

—¡Ya empezamos! —protestó ella con los pelos aún más cardados que de costumbre por la humedad—. Espero que no haya cometido ninguna tontería...



Salieron del dormitorio lo más rápido que pudieron. Berta, muleta en mano; Zimmer, con vaqueros y mirada inquietante. ¿Dónde estaría Vogler? Entraron sin llamar en su habitación. La encontraron vacía. La Chantel abierta sobre la cama indicaba que había salido con prisa.

Con su paraguas chorreando tormenta, Erik había abierto la puerta del invernadero. Entró con lentitud, lo cerró y lo dejó junto a la puerta. Bajo la luz agonizante, trató de distinguir a la joven. Entre las filas de macetas no acertó a verla y tampoco en el pasillo que conducía hacia sus rosas preferidas.

—¿Cloé? —preguntó si levantar mucho la voz.

Empezó a caminar hacia el baúl que reposaba en un lateral. Alguien había quitado los tiestos de las azaleas de la tapa y los había diseminado por el suelo.

—¿Cloé? —volvió a preguntar con voz trémula al mismo tiempo que se arrodillaba junto al arcón.

De forma visceral, abrió la tapa con un rápido movimiento. En su interior, había varios libros apilados. Uno de ellos era una guía de minerales, otro de flores de la zona de Bergerac. Parecían antiguos o maltratados por la humedad. En uno de los lados, había una caja de metal mal cerrada. Vogler extendió los dedos de su mano derecha para dejarla al descubierto.

—Esas son mis cosas —protestó una voz femenina a su espalda.



## Capítulo XXV

### Un beso agridulce

Después de bajar por las escaleras, Berta y Albert, acompañados por Valeria Forte, buscaron a Erik en el salón. Allí estaban el resto de los invitados junto con el cocinero y la anfitriona. Faltaban también el mayordomo y Cloé.

—¿Habéis visto a mi nieto? —saltó Berta nada más entrar.

La negativa fue unánime. No le habían visto ni oído. No había hecho acto de presencia en el salón.

—¿Y vosotros, a mi nieta? —se interesó Véronique—. Se separó de su grupo y aún no ha bajado.

Negaron con la cabeza.

—El mayordomo ha desaparecido —apuntó Albert.

—¿No estaba con vosotros? —preguntó el señor Halle intrigado.

—Sí, Jacques —confirmó Berta—. Sin embargo, nos dijo que prefería bajar por su cuenta. Se le veía hecho un manojito de nervios. ¿Verdad, Valeria?

La pianista asintió moviendo ostensiblemente la cabeza.

—Pues aquí no ha venido —aseguró Fontaine.

Se hizo un grave silencio.

—Si no ha venido... —Véronique Rolland dejó la frase sin terminar.

Se miraron entre sí buscando una explicación.

—¿Le habrá pasado algo? —murmuró la abogada silenciosa, que había logrado restaurar el moño oscuro que lucía en la coronilla.

Volvieron a encontrarse con los ojos asustados. Un relámpago iluminó la sala y, a continuación, estalló un trueno seguido del tenebroso presentimiento que todos callaron.

Entre tanto, en el invernadero, Erik se había girado de golpe al escuchar la voz de Cloé. «Esas son mis cosas», repitió la joven con firmeza.

—Perdona, verás, vi la luz encendida y pensé que querrías verme; lo cierto es que yo también quería —enrojeció sobrepasado por su confesión—. Te estaba buscando, Cloé..., te llamé al entrar y como no..., pues... —dijo tratando sin mucho éxito de disculparse mientras cerraba la tapa del baúl.

—¿Qué haces todavía aquí? —le preguntó sorprendida.

—¿No querías volver a estar conmigo? —preguntó decepcionado.

—Claro —contestó con dulzura acercándose a él desde la esquina de las rosas, rojas como sus labios.

Erik se ruborizó aún más. Con la melena suelta y su desgastado abrigo azul, la joven caminaba con lentitud hacia él.

—¿Llevas aquí mucho rato? —le preguntó por curiosidad.

—Desde que empezó la tormenta —respondió ella a media voz.

Estaba tan hermosa que Vogler sintió que su corazón podía reventar en cualquier momento.

—Pensé que te habrías marchado —insistió Cloé.

—¿Cómo iba a hacerlo? —respondió embobado—. No me iría nunca de aquí sin ti.

Ella sonrió complacida. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan halagada. De forma repentina, su rostro se ensombreció y cambió el tono de voz como si hubiera salido de un trance:

—Deberías haberte ido de este lugar. Te avisé de que estás en peligro.

—¿Crees que no lo sé? —replicó nervioso—. He visto morir al doctor Duval delante de mis narices y he encontrado el cadáver del juez Ambert en solo unas horas. ¿Te parece poco? —protestó indignado—. ¿Crees que para mí ha sido fácil intentar escalar la puerta del *château*?... ¡Tengo pánico a las alturas! —confesó.

Y se calló que lo había hecho para intentar impresionarla y que se alegraba muchísimo de que Zimmer no hubiera conseguido saltar la muralla.

—¿De qué hablas, Erik?

—¡Esto es una ratonera! —prosiguió poniéndose histérico—. ¿Quieres que me marche? ¿Quieres que huya? ¿Crees que a mí no me apetece? ¡Yo deseo largarme cuanto antes! ¿Me adviertes de que corro peligro?... ¡Es obvio! Alguien nos ha encerrado aquí y no es para jugar al escondite.

La tomó de las dos manos y con gesto solemne le aseguró:

—¡Te juro que lo he intentado! Pero no hay teléfono, ni Internet y la llave de la casa ha volado. ¡Es imposible saltar o tirar abajo esa puerta de hierro! —se lamentó desesperado—. ¿Cómo vamos a escapar?

—Encuentra la llave —dijo misteriosa—. Tiene que estar en algún lugar de la casa.

Erik temblaba como un niño. Cloé dio un paso adelante y lo abrazó sin decir nada.

—El juez ha muerto —repitió ella sin dejar de estrecharle entre sus brazos.

—El juez, el doctor y el abogado Olivier Dubois —matizó Erik y, aludiendo a este último, añadió—: Alguien le pegó un tiro en la frente cuando dormía.

—Todavía no ha terminado —susurró Cloé en el oído de Vogler—. Encuentra el modo de salir de *La Rose Rouge*. Creo que tu abuela también está en peligro. Si fuera

necesario —le advirtió depositando en la mano derecha de Erik una delicada joya—, utiliza esto. Es lo único que se me ocurre para ayudarte.

Vogler no tuvo ocasión de hablar. La chica lo besó con una expresión de tristeza que no logró disimular y le acarició la cara como se acarician en las despedidas de las estaciones de tren. A continuación, le agarró suavemente por la corbata para atraerle hacia ella y lo volvió a besar con ternura. Al abrir los párpados, borracho de Cloé, descubrió que la joven de Bergerac se había marchado. La llamó en vano. CLOÉ, CLOÉ. Solo los truenos le contestaban.



## Capítulo XXVI

### El recorte de periódico

Berta Vogler arrugó la frente y rechazó el asiento que le ofrecía Paul Fontaine. ¿Dónde rayos se encontraba su nieto? Ni siquiera se le pasó por el magín que pudiera estar con Cloé. ¿Y el pusilánime del mayordomo? ¿Dónde se hallaba? ¿Por qué no había bajado para reunirse con los demás? ¿Y si lo hubiera intentado? ¿Y si un desconocido se hubiera colado en *La Rose Rouge* para terminar con su vida igual que lo había hecho con Julien, Duval y Dubois?

—Véronique, ¿quién más tiene la llave del *château*? —preguntó muy seria—. ¿Alguien más podría haber entrado?

—Solo hay una llave —contestó con seguridad.

—Pero... ¿alguien más podría haber entrado durante el día aparte de nosotros? —insistió.

Porque la abuela de Erik deseaba con todas sus fuerzas que el asesino no fuera uno de sus antiguos colegas de La Sorbona. Porque prefería pensar que un loco había irrumpido en la casa. Porque, en el fondo, temía que un hilo invisible uniera a las víctimas y que nada de lo que estuviera sucediendo fuera fruto del azar. Porque no quería ni plantearse que la invitación de Jacques Halle tuviera una intención tan diabólica. *Madame* Rolland se quedó pensativa.

—Vincent, el jardinero —recordó—. Viene muy temprano por la mañana aunque suele marcharse sobre las doce.

—¿Alguno lo vio salir del *château*? —preguntó Albert, que se había apoyado en una de las columnas del salón.

El cocinero y Madeleine negaron con la cabeza.

—Yo tampoco lo vi —contestó la anfitriona—. En todo caso, lo habría hecho Mignon, que es quien se encarga de abrir y cerrar la puerta.

—Así que no podemos saber si el jardinero se marchó o no porque el único testigo, la única persona que lo habría visto, tal vez esté criando malvas —soltó Zimmer.

Los invitados empalidecieron y la pianista sintió que la chimenea giraba a su alrededor. Madeleine comenzó a lanzar hipidos y el cocinero trató de controlar un tic que le torcía la boca hacia la izquierda cuando perdía los nervios.

—¡Albert! —le recriminó Berta.

Aunque, en el fondo, pensaba lo mismo que el joven. Seguramente, el mayordomo miedica habría estirado la pata en una de las habitaciones. Y sin su testimonio, no podían asegurar que el jardinero hubiese abandonado *La Rose Rouge* al mediodía.

Quien realmente se sentía abandonado, igual que un cachorro en la carretera, era Erik. La huida precipitada de la joven le había dejado multitud de dudas y una sensación de pérdida irreparable. La luz del invernadero tembló inquieta. ¿Qué era lo que sabía Cloé? Le había dicho que su abuela corría peligro. Estaba seguro de que ocultaba algo terrible y, por algún motivo, no se había atrevido a decírselo. ¿Pero el qué? ¿Cuál era su secreto? ¿Tendría razón Zimmer al desconfiar de ella o solamente hablaba su orgullo herido? ¿Qué ocultaban los ojos verdes de Cloé? Miró el baúl en la soledad del invernadero. Después, clavó sus ojos en la puerta de cristal entreabierta, tal y como la había dejado ella al marcharse. Movidio por la curiosidad y el pánico, cerró el invernadero y se dirigió apresuradamente al baúl. Abrió la tapa con un gesto rápido. De su interior, extrajo la caja metálica con manos temblorosas. ¿Qué misterio escondía la dulce Cloé? «Esas son mis cosas», recordó. ¿Y qué había en ellas que fuera tan terrible como para no contarlo?

Dentro de la caja rectangular había algunas fotos antiguas, tanto de la chica como de quienes debían de ser sus padres. En una de ellas, aparecía con el abrigo azul marino en una terraza de la Grand-Place de Bruselas. Parecía feliz y despreocupada. En el reverso no figuraba anotada ninguna fecha y, sin embargo, el detalle del abrigo le causó una gran inquietud. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se sacó esa fotografía? Por la ropa de los desconocidos que estaban retratados y que ocupaban las mesas de la terraza, habría jurado que unos cuantos años. Siguió rebuscando en el interior de la caja. Encontró en el fondo el recorte de un periódico. «Un muerto y una joven herida en un accidente». Comenzó a leer muy despacio esforzándose por traducir algo de la noticia escrita en francés y apoyándose en sus conocimientos de otros idiomas:

*«Un conductor en estado de embriaguez, que responde a las iniciales K. L. D., ha provocado un accidente en el que ha muerto un hombre de cuarenta años (H. T.) y ha resultado herida de gravedad una joven de dieciséis, que se encuentra en estado de coma. La colisión se ha producido en un tramo en obras de la autopista A1, a la altura de Villeron, en un choque frontal al invadir uno de los vehículos el carril contrario. El responsable del siniestro ha salido ileso».*









## Capítulo XXVII

### ***Croissants de crema***

Erik releyó la noticia con detenimiento. Los hechos habían sucedido, calculando la fecha del periódico, dieciséis años atrás. «Esas son mis cosas», había dicho Cloé. Si guardaba ese recorte de prensa en su baúl, debía de ser por alguna razón importante que estuviera relacionada con ella, con algún familiar o alguien cercano. Un conductor cuyo nombre y apellido se correspondía con las siglas K. L. D. Hizo memoria y recordó los nombres de los invitados. Su abuela les había hablado de ellos durante el trayecto en coche desde la estación. Solo recordó un nombre que podía acercarse a aquellas siglas. «Jean Louis Duval», murmuró Erik. Era el médico con sobrepeso que había sufrido el ataque al corazón. Faltaba la inicial «J» que se refería a Jean. Aunque, tal vez, dedujo Vogler, se trataba de un despiste del periodista o de una errata, ya que en el teclado del ordenador las letras «j» y «k» se hallaban una al lado de la otra. ¿Podría identificarse Duval con el conductor de la noticia que guardaba Cloé? Si así fuera, pensó, si el tipo que conducía en estado de embriaguez hubiera ocasionado, al menos, la muerte de un inocente en ese accidente de tráfico, ¿sería la venganza el motivo de los crímenes de *La Rose Rouge*?

En ese caso, si alguien había decidido ajustar cuentas pendientes, ¿qué vínculo unía a las tres víctimas? ¿Estaba esa noticia relacionada con los asesinatos del abogado y del juez Ambert? Erik cerró la tapa del arcón y se sentó encima de él. La tormenta estaba amainando.

No lejos de allí, en el salón, Madeleine y el cocinero, que habían salido por orden de la anfitriona, regresaban con unas bandejas de deliciosos *croissants* rellenos de crema. Siguiendo las instrucciones de *madame* Rolland, se fueron acercando a cada uno de los presentes ofreciendo los dulces.

—Debemos reponer fuerzas —aconsejó Véronique Rolland.

Los invitados permanecieron quietos, se miraron de reojo con desconfianza, esperando que alguno se animara a extender la mano. A excepción de Vogler, que se había zampado varias barritas de cereales, los demás llevaban sin probar bocado desde la comida. El cocinero carraspeó molesto por lo que consideraba un intolerable desprecio a su arte y arrimó la bandeja a la pianista llorona.

—¿Valeria? —preguntó la anfitriona tratando de que tomara uno de los bollos.

—Gracias, pero ahora mismo no me apetece nada —rehusó agradeciendo el gesto del chef.

El matrimonio Halle puso la excusa de que no solían cenar, Fontaine señaló que no le gustaba el dulce, la abogada silenciosa estaba a dieta o eso argumentó. A pesar del hambre y de los gritos de sus tripas vacías, todos se contuvieron. Finalmente, Madeleine se plantó frente a Berta y Albert, que habían tomado asiento en el sofá. Sincronizados, alargaron sus manos hasta alcanzar un par de pequeños *croissants* cada uno. Se los llevaron a la boca sin pensar, sin temor, movidos por sus narices y por el olor a pastelería que emanaban. Los demás ensalivaban impotentes. Ellos, sin embargo, masticaban aquella masa insuperable rellena de suave crema crujiente.

De pronto, Albert se quedó rígido, con los ojos paralizados, y cayó en el regazo de Berta sin soltar los dulces. A Madeleine se le cayó la bandeja al suelo. Valeria Forte gritó con todas sus fuerzas. Beatrice Halle, agarrándose al brazo de su marido, acertó a preguntar:

—¿Ha muerto?

Berta miró hacia abajo estupefacta. La cabeza de Albert descansaba sobre sus piernas.

—¡Estoy bien! —dijo de pronto el joven entre risas—. ¡Solo era una broma! —remató comenzando a incorporarse.

La abuela de Erik le sacudió una colleja sin compasión con la mano libre de bollería.

—¡No ha tenido ninguna gracia! —le reprendió Véronique Rolland visiblemente enfadada.

Todos los presentes negaron con la cabeza para mostrar su rechazo. Había sido una broma macabra, fuera de lugar. «Imperdonable», susurró Valeria Forte. A pesar de la osadía de Zimmer y de Berta Vogler, ninguno más se atrevió a probar los bollos, con la excepción de la anfitriona, que quiso dar ejemplo, y del propio cocinero, que se sentía ultrajado. Los demás, movidos por el miedo, imaginaban toda clase de venenos ocultos en la crema pastelera.

Era el momento idóneo para salir de allí. A fin de cuentas, pensó Berta, su nieto seguía sin aparecer y ella no tenía demasiada paciencia. Engulló los *croissants* y se levantó con ayuda de la muleta y del propio Albert.

—¡Vamos a buscar a mi nieto! —anunció con decisión.

Erik continuaba releyendo y dándole vueltas a la noticia del periódico. Seguía sentado sobre el baúl. Un escarabajo rinoceronte pasó cerca de sus Lombartini aunque, concentrado como andaba en sus asuntos, no reparó en él. ¿Qué lazo uniría a un conductor borracho con un abogado y un juez? ¿Se trataba de aquel accidente mortal?

Súbitamente, el invernadero se quedó a oscuras. Vogler supuso que la bombilla se habría fundido. Se guardó el recorte y una de las fotos de Cloé en el bolsillo de su chaqueta. Algunas gotas golpeaban aún los cristales por encima de su cabeza. Oyó un

ruido de pasos que se acercaban. Se escondió detrás de las filas de macetas. Desde fuera, una linterna iluminó la puerta del invernadero. Se oyó un chasquido y una mano masculina la abrió con brusquedad. Las pulsaciones de Erik se dispararon. Estaba convencido de que no se trataba de Cloé. El foco de luz comenzó a recorrer las buganvillas, los rosales, las azaleas... hasta detenerse en un grupo de tímidas gardenias.

—¡Vogler, sal de ahí! —gritó la voz que le andaba buscando—. ¡Tu abuela está muy cabreada!

Sin esperar un segundo, Albert salió del invernadero y chilló con fuerza:

—¡¡Está aquí, Berta!!

En busca de su nieto, muleta en uno de sus brazos, linterna en la mano libre, avanzaba con la energía de los Vogler triturando la tierra a sus pies. Al verlos aparecer juntos, con un par de focos apuntando directamente a su traje marrón, supo que debía confesar:

—Me parece que sé por qué ha muerto Duval —comenzó.

—¿Qué estás diciendo, Erik?

Si aquel era un truco para librarse de una bronca descomunal por su insensatez, parecía dar resultado. En lugar de lanzarle el sermón de la montaña, Berta le respondió con un silencio casi reverencial.

—Creo que provocó un accidente cuando conducía borracho y que un hombre murió a consecuencia del choque.

—¿Cómo lo has descubierto? —le preguntó asombrado Zimmer.

—He encontrado esta noticia en el baúl de Cloé —dijo sacando el papel del bolsillo de su chaqueta—. Al parecer, según lo que he entendido, provocó el accidente en el que también una joven resultó herida de gravedad.

—No sabía nada —murmuró Berta.

—Fue hace dieciséis años —puntualizó su nieto.

—Hace dieciséis años... —repitió la abuela consternada—. No tenía ni idea.

Duval borracho. Un accidente de tráfico mortal. ¿Por qué no había sabido nada de esa historia?

—Bueno —prosiguió intentando justificarse—, apenas lo conocía, era de los más jóvenes de la residencia. Nadie me lo dijo.

—Quizá él prefirió ocultarlo y ninguno más lo supo —comentó Albert.

Se quedaron pensativos.

—¿Y si tu amigo, el juez Ambert, y Dubois estaban al corriente de lo sucedido? —preguntó Erik dirigiéndose a su abuela—. ¿Y si hubieran coincidido en los tribunales? Un acusado, un abogado y un juez. ¿No pensáis que ese podría ser el motivo para que alguien se quisiera vengar de ellos?

Berta sopesó la hipótesis de su nieto. ¿Habrían coincidido los tres en el juicio por el accidente? ¿Habría actuado Dubois como abogado de la defensa? ¿Y Julien? ¿Habría sido el encargado de impartir justicia?

—Ahora bien —continuó Erik sacándola de sus cavilaciones—, ¿qué pintas tú, abuela, en toda esta historia?

—No te entiendo...

—¿Alguien te puede odiar tanto como para querer matarte? —le preguntó sin rodeos.

Se quedó boquiabierta. ¿Quién iba a desear su muerte? ¿Quién estaría dispuesto a asesinarla? ¿Por qué motivo? Se estremeció por dentro ante la posibilidad de que su nieto hubiera sospechado algo así. Lo único que se le ocurrió fue encoger los hombros y escupir:

—¡Qué bobadas se te ocurren, Erik! ¿Quién iba a planear mi muerte?

Vogler y Zimmer se buscaron con los ojos y guardaron silencio. Afuera había dejado de llover.



## Capítulo XXVIII

### Un billete a París

¿Quién podía desear su muerte?... Berta Vogler no se acordaba de aquella mañana de principios de otoño en la que había visitado a un anticuario belga. A pesar de la pregunta de su nieto, no la había recordado. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera era consciente de lo que había ocurrido después. Además, habían pasado dieciséis años. Pero esa mañana tenía mucha prisa. Había amanecido con ella desde que bajó a desayunar en un coqueto hotel de Brujas. Apenas masticó las tostadas y dejó la taza de café a medio terminar. Salió a la calle a buen paso hasta internarse en un laberinto estrecho de la ciudad, cuajado de diminutas tiendas de artesanos y antigüedades. En una de ellas encontró al anticuario con el que había hablado previamente su hijo Leonard. El hombre la estaba esperando.

—*Frau* Vogler —la saludó nada más entrar atusándose un poblado mostacho lleno de canas.

—*Monsieur* Madsen.

—Tengo preparado el encargo de su hijo —le dijo dejando asomar una pizca de orgullo.

Berta Vogler lo siguió en silencio al interior de la tienda, que olía a madera vieja y a óleo.

—Aquí está —anunció señalando una tabla flamenca de reducidas dimensiones.

La mujer la contempló con atención. Era uno de los caprichos de Leonard, una pintura del siglo XVI, uno de los cuadros que estaba buscando desde hacía tiempo. Berta se había ofrecido a recogerlo en Brujas y llevárselo a París, donde residía por aquella época.

—¿Todo bien? —se interesó el anciano al verla obnubilada.

Ella asintió complacida. Perfecto. Y siguió esbozando una leve sonrisa mientras el anticuario preparaba la tabla para su traslado y la envolvía en una funda acolchada en la que, por la parte exterior, se leía BERTA VOGLER, n.º 324. Todo marchaba según lo previsto. Cogería un tren a Bruselas y de allí tomaría otro a París. Quería llegar cuanto antes al apartamento de su hijo Leonard para entregarle aquella joya de la que se había desprendido un coleccionista anónimo. Consultó su reloj. Todo parecía perfecto. Llegaría con tiempo suficiente para coger el tren a París. Ningún

problema. Se permitió incluso el lujo de mantener una breve charla con el señor Madsen antes de despedirse.

Aferrada a la tabla flamenca recorrió varias calles a buen ritmo y alcanzó un bulevar donde, tras desesperarse un rato, logró tomar un taxi. Cuando estaban llegando a la estación de tren, el conductor soltó una maldición que Berta no alcanzó a entender. ¿Por qué rayos se paraba? ¿Qué ocurría?

—Hemos pinchado —le explicó malhumorado tras salir del vehículo e identificar el problema.

—¿Cómo? —preguntó bajando la ventanilla del coche.

—La rueda trasera derecha —le informó con parquedad.

¿Y a ella qué demonios le importaba qué rueda fuera la culpable de aquel desastre? Lo único que quería era llegar a tiempo a la estación.

—¿Qué hago?... —preguntó confusa.

—Voy a tardar un buen rato —confesó con honestidad—. Si tiene usted mucha prisa, le aconsejo que busque otro taxi.

Desde la acera, Berta Vogler se preguntó por qué todos los taxis que cruzaban junto a ella la ignoraban, por qué todos iban ocupados, por qué el reloj avanzaba implacable, por qué se había levantado aquel viento gélido, por qué le moqueaba la nariz y no tenía un pañuelo a mano. En un arranque de genio, decidió correr hacia la estación. En realidad, no estaba tan lejos. O eso se dijo para motivarse. Con las melenas enredadas y los ojos llorosos emprendió una sorprendente carrera. «No está muy lejos», le había dicho el taxista belga. Un rato después, con el corazón tan alborotado como sus cabellos, entró en la estación de tren abrazada a la tabla de Flandes. Un empleado le informó de que había perdido su tren. «¡Mierda!», farfulló en diferentes idiomas.

Encontró otro con destino a Bruselas que salía un par de horas más tarde y compró un billete. Consultó su reloj con nerviosismo. Eso significaba que llegaría con el tiempo justo para alcanzar el de París. Se pasó el viaje pegada al cuadro de su hijo Leonard. La vista clavada en el cristal de la ventanilla y en la esfera del reloj. A la hora establecida los vagones penetraron en la estación de Bruselas. Nada más abrir sus puertas, Berta escapó como una exhalación. Comprobó en un panel informativo que faltaban menos de quince minutos para que partiese su tren. Echó a correr en dirección al punto más cercano de venta de billetes. Una familia se dirigía apresurada al mismo lugar y le había tomado la delantera. Berta Vogler, consciente de que no podía perder ni un solo segundo, apretó los dientes y aceleró hasta lo imposible sus largas zancadas. Esprintó con tanta energía que adelantó, en el último momento, con codazo incluido de la tabla flamenca, al hombre que iba acompañado por su pareja y su hija.

—Un billete para París, *s'il vous plaît* —dijo sin aliento.

—¿Primera clase o turista? —le preguntó un vendedor desganado.

—Primera.

—No nos quedan billetes.

Berta Vogler se quedó descolocada. Parecía que aquel tontaina disfrutaba ofreciéndole un imposible.

—En ese caso, turista.

Haciendo gala de una tranquilidad pasmosa, el empleado tecleó en su ordenador, abrió varias pantallas, comprobó la impresora y, finalmente, le entregó su ansiado billete a París.



## Capítulo XXIX

### *La Rose Rouge*

Había dejado de llover cuando Erik, Albert y Berta abandonaron el invernadero y se encaminaron al *château*, tan rápido como se lo permitían sus piernas y la muleta. Para su sorpresa, la puerta principal los aguardaba entreabierta, cuando Albert y Berta recordaban haberla cerrado. Así que no tuvieron necesidad de golpear el picaporte ni de anunciar su llegada. Al entrar en la *Rose Rouge* les invadió un inesperado silencio. Ni rastro del mayordomo ni de Madeleine, ni siquiera de algún murmullo que procediera del salón en el que se habían quedado los invitados. Un oscuro silencio roto por el reloj de pared de la entrada.

Avanzaron despacio hacia la sala de la chimenea y entraron con precaución. El fuego crepitaba completamente solo. Erik miró sorprendido a su abuela y esta hizo lo propio con Albert. ¿Dónde estaban los demás? ¿Dónde se habían metido? Alrededor, las butacas, el sofá, las sillas de terciopelo descansaban vacías. Vogler tomó aire. Aquello no le gustaba un pelo.

—¿Se habrán ido a la sala de las diapositivas? —propuso Berta intentando aparentar tranquilidad.

Los tres sabían que aquello era más una maniobra para calmar los ánimos que una posibilidad real.

—Se los oíría desde aquí —le rebatió su nieto.

—¿Y dónde se han largado? —repuso Albert—. ¿A la planta de arriba?

Erik y Berta se encogieron de hombros.

—De todas formas, ¿para qué se iban a marchar de esta habitación sin avisarnos? —reflexionó Vogler—. ¿Por qué no han esperado a que volviéramos?... Me parece una falta de tacto absoluta —protestó cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y si ha sucedido algo en nuestra ausencia? —preguntó Zimmer.

—Algo que les haya obligado a huir de este lugar —continuó Berta.

Erik ahogó un grito de pánico. Debía de haberse tratado de algo terrible.

—¿Y si se hubieran topado con el asesino? —propuso aflojándose el nudo de la corbata—. ¿Y si lo hubiesen descubierto?

Un escalofrío les estremeció. ¿Dónde estaban los demás? ¿Qué había sido de ellos? ¿Cómo era posible que hubieran desaparecido sin dejar ninguna pista? ¿Qué



había sucedido con el matrimonio Halle, con la pianista llorona, la abogada silenciosa, Fontaine, la anfitriona, el mayordomo, la criada pecosa y el cocinero? Albert y Berta se hacían estas y otras preguntas en tanto que en la mente de Erik bullía, por encima de todas, dónde se encontraba Cloé. ¿Estaría en peligro? Apretó los puños con rabia.

—¡CLOÉ, CLOÉ! —gritó sin pensar en lo que estaba haciendo.

Su abuela y Zimmer lo miraron alucinados. ¿A quién se le ocurría dar aquellas voces cuando no sabían lo que estaba pasando realmente en el *château*? Si un asesino hubiera entrado allí o si ya estuviera con ellos desde el principio, semejantes chillidos eran la manera perfecta de llamar su atención y conducirlo hasta sus tres últimas víctimas.

—¡Cállate, Vogler! —le ordenó Albert.

Erik se sonrojó abochornado. Había perdido los papeles y lo sabía. Obedeció y miró a la chimenea. En su cabeza, los labios de Cloé y la advertencia de que estaban en peligro.

—¡Tenemos que encontrar la llave para largarnos de aquí! —les apremió—. De lo contrario, moriremos como los demás.

—¿Y qué sugieres, listo? —replicó Albert—. ¿Por dónde empezamos a buscar? Si lo que dices es cierto, si todos están muertos, nos vamos a ir encontrando cadáveres por cada habitación. Y salir de exploradores por ahí tampoco nos garantizaría dar con esa maldita llave.

—¿Y cuál es tu plan? —se defendió histérico—. ¿Quedarnos aquí y esperar a que nos asesinen?

Posiblemente a Zimmer le importase un pepino su propia muerte, pero él no quería morir porque era demasiado joven, porque quería seguir viajando y conocer Nueva York, porque quería apuntarse a un torneo internacional de ajedrez *online*, porque no había terminado su colección de minerales y porque, además, y aunque le resultase complicado reconocerlo, estaba perdidamente enamorado de la dulce Cloé.

—¡Uy, ya empieza el trágico! —replicó con sarcasmo.

—¡No soy ningún trágico, melenudo presuntuoso!

—¿No se te ocurre un insulto más original?

—¡No puedes soportar que Cloé me prefiera a mí! ¡Eso es lo que te come por dentro, Zimmer!

—¡Lo que me faltaba por oír! ¡Eres patético, Vogler!

—¡Basta! —terció la abuela—. ¡¡Callaos de una vez!!

—Empezó él —intentó justificarse Erik.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos todos un poco —intervino Berta interponiendo la muleta entre los dos jóvenes—. Esperaremos aquí hasta ver si regresan o no.

No había terminado de decir esa frase cuando la lámpara del techo tembló débilmente. Los cristales chocaron entre sí como movidos por un viento invisible.

Zimmer adivinó lo que iba a pasar y se abalanzó hacia Berta, la abrazó con fuerza y ambos se lanzaron sobre un butacón. La pesada araña de hierro y lágrimas de cristal se balanceó de un lado a otro y, en pocos segundos, se precipitó contra el suelo en el centro del salón. Lo hizo a escasos centímetros de los Lombartini de Vogler, que sintió que se mojaba los Mikonos y que el corazón se le congelaba bajo la camisa Delacroix.

Mientras Berta se quejaba de la pierna y del batacazo y Albert trataba de ayudarla a sentarse y reponerse del susto, Erik alcanzó a ver la silueta de Cloé que se asomaba a la puerta del salón y se detenía tan solo un instante. Como una presencia efímera, como el rastro de un perfume que se pierde con su dueña, así se desvaneció la joven del umbral ante la mirada atónita de Vogler, que no tuvo tiempo de pronunciar su nombre. De hecho, se quedó como un pasmarote y solo logró extender la mano en un vano intento por retenerla junto a él.

—¡La he visto! —gritó de pronto movido por la euforia.

—¿De qué hablas, Vogler?

—¡Era Cloé! —anunció encantado.

—¿No habrá sido ella quien ha intentado asesinarlos? —preguntó Albert incorporándose del asiento y mesándose los cabellos.

¿Cloé? ¿Cloé, una asesina? Sin lugar a dudas, Zimmer era un cretino. Cloé había sido precisamente quien le había advertido del peligro, quien le había rogado que escapase de allí. ¿Cómo iba a desear su muerte si se había preocupado tanto por él?

—¡No sabes lo que dices! —le espetó airado y salió corriendo hacia la puerta del salón.

—¿Dónde vas? —le preguntó su abuela con estupefacción.

¿Dónde iba?... Detrás de Cloé, por supuesto. ¿Dónde iba a ir? Y corrió lo suficiente para verla subir los últimos escalones que conducían a la planta donde estaba su dormitorio.







## Capítulo XXX

### La chica equivocada

¿Dónde iba aquel inconsciente? ¿Qué pretendía saliendo solo y perdiéndose por el interior de un *château* con tres cadáveres y, al menos, nueve desaparecidos? Porque ni ella ni Zimmer habían visto a Cloé. ¿Se habría confundido? ¿Le habría jugado una mala pasada su mente enamorada? A Berta no le cabía ninguna duda de que andaba totalmente alelado por culpa de la nieta de Véronique. Lo que no imaginaba era que arriesgaría su vida por seguirla a un lugar incierto.

—¡Erik, Erik, vuelve aquí! —chilló su abuela agarrada a los reposabrazos del butacón.

—¡Se le ha ido la olla! —opinó Zimmer, que no solía referirse en aquellos términos a ninguno de sus conocidos.

Berta frunció el ceño sobre sus afilados ojos azules y asintió. Albert tenía razón. Su nieto estaba como una regadera, como una cabra. Se había transformado en un loco de atar, en un insensato, en un temerario. Y lo peor de todo, aquel histérico lanzado a la perdición era un Vogler.

—¡Pásame la muleta, Albert!

El ingenuo de los Passion había subido a toda velocidad las escaleras y corría por el pasillo persiguiendo a la joven.

—¡Espérame, Cloé!

La chica giró varias veces la cabeza sin detenerse hasta llegar a la última puerta a la derecha. Sin vacilar, entró en la habitación. El silencio volvió a recorrer el largo pasillo y solo se sentía el aliento de Vogler, acelerado y al borde de la asfixia. Sin resuello, llevándose la mano al costado izquierdo, se quedó quieto frente a la puerta entreabierta.

—Cloé... —susurró esforzándose por recuperar el aire.

Al otro lado, le respondió el silencio. Un silencio tenso.

—Cloé... —insistió empujando levemente la puerta con el dedo índice.

La madera soltó un ligero chirrido. La chica no le respondió. Con el pulso tan alterado como su mente, asomó la cabeza al interior del dormitorio, iluminado únicamente por las llamas de la chimenea. Frente al fuego, de espaldas a Erik, se encontraba la silla de ruedas de Véronique Rolland. La anciana permanecía quieta,

sentada con el cuello ligeramente inclinado hacia el lado derecho y con un brazo colgando, sin fuerza, junto a los ejes de la rueda.

—Vé... Véronique —balbuceó.

La anfitriona siguió paralizada. Su silueta inmóvil en medio del silencio y del fuego. Vogler trató de controlar su respiración agitada. Maldijo a su psicóloga de Bremen. Se sentía al borde del infarto que se había llevado por delante a Duval antes de los postres. A pesar del terror que le crecía desde el estómago, se acercó unos pasos más hacia el cuerpo quieto de la anfitriona. «La cuarta víctima», se dijo. Recordó la caída que la anciana había sufrido por las escaleras del *château* y que, a todas luces, había sido un primer intento de asesinato. Véronique Rolland la había diñado. ¿Por qué motivo? ¿Qué relación la unía con el resto de los fallecidos? ¿Y qué se suponía que podía hacer en tales circunstancias? ¿Debía tomarle el pulso como había hecho Zimmer con el juez Ambert? Negó con la cabeza para que aquella idea enloquecida escapase de su cerebro. ¿Tocar el cadáver de la vieja? ¡Ni loco! Le daba pavor. Le daba pánico incluso girar la silla de ruedas y enfrentarse con la mirada perdida de aquella mujer. Seguramente, se toparía con un disparo en el rostro o con algo peor. Algo horroroso, una visión tremebunda que le acompañaría el resto de su vida y le produciría espantosas pesadillas. ¿Cómo atreverse a seguir avanzando hacia ella?

Se detuvo titubeante. ¿Dónde estaba Cloé? La buscó con la mirada en la penumbra del dormitorio. Si había llegado hasta allí, si había entrado en aquella habitación infernal había sido solo por ella. Para su asombro, la cabeza de Véronique Rolland se enderezó y el brazo, que parecía muerto, se agarró con fuerza a la silla para hacerla girar.

—¡¡¡Dios mío!!! —exclamó Vogler espeluznado dando un salto hacia atrás—. Pensé, pensé que la habían asesinado. Creí que estaba muerta —dijo llevándose la mano al pecho y tratando de recuperar la calma.

Ella sonrió péfida. Los ojos verdes brillantes y una pistola en el regazo que no tardó en coger para apuntar directo al corazón de Erik.

—Cloé, ya puedes venir —dijo con tranquilidad.

Tras unos segundos de incertidumbre, la chica salió de su escondite detrás de la puerta de la estancia.

—¡Cloé! —gritó Erik dirigiéndose a ella con desesperación—. ¿Qué está pasando aquí?

Ella lo ignoró por completo y tomó una cuerda que había sobre una silla.

—Cloé, no entiendo nada —siguió Vogler desorientado—. No te reconozco, la verdad. Tienes unas reacciones inexplicables —protestó acercándose a la joven.

Se fijó en su cabello seco y recogido en una trenza.

—Te has tenido que mojar con la tormenta cuando has salido del invernadero —apuntó observador—. ¿Cómo te ha dado tiempo a secarte y recogerte el pelo?

Ella hizo una mueca de desprecio.

—¡Tú no eres Cloé! —soltó colérico—. ¡No puedes ser ella! ¡Es imposible!

—¿Pero qué está diciendo este tonto? —le preguntó Cloé en francés a su madre.

—Exijo que me hables en inglés —la interrumpió enfurecido Erik—. Me parece descortés y fuera de lugar que hables en otro idioma en mi presencia.

Y mirando a Véronique Rolland volvió a repetir:

—¡Ella no es Cloé, es una estafadora! —replicó—. ¡No es la Cloé que yo conozco!

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Véronique sin dejar de apuntarle con la pistola.

—¡Pregúntele por el crucifijo de plata que le presté, pregúntele! —le urgió seguro de sí mismo—. ¿Dónde está la cruz de mi tío, eh? —preguntó mirando a Cloé.

—¡No sé de qué me habla, mamá! —contestó la chica en francés.

—Te dejé mi crucifijo de Jerusalén para protegerte de Zimmer, ¿no lo recuerdas?

—Este chico está muy mal —dijo en francés la anfitriona.

—¡Fatal! —confirmó su hija.

—Será mejor que dejemos de perder el tiempo y lo ates a la silla —le ordenó y, con un movimiento de la pistola, le obligó a tomar asiento.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —se lamentó Vogler al ver cómo comenzaba a rodearle con gruesas cuerdas—. Si no tienes mi cruz, dime... ¿quién eres? Tú no eres la chica que encontré en el invernadero.

—Soy Cloé y quiero que me dejes en paz de una vez.

—¡De eso nada! —le respondió—. ¡A mí no me engañas! ¿Tú crías escarabajos rinoceronte? ¿A que no?

—¿De qué vas? —le preguntó despectiva apretando la cuerda con rabia.

—¡¡Ayyy!! ¿No podrías aflojar un poco? No puedo ni respirar y encima me vas a arrugar mi jersey *White Christmas*.

—¿Escarabajos rinoceronte? ¿De qué estás hablando? —le interrumpió nerviosa Véronique ignorando sus lamentos.

—De la chica que conocí en el invernadero y que no tiene nada que ver con esta borde —puntualizó irritado—. De la que colecciona minerales, igual que yo.

—¿Cómo sabes eso? ¿Cómo te has enterado? —preguntó la mujer furiosa—. ¿Estuviste cotilleando en su baúl?

—Estuve hablando con ella varias veces.

—¡¡Eso es imposible!! —chilló encolerizada.

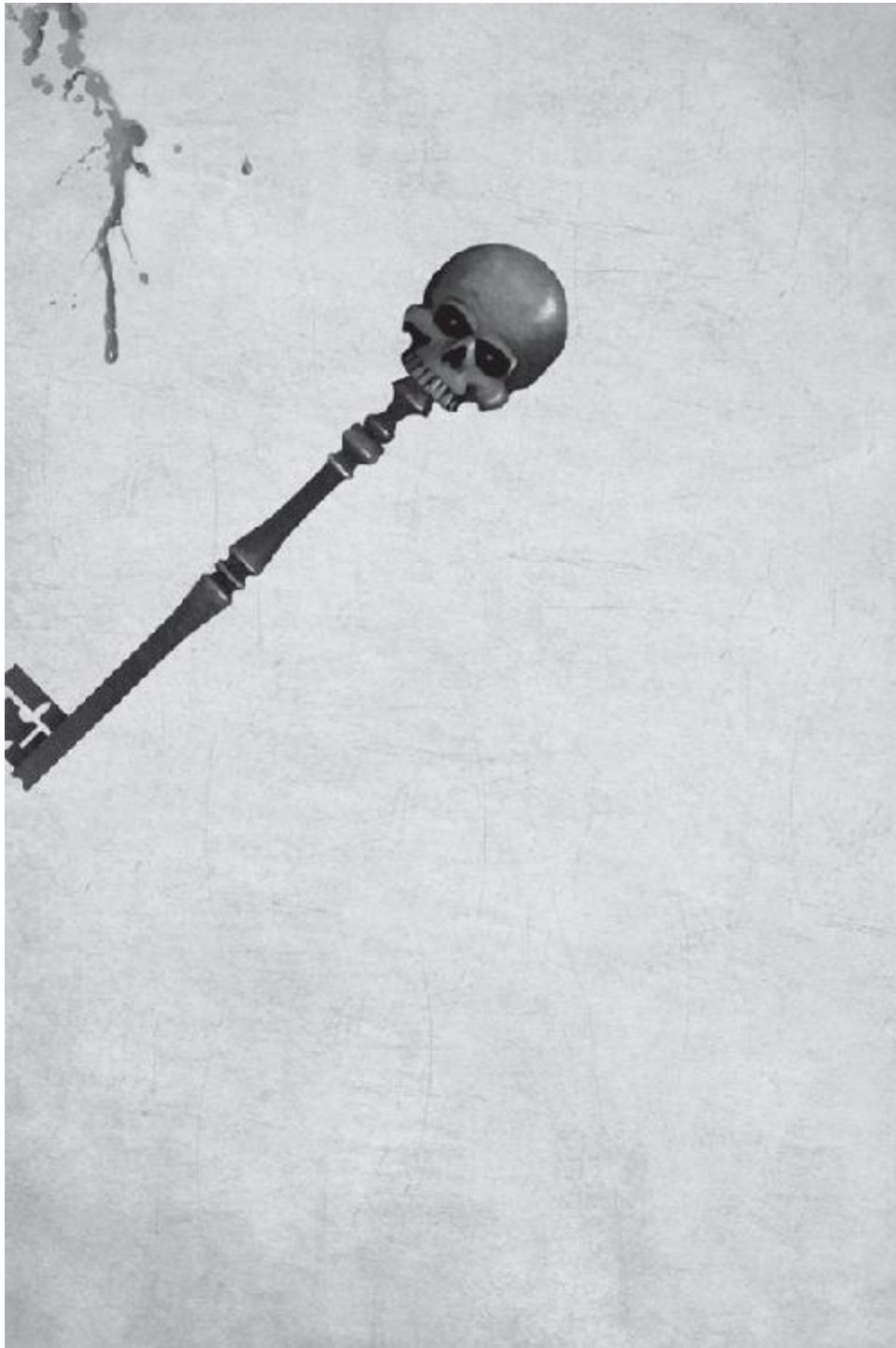
—Le aseguro que estuve con ella y, además, me contó que el jardinero es un inútil, que acaba de llegar al *château*, y que es ella quien cuida de las rosas. Sus preferidas son las Chrysler Imperial.

—No sé de dónde has sacado toda esa información —le respondió la señora Rolland con la voz temblorosa—. Pero me están entrando cada vez más ganas de apretar el gatillo y eso que solo quería acabar con tu abuela. Tú no entrabas en mis planes.

—¡¡Le estoy diciendo la verdad!! —suplicó.

—¿La verdad? —escupió de repente una carcajada infernal—. La verdad es que mi hija murió hace quince años, después de estar varios meses en coma. ¡Esa es la verdad!









## Capítulo XXXI

### La venganza

A Véronique Rolland se le había hinchado la vena del cuello. Erik la observó horripilado. Le apuntaba con la pistola y con sus ojos sanguinarios. ¿Qué tenía que ver que su hija hubiera muerto quince años atrás con lo que le estaba contando? Cloé lo había besado, había hablado con él, le había acariciado. ¿De qué hablaba esa vieja loca?

—¡ERIK, ERIK!

Los gritos de Berta y Albert recorrían el pasillo en su búsqueda. La anfitriona hizo un gesto amenazante a Vogler para que callara.

—¿Berta? —preguntó *madame* Rolland subiendo la voz y fingiendo sentirse aterrada—. ¡Estamos aquí! ¡Ayudadnos, por favor! ¡Rápido!

Después, clavando sus vengativos ojos en el joven atado a la silla, le anunció satisfecha de su victoria:

—Estoy deseando contemplar la cara de tu abuela cuando pierda a su adorado nieto delante de sus narices. Quiero que sepa lo que se siente siendo testigo de la muerte de un ser querido. Me dijiste que eras su único nieto...

—Está muy confundida —le corrigió petulante—. Mi abuela y yo nos llevamos fatal, es más, nos detestamos profundamente. A ella lo que le dolería sería perder a Zimmer.

—¡La sangre es la sangre! —le interrumpió envalentonada—. ¡No sé cómo puedes ser tan tontaina! —le recriminó perpleja—. ¡Shhh, se están acercando!

Y le advirtió en un susurro:

—No quiero que muevas ni un solo músculo, ni una palabra, ni siquiera una respiración. ¿Lo has entendido? —le preguntó extendiendo la mano con la que sujetaba la pistola.

Vogler asintió y miró luego a Cloé, a aquella extraña que parecía no tener corazón y que se mantenía de pie como una estatua de mármol blanco. Se preguntó quién era, quién se escondía detrás de esos hermosos e hipnóticos ojos verdes. ¿Sería la hermana de la chica del invernadero? Era innegable que el parecido entre ambas resultaba extraordinario. Salvo por el cabello, suelto o recogido dependiendo de la ocasión en que se hubiera encontrado con ella, y el color de sus largos abrigos, uno

azul marino y otro burdeos, cualquiera habría pensado que se trataba de la misma chica.

Nada más entrar en la habitación desde la que se habían escapado los falsos gritos, Berta y Albert supieron que habían caído en la trampa de *La Rose Rouge* y que el intrépido Erik había servido de anzuelo. Allí, atado cual rosbif de ternera, dispuesto al sacrificio, a pocos metros de la anciana de la silla de ruedas que mostraba con prepotencia la pistola con silenciador que había acabado con la vida de Dubois.

—Pasa, Berta —la invitó la anfitriona en tono sarcástico—. No te quedes ahí, por favor. Entra, te estaba esperando —prosiguió con lentitud—. Lo cierto es que lo llevo haciendo desde hace mucho tiempo.

Apoyada en su muleta y avanzando muy despacio, la abuela de Erik intentó persuadirla de su error.

—Véronique, creo que te equivocas. Ni siquiera coincidimos en la residencia de estudiantes.

Ella le sonrió con malicia.

—Por supuesto que no lo hicimos, aunque no fue por una cuestión de diferencia de edad. Yo no estudié en La Sorbona.

Los tres abrieron los ojos como platos. Cloé se había situado junto a su madre y escuchaba la historia que tantas veces le había repetido Véronique cuando planeaba su venganza.

—Sin embargo —continuó *madame* Rolland—, vosotros sí lo hicisteis. Era vuestro nexo de unión. Duval, Ambert, Dubois y tú compartisteis la misma residencia universitaria. Me llevó algún tiempo investigarlo. Después, aproveché la presentación del libro de Halle en París para hablar con él y recordarle lo que echaba de menos los tiempos en la residencia. Tanto él como Valeria Forte se entusiasmaron rápidamente con la idea de volver a reunir a compañeros y amigos de aquella época. De hecho, Jacques se ofreció a avisar a los posibles invitados y te escribió personalmente. Parecía que la idea había partido de él y no niego que estaba encantado con organizar la reunión. Yo le ofrecí este *château* como lugar de encuentro y me aseguré de que os invitara.

—¿Y los demás? —se interesó Berta.

—Los demás eran una mera comparsa: un buen amigo de Duval que podía certificar, llegado el caso, que tenía problemas de corazón y una colega de Dubois, una abogada insípida que aceptó la invitación.

—¿Qué has hecho con ellos? —le volvió a preguntar.

—Eso ahora no tiene importancia, ¿qué más da? Lo único que me interesa es verte morir después de que dispare a tu único nieto.

—Todo esto es por lo del accidente de tráfico, ¿verdad? —intervino Erik soltando su frase a bocajarro.

La mujer enmudeció; su rostro se tornó lívido. ¿Cómo sabía ese melón lo del accidente?

—Te aseguro —señaló Berta al ver el cambio en la expresión de su cara— que no tengo nada que ver en ese asunto.

—Yo, en cambio, creo que nada habría ocurrido si no hubiera sido por tu culpa —contestó convencida.

Berta se aferró a su muleta. «Esta mujer está completamente trastornada», se repitió esforzándose por encontrar una salida a aquel laberinto de despropósitos. ¿Qué le pasaba a aquella vieja? ¿Por qué se había empeñado en culparla de un accidente mortal en el que no estaba implicada y del que no tenía más noticia que la información que había recibido de Erik? ¿Por qué Véronique había decidido asesinarla a sangre fría? ¿Y por qué iba a hacer lo mismo con el petardo de su nieto?

—¿No recuerdas la estación de Bruselas?

—¿Perdona?

—Sí, fue hace muchos años. Lo sé. Entiendo que resulta difícil que puedas acordarte después de tanto tiempo. ¿Y ahora? —preguntó de pronto levantándose de la silla de ruedas y quitándose la peluca blanca que le cubría la cabeza.



## Capítulo XXXII

### La memoria

Ante la inesperada transformación de la anfitriona, Erik pegó un bote en la silla. En cambio, Berta y Albert se quedaron completamente pasmados. La anciana en silla de ruedas y cubierta de arrugas que los había recibido en su *château* apenas unas horas atrás era una mujer madura, de cabello rubio, que caminaba sin ningún problema. Bajo el maquillaje, Cloé reconocía perfectamente a su madre, que acababa de cumplir cincuenta y cuatro años la semana anterior.

—No sé quién eres, te lo juro —respondió Berta descolocada—. No te recuerdo en absoluto.

—Llevabas un paquete con tu nombre: BERTA VOGLER. Yo sí que me acuerdo de todos los detalles —afirmó acercándose a ella sin dejar de apuntarla con el arma—. ¿Cómo iba a olvidarlos? Conseguiste uno de los tres últimos billetes para el tren que debíamos tomar hacia París. ¿Sigues sin acordarte de mí?

—Sí... —dudó.

—Te supliqué que nos vendieras tu billete. Estaba dispuesta a pagarte el doble porque éramos tres y solo quedaban dos disponibles.

Berta hizo un silencio.

—Tenía mucha prisa —se excusó.

Debía llevar la pintura flamenca a su hijo Leonard. Era demasiado valiosa para retrasar su regreso a París.

—Lo sé, eso fue lo que nos dijiste, que tenías mucha prisa y que era nuestro problema. El siguiente tren a París no era de alta velocidad y mi esposo decidió que lo mejor era tomar un coche de alquiler. Esa noche lo perdí a él y a mi hija Cloé, que estuvo varios meses en coma. Ella murió por culpa de un maldito borracho: Jean Louis Duval.

—Entonces, ¿quién es ella? —la interrumpió Erik aludiendo a la chica que le había atado la silla.

Véronique la miró con ternura.

—¿Ella?... Es mi hija Cloé. Cuando sufrimos el accidente de coche yo estaba embarazada, pero tuve la suerte de salir ilesa. Por ese motivo, decidí ponerle el nombre de su hermana recién fallecida y le enseñé las mismas cosas, los mismos

lugares, los mismos idiomas. Repetimos los mismos viajes y le expliqué cómo era su querida hermana, cómo se comportaba, cómo todo el mundo la adoraba y cómo debíamos vengar su injusta muerte.

—Lo lamento —dijo Berta—. Yo no podía dejar escapar ese tren.

Y se vio de nuevo agarrada a su pequeña obra de arte, corriendo por la estación con sus melenas salvajes, corriendo para adelantar a aquella familia francesa, avanzando gracias a un eficaz codazo, llegando a la ventanilla casi sin aire.

—¿Lo lamentas? —le echó en cara la mujer—. ¿Qué lamentas? ¿Eres consciente de lo que supuso aquel accidente? Mi esposo murió en el acto, mi hija estuvo muerta en vida durante meses. Todos los días la iba a visitar al hospital. Estaba enredada en tubos, dormida. Le prometí que, si no se hacía justicia, que si el culpable no pagaba por su delito, yo misma me encargaría de vengar la muerte de su padre y lo que le había ocurrido a ella.

—Pero habría un juicio, ¿no? —intervino Zimmer, que permanecía junto a Berta y no apartaba los ojos del arma.

Véronique sonrió con amargura.

—Sí, lo hubo —recordó—. Dubois fue el abogado de la defensa y supongo que se ocupó de que las pruebas de que su cliente y amigo había bebido la noche del accidente se desestimaran por un «incomprensible error» en la cadena de custodia.

—¿Estás sugiriendo un soborno? —preguntó Berta.

—Nunca tendré la certeza —reconoció—. Aunque de lo que sí estoy segura es de que Duval conducía completamente borracho. Apeataba a alcohol cuando se acercó caminando a nuestro vehículo y acertó a abrir una de las puertas.

Con actitud violenta, interrumpió su relato al darse cuenta de que Albert había avanzado un par de pasos hacia adelante. Su amenaza sonó como el hielo:

—¡No te acerques o disparo!

Zimmer se quedó quieto. Con un gesto de su mano, Berta lo obligó a que volviera a colocarse junto a ella.

—¿Y Julien? —le preguntó la abuela de Erik atrayendo la atención de la anfitriona.

—¿Julien? —se mofó del tono melancólico al preguntar por el juez Ambert—. Le supliqué que fuera justo. Solo quería que Duval tuviera un castigo ejemplar. Había destruido mi familia y lo único que escuché en ese juicio vergonzoso era que, por un problema burocrático, el análisis para determinar la cantidad de alcohol en sangre carecía de validez, que su conducta siempre había sido intachable, que no tenía antecedentes penales, que no se había dado a la fuga tras el siniestro, que había intentado auxiliar a las víctimas, que mostraba su arrepentimiento por haber invadido el carril contrario y que se consideraba inocente. Por supuesto, se esforzó en repetir, en varias ocasiones a lo largo del proceso y siguiendo las directrices de Dubois, su pesar por aquel «despiste» que había cometido —subrayó con ironía—. Y Ambert no hizo nada. Condenó a Duval a pagar una cantidad irrisoria como indemnización y ni

siquiera pisó la cárcel. Ni una sola noche. Deberías haber visto su expresión cuando le pregunté por el caso Duval, cuando recordó todo.

—Así que la caída por las escaleras... —dijo Albert.

—Fingiste que alguien había querido asesinarte para desviar cualquier sospecha. Tú misma tiraste la silla de ruedas y simulaste que alguien te había empujado —afirmó Berta.

—*Voilà!* —exclamó dejando asomar una sonrisa de satisfacción.

Berta Vogler la observó impresionada.

—Incluso encargaste que colocaran un aparato a propósito para subir y bajar las escaleras.

—No fue preciso hacerlo —la corrigió—. Mi madre estaba en silla de ruedas por culpa de una parálisis y ese era el mecanismo que utilizaba cuando aún vivía.

—¿Y engañaste a todos? —continuó Berta—. ¿Fuiste capaz de simular que no podías caminar ante Mignon, Madeleine, Vigneau y el jardinero?

—Estaban recién contratados, recién llegados a *La Rose Rouge*. No sabían nada de mí ni de mi familia. La verdad es que me resultó muy sencillo mentirles. ¿Quién iba a sospechar de una anciana en una silla de ruedas? Les hicimos creer que mi nieta se encargaba de bañarme y de peinarme. Ellos solo tenían que preocuparse de su trabajo y de no realizar preguntas inconvenientes.

—¿Y este es tu estilo de hacer justicia? —le recriminó Berta.

—Es mi venganza —respondió con determinación—. Y creo que ya ha llegado el momento de que todo termine.

Miró a Erik con la frente sembrada de perlas de un sudor frío y se acercó muy despacio a él. Sin mediar palabra, situó la pistola muy cerca de su frente.

—¡¡No lo hagas!! —rogó Berta impotente.

Véronique esbozó una mueca siniestra.

—Mi hija tampoco se merecía morir tan joven —contestó con sangre fría.

—¡No dispare, se lo ruego! ¡Cloé me regaló una medalla por si me encontraba en peligro! —gritó Vogler con desesperación—. ¡La, la, la... —tartamudeó—, la tengo en el bolsillo de mi chaqueta!

—¡Dirías cualquier cosa con tal de que no apretase el gatillo! —exclamó nerviosa.

—¡¡Es cierto, se lo juro!! Me dio una medalla de plata con su nombre para que me protegiera.

—¡¡No sigas hablando de mi hija muerta!! —bramó colérica.

Berta y Albert se miraron alucinados. ¿A qué diablos se refería Erik?

—¡La llevaba en su abrigo azul marino! —volvió a la carga en su afán por persuadirla.

—¿Cómo sabes eso?

¿Cómo se había enterado de lo de la medalla de plata de su hija? ¿Y lo del abrigo azul marino? Era imposible que nadie se lo hubiera contado. Porque ese abrigo era



una de las prendas favoritas de Cloé. Con él le había dado sepultura en el mausoleo de la familia, que se encontraba más allá del invernadero, en la parte trasera de la finca que rodeaba a *La Rose Rouge*. Allí consiguió que reposaran sus restos mortales junto a los de su padre, apelando a la tradición familiar, llevándolos al mismo lugar donde descansaban sus antepasados desde hacía siglos. Y el colgante de plata, con la cadena rota tras el accidente de tráfico, lo había metido ella misma en el bolsillo del abrigo de su hija antes de despedirse de ella para siempre. ¿Cómo podía saberlo aquel joven de Bremen?



## Capítulo XXXIII

### Un disparo fatal

Por primera vez desde que iniciara su venganza, Véronique se sentía perdida. Atado a la silla rococó, Erik insistía en que comprobara que decía la verdad. La mano de la mujer que sostenía la pistola había comenzado a temblar. Albert había aprovechado la circunstancia para acercarse de nuevo a la anfitriona de un modo casi imperceptible. Berta, sin ocultar su desconcierto, se preguntaba si su nieto se estaba inventando aquella triquiñuela para ganar tiempo o si había perdido definitivamente el seso.

—¡Por favor, no me mate! —suplicaba Vogler.

A instancias de su madre, que había hecho un leve gesto con la cabeza, Cloé metió la mano en el bolsillo de la chaqueta del joven.

—¡En ese no, en ese no! —repitió con el corazón fuera de sí—. ¡En el derecho!

A cámara lenta, la chica sacó la medalla y se la entregó a su madre, que se había quedado como hipnotizada al tomarla en la palma de su mano izquierda. Conmovida por la visión de la joya de la dulce Cloé, era la oportunidad para que Albert se abalanzara contra Véronique. Sin pensárselo dos veces, se tiró sobre ella. La medalla de plata cayó al suelo. El joven agarró con fuerza la muñeca derecha de la mujer para desarmarla. Sin embargo, ella se resistió con rabia y empezaron a forcejear. Un disparo se escapó de la pistola y se estrelló contra un espejo que había en la pared de la izquierda. El impacto provocó que cientos de cristales estallasen al mismo tiempo. Al otro lado de la estancia, Vogler balanceó su asiento y se tiró sobre la tarima. Entre tanto, Cloé había intentado acercarse a su madre para ayudarla. Véronique no parecía dispuesta a rendirse a pesar de los esfuerzos de Albert. Un segundo disparo salió del arma. Esta vez, el proyectil impactó en el cuerpo de la joven, que se precipitó contra el suelo de forma aparatosa. Su rostro, delicado y sorprendido, quedó a menos de un metro del de Erik.

En la pupila de Cloé, por unas décimas de segundo, Vogler se vio reflejado con una expresión desconocida, como si todas las espinas del invernadero se le hubieran clavado en el pecho para sacarle el corazón.

—¡CLOÉ!

Ella pestañeó y una lágrima gruesa le cayó por la mejilla. Aquello no entraba dentro de lo previsto, no tenía nada que ver con el plan que había trazado su madre. La joven había cumplido con lo establecido: echar las pastillas en la soperita de Duval, una medicación para subir la tensión que le provocó un infarto. Del resto, tal y como acordaron, se ocuparía su madre. Esa era la idea. Con lo que no contaban era con aquel friki que parecía enamorado de su hermana muerta ni con el guaperas abofeteado. No contaban con ellos en absoluto. Si lo hubieran hecho, tal vez ella no estaría desangrándose sobre el suelo de *La Rose Rouge*.

Al ver cómo su hija yacía abatida por el disparo, Véronique Rolland cesó en su lucha con Albert y dejó caer el arma.

—¡¡CLOÉ, CLOÉ!! —chilló desesperada corriendo hasta ella y arrodillándose para tomarla en sus brazos.

La bala había atravesado el costado izquierdo de la joven y una gran mancha de sangre cubría su camisa de seda blanca.

—¡¡Rápido, hay que llamar a una ambulancia!! —gritó Berta—. ¿Dónde está el cable del teléfono?

—No hace falta —contestó sacando un pequeño aparato del bolsillo de su falda—. Solo tengo que apagar el inhibidor de frecuencia.

«¡Por eso no podía utilizar mi Fuyimi!», pensó Erik y se revolvió con tanta rabia que logró liberar una de sus manos de la cuerda que lo apresaba. Entre tanto, Zimmer se había ocupado de recoger el arma de Véronique para entregársela a Berta.

—¡Llama desde tu móvil, Albert, por favor! —le apremió la abuela de Erik dirigiéndose hacia la joven tendida en el suelo.

Zimmer sacó su teléfono. Miró a *madame* Rolland y, siguiendo sus indicaciones, tecleó el número del servicio de emergencias. Debían darse prisa. Cloé estaba perdiendo mucha sangre. También les informó de los asesinatos de Dubois y del juez Ambert.

Con rápidos movimientos, más fruto del nerviosismo que de la pericia, Vogler consiguió zafarse de la cuerda sin ayuda de nadie. Se quitó el jersey y la camisa, ante la mirada atónita de los presentes, y utilizó su Delacroix para taponar la herida de Cloé. La ambulancia y dos coches de la gendarmería estaban en camino. Recorrían a toda velocidad la distancia que los separaba del *château*. Vogler rezó para que llegasen en un suspiro. La joven lo miraba con asombro. ¿Por qué intentaba, con tanta agonía, mantenerla con vida? Al fin y al cabo, su madre y ella habían estado a punto de matarlo, de pegarle un tiro sin ningún remordimiento, de asesinarlo ante los ojos de su abuela. ¿Por qué ese afán y esas palabras de ánimo que no cesaba de reiterarle en voz baja?

Quizá porque Vogler veía en ella a su hermana muerta, a la que decía que había encontrado en el invernadero y por la que parecía profundamente embelesado; quizá porque no soportaba la idea de perderla otra vez, igual que le ocurría a Véronique Rolland, que apenas respiraba y acariciaba la cabeza de su hija como si aquel gesto la

pudiera mantener con vida; quizá porque Erik estaba enamorado de una sombra, de un sueño demasiado hermoso, quizá porque cualquiera de ellas era la chica equivocada.

—¿Dónde está Fontaine? —preguntó Berta mirando a Véronique con gesto severo—. ¿También lo has asesinado?

—No —contestó molesta por el sarcasmo.

—¡Deberíamos pedirle ayuda antes de que sea tarde! ¿Qué diantres has hecho con él?

—Los encerramos a todos en la bodega.

—¡Id a por él inmediatamente y sacad a los demás! —le ordenó a la mujer y a Zimmer—. Nosotros —continuó señalando a Erik— nos quedaremos con tu hija. Esperemos que la ambulancia no tarde mucho en llegar —añadió haciéndoles gestos enérgicos para que salieran de la habitación—. Esperemos que no tarde mucho... —repitió con voz queda.

Tan solo cinco kilómetros separaban la localidad de Bergerac de *La Rose Rouge*. Y, sin embargo, fueron los cinco kilómetros más largos del mundo. Así lo vivieron Erik, Véronique Rolland y la propia Cloé, que se debatía entre la vida y la muerte.



## Capítulo XXXIV

### La confesión de Vogler

Erik Vogler sostenía la cabeza de Cloé, su cabello rubio, sus ojos verdes a punto de cerrarse, sus labios entreabiertos. La veía pálida, como si en cualquier segundo se pudiera volver más de mármol que de carne. Recordó en ella a su hermana, la dulce Cloé, sonriendo en el invernadero, besándole con ternura, pronunciando su nombre. Y no se le ocurrió otra cosa mejor que hablarle de minerales y de los viajes que podrían hacer juntos.

En un arranque de sinceridad le confesó que sus flores preferidas eran las orquídeas blancas. Y que, sin embargo, desde que la había conocido ya no sabía si decantarse por las rosas rojas o por las orquídeas porque las consideraba igual de perfectas. Antes de que llegara la ambulancia, antes de que se presentaran los gendarmes, antes de que el doctor Fontaine acudiera a socorrerla, le aseguró que tenía razón, que las piedras que había en el camino se llamaban nontronitas. Y que él estaba equivocado.

Apartando la vista de la herida de la joven, apartando su mente de la sangre, le habló de Bremen con entusiasmo, de sus calles, de la plaza en la que la invitaría a un zumo de naranja; y le explicó que él no soportaba la pulpa, y le repitió que no cerrara los ojos, que los mantuviera abiertos, que él estaba con ella, que la ambulancia llegaría pronto y que no le pasaría nada.

Después, aparecieron los demás: Valeria Forte y Madeleine, que no cesaban de llorar; el señor Halle tratando de consolarlas sin mucho éxito; su mujer, Beatrice, que no era capaz de articular ningún sonido y que lucía tan blanca como el chef; la abogada silenciosa, que en un ataque de histeria dentro de la bodega se había deshecho el moño y parecía recién salida de una tragedia griega; y el doctor Fontaine, que haciendo gala de su profesionalidad, dejó los nervios a un lado y se acercó a auxiliar a la joven herida. Y, por supuesto, estaba Albert, que no le quitaba ojo a la anfitriona, centro de miradas rencorosas y de otras aterrorizadas. Del mayordomo nadie sabía nada.

—¿Y Mignon? —le interrogó Berta apuntándola con el arma.

—No sé dónde puede estar. Estoy tan sorprendida como vosotros —reconoció levantando las palmas de las manos.

—Berta, ¿no podrías bajar la pistola, por favor? —le rogó el señor Halle mirando de reojo a Valeria y Madeleine—. ¿No crees que ya hemos vivido suficiente tensión por hoy?

—Solo quiero saber qué ha sido del mayordomo —persistió tozuda.

—No tengo nada que ver con su desaparición, os lo prometo —contestó Véronique y su voz sonaba sincera—. ¡Deja que me acerque a mi hija! —suplicó.

—Entonces... —murmuró Berta bajando el arma.

¿Dónde estaba Mignon? ¿Por qué no había bajado al salón tal como les comentó a Valeria y Berta Vogler? ¿Qué le había ocurrido? ¿Por qué nadie le había vuelto a ver con vida? ¿Dónde se había metido? ¿Habría intentado huir por su cuenta de *La Rose Rouge*? Esas preguntas hervían en los cerebros de algunos de los presentes. En los de Zimmer, Berta y Erik retumbaba la palabra «cagueta». Efectivamente, a Mignon lo encontraron media hora más tarde, después de que llegaran los gendarmes e iniciaran un registro del *château* en su busca. Se había escondido en el armario de su dormitorio. A pesar de su alta estatura, había conseguido doblarse cual contorsionista amilanado entre las perchas y las cajas de zapatos. Allí había permanecido mudo y temeroso, impasible cual maniquí con orejas de soplillo, ajeno a lo que estaba sucediendo en la habitación de Véronique.

Tras rogar a Berta que la dejara ir junto a Cloé, *madame* Rolland se tendió a sus pies:

—¿Cómo está, doctor? —preguntó afligida.

Erik seguía sosteniendo a la joven en su regazo y Fontaine, que comprobaba sus constantes vitales, apretó los labios y no dijo nada.

—¡¡Yo solo quiero salir de aquí, *per favore*!! —chilló la pianista Valeria Forte en un nuevo ataque de pánico.

—¿Cuándo podremos marcharnos de esta casa? —preguntó el chef apretando entre sus puños los picos de su delantal.

—¡¡Eso, eso!! —se sumó Madeleine entre sollozos—. Yo solo acepté el trabajo porque quería pagarme un curso de inglés este verano.

La pesada llave de *La Rose Rouge*, que les había impedido escapar del *château* durante unas horas de infarto, estaba oculta en el dormitorio de Véronique Rolland, escondida dentro del último cajón de su mesilla. Ella se encargó, junto a Zimmer y el señor Halle, de abrir la puerta de la finca en cuanto llegó la ambulancia. Nada más presenciar cómo se llevaban en camilla a Cloé, acompañada por los sanitarios y por el doctor Fontaine, Erik contempló su camisa y sus manos ensangrentadas y se sintió desfallecer. Se desvaneció allí mismo, cayó redondo a los pies de Beatrice Halle, que se apresuró en agacharse junto a él y darle varias palmaditas en las mejillas para hacerle volver en sí. Despertó rodeado de cabezas y de voces de los invitados:

—¿Qué le ha pasado? —preguntaba Guillot.

—Se ha desmayado —aclaró Berta—. No es la primera vez...

—¡Pobrecillo, pobrecillo! —repetía Valeria Forte—. ¡Nos va a dar un infarto a todos!

—¡Vogler, bella durmiente, despierta! —le ordenó Zimmer relevando a Beatrice en las maniobras de reanimación.

Desorientado y descamisado, se incorporó con lentitud.

—¿Estás bien? —le preguntó el señor Halle.

Vogler hizo un gesto de asentimiento.

Gracias a su rápida reacción taponando la herida, a la intervención del doctor Fontaine y a la eficacia con la que actuaron los servicios sanitarios, Cloé, a diferencia de su hermana, conseguiría salvar la vida.

Durante la operación en el quirófano para extraer el proyectil, los cirujanos descubrieron que, por suerte, el disparo no había afectado a ningún órgano vital. Necesitó varias transfusiones de sangre y unos cuantos días en el hospital para reponerse.



## Capítulo XXXV

### El mausoleo escondido

Detrás del *château*, tal como había señalado Véronique, se alzaba un mausoleo de mármol rosa. En su interior descansaban los restos de la familia Rolland. Entre ellos, los de la joven Cloé que había fallecido en el accidente de tráfico que se cobró además la vida de su padre. En los meses que estuvo atada a las máquinas, en estado de coma, oyó la voz atormentada de su madre y sus siniestros planes en el caso de que no se hiciera justicia. En ellos aparecían los nombres de Duval y de Berta Vogler, a la que describía como la chiflada de los pelos salvajes que se les había colado en la estación de Bruselas.

Cuando escuchó de labios de Erik la noticia de la muerte de Duval, Cloé entendió que la venganza de su madre se había puesto en marcha. Y recordó el apellido Vogler, tantos años después de haberlo oído en la sala de cuidados intensivos de un hospital de París. Por ese motivo se esforzó en advertir al joven del peligro que corrían en el *château*. Su madre no tendría misericordia con ellos. No, a menos que ella misma se lo rogara. Y no se le ocurrió otro medio de hacerlo que mostrándole, a través de Erik, el colgante de plata con el que la enterró y que le había regalado en su último cumpleaños.

Frente a la tumba de Cloé, al amanecer, antes de contestar a los oportunos interrogatorios de los gendarmes, Erik, enfundado en su Pierre Rodin, y Albert permanecieron unos minutos en silencio. Efectivamente, Véronique Rolland no había mentido. En aquel mausoleo estaba el cuerpo de su hija muerta, la joven que se paseaba por el invernadero con aquel viejo abrigo, que cuidaba de las rosas, de su granja de escarabajos rinoceronte, que coleccionaba minerales y miraba, de tanto en tanto, los recuerdos, los libros y fotografías que había guardado en un viejo arcón, cuya tapa estaba cubierta de blancas azaleas. La joven que solo Erik había sido capaz de ver.

—¡Qué mala suerte tienes, Vogler! —meditó Albert metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Y tú? —le replicó enfadado.

—Yo, ¿qué?



—A ti te gustaba una asesina. ¿Acaso has olvidado lo que hizo con Duval? Y, por cierto, tampoco es que te hiciera mucho caso. No creo que estuviera muy interesada a juzgar por el tortazo que te sacudió.

—Al menos la mía no era una zombi —le saltó sin compasión.

—¡Cloé no es ninguna zombi! —protestó alterado.

—Pues ya me dirás, lleva muerta unos dieciséis años, no es transparente ni sobrevuela los invernaderos. Si la confundiste con la hermana que estaba viva, debía de ser bastante guapa. Eso no te lo discuto. Ahora, en ese caso, solo nos queda una opción: tu Cloé es una muerta viviente, es decir, una zombi.

—¡No la has visto nunca! ¡No sabes lo que dices! —gritó enfurecido—. ¡Eres un monstruo inmundo!

Zimmer sonrió diabólicamente.

—Tal vez lo sea.

Se miraron con expresión desafiante.

—De todas formas, no tenías nada que hacer con ella, Vogler. ¿O cuáles eran tus planes? ¿Pensabas quedarte plantado en un invernadero francés a la espera de que volviera a aparecer? ¿Te imaginas la cara que pondría tu padre si te la llevaras a Bremen? —preguntó divertido—. Mira, papá —dijo en tono burlón—, te presento a mi novia. Por cierto, murió hace una pila de años pero nuestro amor...

Albert no tuvo tiempo de terminar la frase. Erik le había metido el dedo índice en el ojo izquierdo.

—¡Dios, Vogler! —dijo llevándose la mano a la cara—. ¿Dónde está tu sentido del humor?

—¡Déjame a solas! —exigió sulfurado.

Con el ojo enrojecido, Albert se apartó de él.

—Yo me piro, Vogler. Ahí te dejo con tu amor inmortal —le espetó con muy mala uva—. Por si acaso, no te demores mucho porque Beaumont querrá interrogarte a fondo. Por cierto, ¿le contarás lo de tu chica? Estoy deseando ver la cara que pone ese tipo cuando traduzca tu historia al francés.

No merecía la pena ni contestarle. Permaneció inmutable hasta que lo vio alejarse dando largas zancadas. Claro que en su declaración ante los gendarmes omitiría la visión de la dulce Cloé. ¡Cómo iba ni siquiera a mencionar que se había encontrado con ella en el invernadero! No quería acabar en un psiquiátrico de Bremen. Ya se inventaría algo que sonara creíble para justificar algunos detalles. Aunque, ¿cómo iba a explicar la presencia del colgante de plata? Ahí se encogería de hombros, contaría que lo encontró en el arcón de madera. Pondría cara de alelado. Seguro que si le sometían a un poco de tensión, se desmayaría en mitad del interrogatorio. Y su abuela saldría en su ayuda. Porque bastante calvario había pasado su nieto para que le diese otra lipotimia.

Contempló el mausoleo. Todo él era silencio y piedra. ¿Dónde estaría Cloé? ¿Estaría tumbada dentro de su sepulcro con los brazos cruzados sobre el pecho?

¿Estaría dormida con su sonrisa inocente y cautivadora? ¿Se encontraría ahí dentro a tan poca distancia de él? Pronunció su nombre, primero en voz baja, tras asegurarse de que no había nadie alrededor, después subiendo más y más el volumen, hasta acabar gritándolo. CLOÉ. Amanecía sobre Bergerac.



## Capítulo XXXVI

### Despedida

Erik Vogler se había sentido solo en muchos momentos. Aunque de aquel se iba a acordar toda la vida. Pasmado frente a un mausoleo de varios metros de altura. Recordó las palabras de Albert. ¿Cuáles eran sus planes? Debía regresar con los demás y responder a las tediosas preguntas que le formularía Beaumont. ¿Cuáles eran sus planes? ¿Quedarse plantado en un invernadero francés a la espera de que Cloé volviera a aparecer? Era un sinsentido. Y, sin embargo, echó a correr hacia el jardín de cristal de la joven con la esperanza hundida en el corazón.

Como en otras ocasiones, la puerta del invernadero parecía cerrada, aunque cedió fácilmente cuando se decidió a abrirla. Traía el corazón alterado por la carrera y por el deseo. Las rosas seguían perfectas y calladas. Los escarabajos rinoceronte parecían dormidos igual que las azaleas. Todo simulaba encontrarse en reposo salvo los Lombartini, que avanzaban vacilantes entre las macetas. Escuchó un leve chasquido a su espalda y se dio la vuelta.

Vogler permaneció en el invernadero durante varios minutos, hasta que los gritos desgañitados de su abuela, que lo llamaba desde la entrada del *château*, lo devolvieron a la realidad.

Un rato después, de camino a la gendarmería de Bergerac, dentro del vehículo que los trasladaba y lo distanciaba de la rosas y de Cloé, se sorbió los mocos y las lágrimas. No iba a llorar. Notaba la mirada atenta de su abuela y de Zimmer sobre su rostro de perfil. No iba a llorar, no hasta que llegase a Bremen y se tirara sobre la cama de su habitación y maldijera su mala suerte. No hasta que volviera a contemplar la fotografía de la joven en la plaza de Bruselas. Porque esa imagen de Cloé lo acompañaría siempre, igual que las que guardaba en su cabeza. Eso era lo que se había llevado de *La Rose Rouge*: un puñado de escenas que le recordaban a un sueño, una nontronita, algunos besos, una voz dulce, el recorte de prensa que informaba sobre un accidente mortal. No, no iba a llorar, aunque hubiera recuperado su Fuyimi de última generación en un estado lamentable.

—¡Menudo rollo que nos espera! —se lamentó Albert en alemán al mismo tiempo que miraba a través de la ventanilla del coche—. Ahora nos inflarán a preguntas como siempre.

Berta le dio la razón con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno, al menos —pensó Zimmer en voz alta—, no hemos acabado como Duval y compañía. Podía haber sido peor, podían haberte pegado un tiro, Vogler, podían...

—¿Queréis unos *croissants*? Los hay de crema y chocolate —lo interrumpió Berta soltándole un codazo, y abriendo su enorme bolso, añadió—: Hay que reconocer que ese presuntuoso de Vigneau tiene buena mano para la repostería.

Los dos jóvenes rechazaron la oferta. Erik se llevó la mano al crucifijo de plata que le volvía a rodear el cuello y lo apretó ahogando un suspiro. Ella, por el contrario, sacó uno de los bollos crujientes y esponjosos de una bolsa de papel y se deleitó masticándolo con lentitud. El coche siguió avanzando entre los árboles de la pequeña carretera que los guiaba a Bergerac.

—¿Y tu abrigo? —preguntó su abuela reparando en la misteriosa desaparición del Pierre Rodin.

Vogler encogió los hombros. No le apetecía dar explicaciones.

FIN







BEATRIZ OSÉS (Madrid, 1972). Es licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, aunque actualmente ejerce la docencia como profesora de Lengua y Literatura en Extremadura. Participa como ponente en seminarios y actividades de animación a la lectura y escritura creativa. Ha sido galardonada con los premios Joaquín Sama y Giner de los Ríos a la innovación educativa, el Premio Lazarillo de Creación literaria 2006 por su obra *Cuentos como pulgas*, el Premio Internacional de Poesía Infantil Ciudad de Orihuela 2008 por *El secreto del oso hormiguero* y el Premio de Novela Juvenil La Brújula 2010 por *El cuentanubes*, obra con la que fue finalista del Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil 2011.